

El poder cambia de manos, narra la destrucción de Varsovia por el ejército alemán ante la impasible mirada del Ejército Rojo, en la otra orilla del Vístula, y las consecuencias inmediatas que siguen cuando, por fin, los rusos, se apoderan de toda Polonia.

El dilema que se presentó al ejército clandestino polaco, atrapado entre alemanes y rusos, era cómo intentar defender la independencia de Polonia. Polonia, y Varsovia por tanto, estaban bajo la ocupación nazi, con los rusos voluntariamente detenidos ante el Vístula. El gobierno clandestino, dando por inevitable la derrota de Alemania, decidió que debían adelantarse a los rusos en la confianza de obtener el apoyo de los aliados pues, de lo contrario, aquéllos se harían con el país.

El Armia Krajowa, el ejército clandestino polaco, siguiendo las instrucciones de sus dirigentes, se alzó contra los alemanes. El levantamiento de Varsovia duró 63 días, al cabo de los cuales, el ejército alemán demolió literalmente la ciudad de Varsovia causando una terrible mortandad. Sólo entonces los rusos cruzaron el Vístula y el poder cambió de manos. El deseo de los polacos de adelantarse a los rusos con la ayuda de los aliados acabó en una nueva frustración del castigado país.

La novela de Milosz está dividida en dos partes. La primera transcurre durante los días del levantamiento. La segunda relata el primer año de la soviétización de Polonia. Para construir su relato, Milosz eligió apoyarse en hombres y mujeres con nombre y apellidos para poder mostrar el movimiento de conciencia que se produce en todos ellos durante este período de intenso dramatismo en sus vidas. Unas vidas zarandeadas por la brutal conmoción que les reservaba la Historia.

Czeslaw Milosz

El poder cambia de manos

Título original: *Zdobycie władzy*

Czesław Miłosz, 1953

Traducción: Rafael Vázquez Zamora

Retoque de cubierta: JeSsE

Editor digital: JeSsE

A Jeanne

PRIMERA PARTE

El profesor Gil estaba tomando el desayuno: té y pan. Como la mayoría de los solitarios, siempre se le olvidaba comprar un poco de mantequilla o de mermelada. De la calle le llegaba el estruendo de los tranvías; su carrocería retorcida, agujereada por las balas, hacía un ruido de chatarra; iba gente colgada en los topes y agarrada a los que habían logrado instalarse en el borde de las plataformas. El viento barría la calle levantando nubes de polvo rojo de ladrillos machacados. El profesor Gil se preguntaba cuánto tardaría aún en terminar el capítulo en que trabajaba; y también le hubiera gustado saber si su esfuerzo tenía algún sentido. Sin embargo, sabía que no merecía la pena pensar mucho en ello: las hojas suspendidas en la pared, en las cuales había apuntado la ración de trabajo correspondiente a cada día, eran para él la mejor disciplina, un refugio, una necesidad o quizás una esperanza.

Tucídides no estaba bien visto. Habría sido más razonable elegir, para traducirlo, cualquier otro autor griego. Dando pruebas de buen juicio en la elección de los textos, se podía uno asegurar una buena colocación y ser considerado como trabajador útil. El Estado, que había privado a Gil, y a otros como él, de su cátedra universitaria, a causa de la «mala influencia» que ejercían sobre la juventud, no quería sin embargo dejarlos morir de hambre. Los sabios de la nueva generación carecían de muchos conocimientos. Por ejemplo, ninguno de aquellos jóvenes —políticamente intachables— sabía ni una palabra de griego; y el Estado tenía sus razones para querer editar a los clásicos aunque fuese en pequeñas tiradas, jactándose con ello de ser el continuador de las civilizaciones anteriores. Las casas editoriales del Estado adquirirían traducciones de autores antiguos, incluso de algunos que con razón podían parecer ideológicamente sospechosos. Era una situación molesta para el profesor, que no hubiese querido vivir de la beneficencia del Estado camuflada de remuneración por sus traducciones. Además, ¿era sensato traducir a Tucídides? Aun admitiendo que la tirada fuera pequeña, aquel espantoso abismo de matanzas, astucia, stratagemas y luchas de toda clase que nos presentan las páginas relativas a la guerra del Peloponeso, constituía una peligrosa imagen de la Historia. El profesor recordaba la cara del director de las ediciones del Estado cuando firmaron el contrato. Tenía los ojos bajos, ocultos por los párpados; su benévola sonrisa, casi cordial, tenía un matiz, apenas perceptible, de amarga indulgencia y de ironía.

A pesar de todo, el hecho de haber elegido precisamente a Tucídides le proporcionaba al profesor Gil una cierta compensación íntima; era como si, continuando ligado a aquel griego de la antigüedad —e incluso, en caso muy favorable, haciéndolo leer a algunos jóvenes—, se justificase a sí mismo, borrara en parte la mancha infamante de ser un superviviente del liberalismo del siglo XIX. «No estoy solo; también está aquí Tucídides, al que llaman el primero de los

historiadores, aunque debo reconocer que nuestras circunstancias han sido muy diferentes y que hay una profunda diferencia entre lo que él ha visto y lo que veo yo».

El piso, a aquella hora, estaba vacío. Los muchos subarrendatarios amontonados en las cinco habitaciones habían salido muy temprano para trabajar en oficinas que se hallaban en otro barrio, menos destrozado, de la ciudad. El profesor llevó a la cocina el vaso donde había tomado el té y miró por la ventana al oscuro patio en el fondo del cual, entre las losas reventadas, presentaba un castaño sus hojitas primaverales. ¿Cuántas primaveras habían pasado desde aquélla que trajo la terminación de la guerra, los desplazamientos de las poblaciones y la epidemia de tifus? El profesor se puso una chaqueta de punto rota. Pensó un momento en la necesidad de coserse un botón que le faltaba, pero no tenía hilo; tendría que pedirselo a la vecina a cambio de la aguja que conservaba. Dispuso los libros sobre la mesa, unos libros que se abrían por sí mismos en el sitio preciso y cuyo papel estaba lleno de huellas dactilares del profesor. Entonces, con su pequeña letra siempre igual, fue hilvanando frases.

«Al querer justificar unos actos que hasta entonces se consideraban censurables, hubo que cambiar el sentido corriente de las palabras. La audacia irreflexiva fue considerada valeroso sacrificio; la precaución prudente se convirtió en una cobardía disimulada. El sentido común no era más que un pretexto para la molicie, y la gran inteligencia era sólo inercia reprobable. La violencia llevada hasta el frenesí pasaba por ser la condición de un alma auténticamente viril; las precauciones contra los proyectos del adversario se convertían en honrados pretextos contra el peligro. El violento conseguía siempre que lo creyesen; y el que resistía la violencia, se hacía siempre sospechoso. Poner trampas con buen éxito era prueba de inteligencia; y burlar las trampas, la mayor habilidad. Cualquiera que consiguiera eludir el empleo de estos medios, era acusado de traición al partido y de cobardía ante los adversarios. En fin, que los mayores elogios los merecían quienes siempre estaban dispuestos a realizar una mala faena o incitar al mal a los que no habían pensado en perjudicar a nadie. Las relaciones de partido eran más fuertes que las de familia porque incitaban a atreverse a todo sin ampararse en ninguna excusa. Las asociaciones no tenían como objetivo la utilidad conseguida por medios legales, sino la satisfacción de todas las ambiciones en lucha contra las leyes establecidas. La fidelidad a los compromisos adquiridos no se fundaba en el respeto a la ley divina del juramento, sino en la complicidad criminal».

VERANO DE 1944

Los acontecimientos determinados por la derrota del Tercer Reich y el avance del Ejército Rojo hacia el Oeste se desarrollaron de modo bastante distinto según los países.

En Polonia, donde transcurre la acción de este libro, el Ejército Rojo llegó al Vístula a fines de julio de 1944. El nuevo Gobierno provisional creado en Moscú eligió como sede la ciudad de Lublin.

Las fuerzas polacas que luchaban «en los bosques» (maquis) contra los alemanes se llamaban Ejército del País y dependían, como toda la organización del Estado clandestino, del Gobierno exiliado en Londres. Pero había otros grupos, menos numerosos, de la Resistencia. Las Fuerzas Nacionales eran el instrumento de la extrema derecha y el Ejército del País se esforzaba, con mediocres resultados, en subordinarlas a su mando. El Ejército Popular, comunista, no reconocía al Gobierno de Londres.

El 1.º de agosto estalló en Varsovia la insurrección contra los alemanes. (La primera sublevación, la del ghetto, había ocurrido en 1943). Los combates en las calles duraron dos meses, hasta el 3 de octubre. Los insurrectos carecían de armas. Los nazis rodearon los diversos barrios sublevados y los tomaron uno tras otro. El de la Ciudad Vieja cayó el primero, el 2 de septiembre.

El Ejército Rojo, que esperó tranquilamente durante todo ese tiempo cerca de la otra orilla del Vístula, reanudó la ofensiva el 17 de enero de 1945. Se apoderó de las ruinas de Varsovia situadas a la orilla opuesta del río —que separa a esta ciudad de su sector oriental, llamado Praga— y marchó rápidamente a través de Polonia para caer sobre Berlín.

Los principales personajes de esta novela son ficticios.

Algunos incidentes de la lucha en la Ciudad Vieja han sido sacados de la crónica de Román Podlewski, publicada en polaco bajo el título La travesía del infierno.

I

Era en julio de 1944. Piotr Kwinto, oficial de Educación política de la Primera División polaca, caminaba por la alameda, cuya grava estaba cubierta con una capa amarilla de flores de tilo caídas. Se detuvo en el lugar en que se interrumpía la fila de árboles. Brillaba al sol una abundante hierba. Unos diminutos insectos rojos, con un dibujo negro de totem, unidos unos a otros en rito amoroso, se movían en un hueco entre las raíces. Piotr se inclinó para observarlos un momento. Luego, de nuevo erguido, miró hacia el valle. Hasta el horizonte, todo aquel espacio se hallaba en plena efervescencia. Columnas ininterrumpidas de gentes y vehículos vibraban, se retorcían y llenaban todos los caminos por las onduladas pendientes a una y otra orilla del río. Tanques pesados, cubiertos de ramas verdes, se arrastraban en rebaños, levantando y bajando las bocas de sus cañones en dirección a los promontorios y a las hondonadas del terreno. Sobre los camiones, de pie, sentados, tumbados, muchos soldados grises; el ir y venir rápido de los *jeeps* por los senderos, las masas de la infantería soviética cruzando los campos y avanzando en filas por entre pardas cabañas y trigales; muchos gritos, ensordecedores ruidos de claxons y gruñidos de motores; y grandes nubes de polvo brotaban de pronto, persistían, se iban estirando, y quedaban suspendidas sobre el atormentado paisaje.

Piotr Kwinto reanudó la marcha siguiendo bajo la sombra de los viejos árboles. Sobre el césped que se extendía ante la casa, unos soldados, remangados, descuartizaban unos cerdos. Otros limpiaban sus armas, o bien, apoyándose en los codos, masticaban unas briznas de hierba mientras, extendidos por grupitos en torno a sus instructores, escuchaban las explicaciones de éstos. Un megáfono que seguramente estarían reparando, emitía unos chirridos insoportables y soltaba trozos de canciones. Piotr Kwinto pasó por entre las columnas blancas de la entrada y dejó a la izquierda las cocinas en plena algarabía, llenas de humo y en las que entraban y salían constantemente los cocineros, que descargaban de los camiones trozos de carne, panes, etc. Entró en el ala izquierda. El suelo del corredor, cubierto de detritos, crujía bajo sus botas. Llamó a la puerta mientras con la otra mano acariciaba inconscientemente un bajo relieve esculpido en la oscura madera de roble. Aquella finca, en tiempos de la ocupación alemana, había estado administrada por la *Liegenschaft*; los propietarios habían sido expulsados, pero quedaba allí una pariente. Piotr no la había visto aún; aquella mujer no aparecía por ninguna parte. Detrás de la puerta había un silencio absoluto. Volvió a llamar. Oyó

por fin unos pasos arrastrados y, luego, otra vez silencio. Tuvo que llamar tres veces más hasta que introdujeron una llave en la cerradura y se abrió la puerta. Allí estaba la mujer. Piotr y ella se observaron un instante. Con los dedos crispados en las solapas de su bata floreada, la desconocida quería taparse instintivamente el cuello. Tenía la boca torcida por una mueca de miedo que duró muy poco, pues logró fingir una sonrisa. La mujer, cuyo rostro avejentado presentaba unas manchas rojas y cuyos ojos se agitaban azogadas, parecía pensar: «¡Un bolchevique! Por fin tengo uno frente a mí, ¿qué exigiré?». Antes de abrir la boca, Kwinto sintió por primera vez la pesada carga de los cinco años transcurridos. Sentía una mezcla de compasión y asco, algo muy desagradable que le irritaba y no sabía si esta cólera contra sí mismo era por el asco que sentía o por la compasión que no podía evitar. Comprendía que ahora, de regreso en su país natal, recaería constantemente en ese estado de irritación íntima y que este encuentro no era sino el primer eslabón de una larga cadena, la brusca toma de contacto con un pasado que él consideraba muerto y que volvía a ponerse en pie.

—Perdón, señora, me han dicho que hay aquí una biblioteca. ¿Tendría usted la amabilidad de indicarme dónde está? Es sólo para mí —añadió en seguida—; querría llevarme prestado un libro.

La señora sonreía con esa sonrisa artificial que se debe a los vencedores.

—¡Claro, naturalmente; pase usted, por favor! Pero, desgraciadamente —y su rostro (por la fuerza de la costumbre, pensó Piotr) tomó una expresión de altiva condescendencia— es una biblioteca francesa. Apenas hay en ella libros polacos, ni... —vaciló— ni rusos.

—Eso no importa; de todos modos, desearía verla si usted me lo permite.

Piotr penetró detrás de ella en un ambiente impregnado de olor a muebles viejos y de otro olor que recordaba al incienso. En los muros había unos retratos ennegrecidos que representaban a unos personajes de uniforme y arcaicas armaduras. La señora abrió una segunda puerta y le enseñó a Piotr unos grandes armarios en la penumbra. Densas telarañas cargadas de polvo cubrían las hojas de cristales. Piotr intentó abrir la primera. Pidió la llave. No la había, pero el armario siguiente se abrió con una especie de silbido cuando tiró de una de las hojas. Tocó complacido los lomos de las encuadernaciones de cuero rojo con letras doradas: estos libros le traían su propia infancia. Iguales que ellos eran los que le habían amenizado tantas horas en casa de sus abuelos y con los que pasaba tanto tiempo tendido en el canapé cubierto de tela encerada. Le gustaban sobre todo los relatos

de viajes a África con aquellos dibujos donde los negros, desnudos, remaban en unas pequeñas balsas de junco, o estaban muy tiesos, apoyados en sus lanzas, en torno a sus chozas estriadas que se parecían a las casas de los castores. La envejecida señora miraba a Piotr mientras éste iba cogiendo un volumen tras otro. Y a él, esa mirada que sentía posada sobre su cuello, le estropeaba la alegría de este regreso a su infancia, a las orillas del río donde construía unas pequeñas chozas imitando a las de los negros, a la canoa tallada en un tronco, que su imaginación convertía en una piragua africana.

«Seguramente, se ha creído que me envían para requisar la biblioteca», pensó Piotr. Miró el volumen que tenía en las manos y bajó de un salto de la silla donde se había subido.

—Con su permiso, señora, voy a llevarme esto. Se lo traeré antes de que nos vayamos de aquí.

Vio pasar por el rostro de la mujer una sensación de alivio y disminuirle, hasta desaparecer por completo, la tensión que le había producido su llegada. Pero incluso mientras lo acompañaba hasta la puerta, aquella mujer se preguntaba si el militar no volvería a última hora para exigirle un reloj o dinero.

Se había sentado en la hierba, al borde del parque, apoyado en un tronco. El rojizo sol estaba velado por las nubes de polvo que levantaba el movimiento de las ruedas y de millares de pies. Una ceniza blanquecina se posaba sobre las hojas. En el aire quedaba, persistente, la vibración febril de la marcha. Unos aviones ronroneaban por alguna parte, a gran altura, por encima de las nubes. Piotr, por el rabillo del ojo, observó un momento un tanque que se detenía, torcido e inhábil, en la pendiente que había cerca de las casas del pueblo. Junto a él se agitaban unas figuritas humanas. Los tanques con avería eran la distracción favorita de los soldados. Nunca había podido comprobar Piotr en qué medida contribuían aquellos curiosos a arreglar las averías, o si, por el contrario, no hacían todo lo posible por descomponer los tanques para que su unidad no pudiera proseguir la marcha, con lo cual disfrutaban de unas vacaciones extraordinarias durante las reparaciones. Piotr se desabrochó el uniforme. París, que aparecía en las páginas de aquel libro, le parecía clavado para toda la eternidad con el aspecto que había captado el arte del dibujante: pintores con amplias blusas; modistillas que llamaban a la puerta de un estudiante, el cual, con sus pantalones estrechos y su larga levita, se desperezaba sobre sus libros; dos ángeles vestidos de crinolinas, pensando en el modo de engañar a sus odiosos maridos tenderos... El París donde él había vivido antes de 1939 le parecía a Piotr inexistente; se confundía con este París del libro, el

de los ómnibus tirados por caballos, un París más denso y mejor encerrado en el tiempo. He ahí por qué no podía nunca hablarle a Iwan de París como él había querido. Aquello fue en los Urales, donde trabajaban ambos como leñadores. Iwan era un campesino de los Cárpatos, sin cultura alguna. Nunca había visto una gran ciudad y, por las noches, cuando se tendían los dos en sus camastros, hacía muchas preguntas y quería respuestas muy concretas. Pero Piotr, probablemente, quería borrar todo aquel sector de su vida; no podía considerarlo como una parte de su historia personal que pudiera comentar con calma. Creía que de París no le quedaba nada y que había sido una vida irreal que convenía destruir para que la nueva fase de su existencia tuviera algún valor.

Los pinos gigantes de los Urales caían con gran estruendo; las palmas de los leñadores sangraban de tanto manejar la pesada hacha; los cuerpos estaban acribillados por la terrible plaga de la selva virgen: una mosca microscópica cuyos negros enjambres se metían en los ojos, en la nariz, en la boca; maldiciones del invierno; búsqueda constante de esos harapos que se emplean para envolver los pies y evitar que se hielen; y la certidumbre de la muerte: un año más, nada más que un año y todo habrá acabado. En verdad, no era necesario destruir la vida pasada; ella misma se caía a pedazos; se convertía en polvo. Por eso, cuando pensaba en aquellos años, Piotr se encogía de hombros. Consideraba lo que le había ocurrido como un castigo del destino. Un castigo por haber sido ciudadano de Herculano y Pompeya. En torno suyo se moría la gente de hambre, y por el escorbuto, mientras hablaban del pasado, rezaban o maldecían. Por eso él apretaba los labios y aprendía a callarse. Además, no había nada que decir. Las cosas eran como eran. Se trataba de una justicia vengativa.

Y ahora, la marcha del Ejército Rojo, que avanzaba como un río de lava, como una arrolladora potencia de la Naturaleza. Y él, metido en esa marcha, formando parte de la masa que avanzaba. Quizá comprendiera Piotr esa fuerza terrible, de la cual no eran sino la espuma o quizás una manifestación necesaria la inquietud y el terror de las hormigas. Pero ¿basta comprender las cosas? ¿Y la mujer que le había dejado el libro? ¿Y todos esos millones de personas que se agitan absurdamente, espantadas, con la esperanza de que los ingleses... que los norteamericanos... poder huir... enterrar el oro o esconder dólares detrás de los tapices... procurando sonreír y disimular el odio? Y mientras, la tierra insultada, despedazada por doquier con las alambradas de los campos de concentración, absorbe sin cesar la sangre, los últimos gritos de unos seres humanos y las cenizas. La Europa de las modistillas y de los tenderos gordos con gorros de noche había preparado lentamente, ella misma, el veneno que habría de matarla.

Después de todo, era una dicha estar entre los vivos con el sol dándole a uno en la cara. Las rachas de disparos de las ametralladoras crepitaban en las cercanías del pueblo. Más allá, detrás de la línea del horizonte contestaba la artillería; Piotr levantó la mano y movió los dedos, asombrado de estar allí y hasta de la hora, el día, el mes y el año en que se hallaba.

II

En el transcurso de los últimos meses, mientras que la unidad de Piotr —el núcleo central de la nueva Administración en el primer país conquistado— avanzaba hacia el Oeste, él observaba la cabeza de Winter. Se sabía de memoria todos los detalles de aquella cara. Un gran cráneo afeitado al que el crecimiento raquítico de algunos cabellos daba un aspecto de calvicie; una mandíbula cuadrada y saliente, labios delgados, una nariz más bien pequeña y un poco abultada por en medio y unos ojos como dos puntitos negros —de expresión algo simiesca— que miraban con agudeza por entre los pliegues de la piel. Y ahora, en esta mañana de domingo, se hallaba Winter ante él. Las mandíbulas de Winter trabajaban royendo grandes bocados de pan que procuraba ablandar en la boca con extraordinarios bucheros de café. Las moscas se paseaban por la mesa entre ellos dos, reuniéndose en torno a los diminutos estanques del líquido vertido de las tazas, en los cuales sumergían los insectos sus vibrantes trompas. Pensar en que pronto no estaría ya obligado a ver diariamente a Winter, equivalía para Piotr al final de la guerra. Aunque esta presencia no difería gran cosa de muchas otras circunstancias que él aceptaba, lo mismo que se resigna uno a ciertos fenómenos naturales desagradables, sin embargo, era indudable que Winter pesaba excesivamente sobre su recuerdo y le evocaba todo lo que él deseaba olvidar; tiraba de sus recuerdos y los hacía revivir desde el principio.

Al fin y al cabo, había sido Winter, en aquella época ya lejana, el causante directo de la detención de Piotr y de su salida para los Urales. Se hallaba Winter entre los «bien vistos» y le habían encargado redactar informes. Conocía a Piotr desde hacía mucho tiempo y ambos habían pasado muchos ratos juntos en los cafés literarios de Varsovia. Encontrándose en la zona oriental, en 1939, Piotr no sabía qué hacer: pensaba atravesar la frontera rumana; pero al menos observador de la realidad política no podía escapársele que tal solución era casi impracticable, ya que los autos, las pieles, las joyas y los perritos pequineses que acompañaban al antiguo Gobierno en su huida, cuando el ejército alemán aplastó al polaco, tenían sólo un valor simbólico, es decir, que la vuelta al poder de esa capa social era imposible. Hay cosas que no ocurren nunca en la historia. Una semana de éxodo por las carreteras ametralladas por los Messerschmitt sirvió a Piotr para hacerse su composición de lugar casi sin proponérselo. Por fuera no sentía más que amargura y furor, pero en el fondo lo que sentía era vergüenza. Sí, vergüenza; pues, ¿quién

era él para escribir su tesis doctoral sobre la poesía francesa y para permitirse el lujo de contemplar con ironía a este mundo que se precipitaba hacia su perdición, y para lograr siempre alguna beca que le permitiese vivir cómodamente en Varsovia o en la calle Monsieur-le-Prince? ¿Escaparse? ¿Escapar con aquella gente de los autos, las joyas y los perritos? Sin embargo, no soportaba la atmósfera de la ocupación soviética. Por fin, se decidió a cruzar la frontera de las dos zonas y a someterse al dominio nazi. Por entonces no quería confesarse lo que le impulsaba a ello. Era en realidad un deseo de purificación, de expiación, de compartir el sino de un pueblo humillado y desgraciado. Y, al mismo tiempo, la irracional esperanza de que surgiera algún día de aquel caos algún orden nuevo, algo que permitiera vivir mejor y cuyos perfiles no se divisaban todavía. Estos motivos auténticos permanecían ocultos bajo aspiraciones poderosas y —según creía el propio Piotr— egoístas: o sea, ordenar un poco el caos interior, tener tiempo de hacer algo fuera de la vida pública, hallarse en esa zona en que puede uno comenzar de nuevo, el campo de la clandestinidad donde el pensamiento es libre por la sencilla razón de estar absolutamente prohibido. Pero apenas había tomado esta decisión cuando lo detuvieron; y precisamente al amanecer, según las buenas normas. Después de varias semanas llegó la sentencia: cinco años, por actividades contrarrevolucionarias. Winter, que lo había denunciado, tenía sus razones para ello. Y ya entonces no merecía este asunto sino encogerse de hombros. Antes de la guerra, había pasado Winter varios años en la cárcel por comunista. Era fanático y le obsesionaba la injusticia padecida; además, tenía miedo de los rusos. Desde luego, Piotr era el autor del artículo sobre el que se fundaba la acusación. En ese artículo se burlaba de los poetas comunistas y les reprochaba su carencia de honradez intelectual. Si no hubiera habido amnistía, ¿habría sido Winter el culpable de su muerte? Indudablemente. Cuando Piotr regresó de Asia, movilizado en la división polaca, se encontró en ella con Winter. Todo debía ser olvidado. Y se estrecharon la mano. Los ojillos de Winter miraban a Piotr tranquilos y vigilantes; en el fondo, con dureza.

Ahora, en las mesas vecinas terminaban de almorzar unos hombres con uniformes rígidos. Todos charlaban y la atmósfera se cargaba con el humo de los cigarrillos. Fuera hacía una mañana espléndida. El aire se llevaba a lo lejos los chillidos de las golondrinas, los silbidos y las risas de los soldados. Winter se limpió la boca, miró su reloj, se levantó y se estiró la guerrera.

—¿Vamos? —le preguntó a Piotr.

—El cura no empezará sin nosotros.

—Eso no importa. Tenemos que demostrarle nuestra puntualidad.

El batallón salía por la puerta del parque, cuyas grandes hojas de hierro forjado, arrancadas, yacían entre las ortigas. La carretera se extendía polvorienta y blanqueaba las botas. Piotr miraba las casitas con techos de paja, los altos tornasoles y las malvas. «Mi patria. Todo es en ella pequeño, anejo a un pedacito de tierra, a estrechos rectángulos cultivados —jardincitos, breves surcos, un campesino a caballo, una viejecita con su vaca, la tienda, unos vecinos apoyados en la verja, las jóvenes guardesas de ocas, chicas con sus pies descalzos enrojecidos—, todo ello fuera de este tiempo que ha producido las máquinas de guerra y los libros de doctrina política».

El batallón cantaba, con ritmo vivo, una canción popular. Las gentes, vestidas de domingo, se paraban en la calle principal del pueblo y abrían los ojos y la boca, asombradas: el ejército polaco, los mismos uniformes de antes, la misma canción. Los soldados soviéticos, adosados a los tanques parados, seguían con la mirada maliciosa y burlona el paso de aquellos uniformes flamantes. ¿Qué pensaban los campesinos? Sus campos habían sido arrasados por los tanques llegados del lejano Ruhr, habían conocido el terror, la caza del hombre, los niños —ojos azules, cabellos cenicientos— arrancados a sus madres para acrecentar el potencial nórdico en la sangre del Reich; y veían luego los tanques de más allá de los Urales, y todo venía siempre de lejos para caer sobre ellos como una sentencia, como la cólera de Dios, el ala de un ciclón cuyo origen está siempre más allá, en algún lugar de los espacios inexplorados o en el espíritu de hombres desconocidos.

En la explanada, delante de la iglesia, los multicolores atavíos de las mujeres y las gorras de los hombres. La iglesia, de madera. Unos festones de hojas y flores marchitas colgaban por encima de las puertas abiertas. Las primeras filas de soldados penetraron en el interior del templo. Piotr miró en torno suyo: vio a los que se habían quedado a la entrada, la masa de cabezas afeitadas militarmente y los rostros bigotudos y arrugados de los campesinos. Los soldados... Como a él, los habían llevado un día a los desérticos espacios del Asia soviética, a los terrenos de castigo a orillas del océano Ártico, y se morían a racimos de hambre o de escorbuto. Éstos que habían vuelto sabían tantas cosas... ¿Hasta qué punto sentían que participaban en una mascarada y que su presencia aquí, en la iglesia campesina, por orden del mando ruso, era una broma de mal gusto que les había infligido el destino? Lo cierto es que estaban contentos. Después de todo aquello, después de la desesperación, después de las inmensas distancias recorridas, estaban de regreso en su patria, y otra vez, como en su infancia, respiraban el olor a madera vieja, a flores e incienso y tomaban parte en ese rito común que existe más allá de todo

razonamiento y que era la confirmación más honda de su país natal.

Unos niños, vestidos de monaguillos, tocaban las campanillas. La música del órgano, la casulla del sacerdote, las viejas campesinas siguiendo con el dedo las grandes letras del misal... Piotr pensaba en las tumbas de los soldados soviéticos. Había miles de millares de ellas desde el Volga hasta aquí, y seguían en dirección al Vístula. Estaban marcadas con unas pequeñas pirámides de madera coronadas por una estrella roja de cinco puntas. No sabía por qué, pero este signo le producía una gran tristeza. Quizá fuera sólo una mala costumbre de la imaginación; o quizá fuese la Cruz, después de todo, la figura más sencilla que se encuentra en la Naturaleza: la forma de un hombre, la forma de un árbol. Las tumbas de los soldados soviéticos, en cambio, imitaban los mausoleos de mármol y las pobres planchas que las componían simulaban toscamente la piedra. ¿Podía atraerle a ningún hombre la idea de reposar eternamente bajo el símbolo de esta nueva religión que no concibe más monumento para la muerte individual que una copia ridícula y diminuta de las inmensas pirámides erigidas en memoria y para gloria de imperios y reyes? El corazón se le encogía a Piotr a la vista de estas tumbas. No le perdonaba al Estado que no dejara en paz a esos muertos o que no les pusiera otros signos, no importaba cuáles, con tal de que no fuese el símbolo de su dominio.

El pequeño sol del Cáliz... «Lo que yo pienso, seguramente lo piensan todos —se dijo Piotr—. Doy gracias por haber sobrevivido. Por haber conocido la desgracia. Por haber dejado de ser el que fui. No quiero olvidar el común destino de los hombres ni reclamar para mí una suerte especial. Quiero encontrar el camino de la justicia y librarme de lo superfluo y no conservar sino lo que merezca ser conservado. Quiero utilizar mi cólera y tener esa fuerza que sólo da el silencio». Winter estaba a su lado, con la cabeza inclinada. Era hijo de un encuadernador judío del *ghetto* de Varsovia para quien el hecho de estar allí, en la iglesia, era una cosa útil, y por tanto necesaria; o sea, racional. Descendía espiritualmente de esos ateos apasionados para quienes la religión no era todavía un medio político como cualquier otro. Piotr, a pesar suyo, sentía amistad por Winter, pues sabía cuánto sufría secretamente. Winter no encontraría a sus padres. Aunque, probablemente, tampoco viviría ya la madre de Piotr. Pero Winter sólo tenía ante sí ruinas de ciudades y ceniza de los hornos crematorios. Ninguna esperanza. Y, detrás de él, la muerte de su hijo. Por algunas palabras sueltas que se le habían escapado a Winter en el transcurso de aquellos meses, Piotr adivinó que el año pasado por aquél en Ashabad le había resultado tan duro y dramático como el que pasó Piotr enterrado en cárceles y campos de concentración. El hijo de Winter se moría sobre la tierra removida de una choza turkmena y él no podía hacer nada para salvarlo, ni siquiera maldecir al Estado; solamente le quedaba el recurso de aceptar el absurdo

aunque sin llamarlo absurdo. Como los viejos turkmenos de amarillentos y arrugados rostros, tenía que resignarse a mirar el sol que lo abrasaba todo despiadadamente y consentir que la malaria, la miseria y otras plagas inevitables, realizaran su nefasta labor. Piotr también había aprendido a resignarse, pero la suya, creía él, era una resignación diferente a la de Winter. Más bien una prudencia, un instinto. Era como una oleada que había de retirarse algún día. Se le habían relajado los músculos, como los de un animal arrojado desde una gran altura. Sin embargo, le parecía ser más feliz que Winter. Quizá fuera sólo una ilusión, pero, por lo menos, le permitía dominar su repugnancia mientras estuviese obligado a seguirlo viendo. En aquel momento estaba casi dispuesto a tenderle la mano como prueba de fraternidad.

Salieron hacia la cruda luz del día. Los soldados soviéticos, sentados sobre el poyete del atrio, contemplaban absortos el espectáculo, que para ellos resultaba de lo más exótico. Los soldados polacos se mezclaban con la población; bromas y risas de las muchachas. De pronto, Piotr oyó un grito. Antes de haberse dado cuenta de dónde procedía aquel alarido penetrante, una cosa informe, cálida, un revoltijo de movimientos y lamentos se arrojó a sus pies e, incorporándose de rodillas, lo agarró por la cintura. El pañolón resbaló hacia atrás de la cabeza de la campesina: una cabellera desgreñada, unos ojos suplicantes cercados de ojeras, una boca retorcida por la angustiada petición: «¡Oh, Jesús; me lo han cogido, señor; mi hijo...; socórrame, señor; me lo han cogido!». Se aferraba al uniforme. «Señor, usted es polaco y debe comprenderme. ¿Cómo es posible que hagan nada contra él si es inocente y ha luchado contra los alemanes?». Piotr rechazó a la mujer. «¡Ayudadnos, salvadnos, hermanos polacos; los NKVD se han llevado a mi hijo! ¿Por qué? ¿Por qué?». Piotr veía formarse en torno suyo un círculo de soldados a sus órdenes. Estaban allí, con los ojos bajos y una expresión muy seria. «No puedo hacer nada, mujer —dijo Piotr—, eso no depende de nosotros». Winter se acercó al grupo: «No llores, mujer; es la guerra. Estamos en el frente. Todo se comprobará y soltarán a tu hijo». Ordenó la marcha.

—Es un fastidio tener que aguantar todas estas historias —le dijo Winter a Piotr—. Pero es inevitable. Están «barriendo» el terreno. Ha sido mala suerte que en esta región no haya habido más guerrilleros que los partidarios de los fascistas de Londres. La verdad es que todos los jóvenes de aquí pertenecieron al Ejército del País.

III

Vamos por partes y reconozcamos ante todo que lo más peligroso para nosotros son las palabras. Hemos de aprender otra lengua que se adapte mejor a la realidad presente. Sabes muy bien que es difícil contar nada con nuestras expresiones habituales. Además, no hago ningún esfuerzo por ocultar mi odio.

Julián. Tenerlo allí delante resultaba tan incomprensible como si un personaje hubiera saltado de las páginas de un manual de Historia y hubiese cobrado vida. Para Piotr, su amigo formaba parte de la inmensa multitud de sombras. Pero es evidente que está aquí; sus párpados se arrugan como antaño y en sus ojos sigue habiendo, a pesar de todo, aquel brusco estallido que parece algo así como la explosión interior de una risa malvada.

—Naturalmente, yo habría podido salir del *ghetto* más pronto. Miguel quería llevarme a su casa. Se las arreglaba bien, Miguel. Traficaba con harina, pero tiene sucia su almita. Sí, es una almita sucia, aunque humanitaria. He visto el miedo que tenía. Y su mujer tenía todavía más miedo... por él. Era el deber. Como entonces, cuando aquel sinvergüenza de Thomas hizo que me expulsaran de mi puesto y hubo protestas: ese pudor de la conciencia que se siente intranquila cuando echan a la calle a un judío. Este pudor es el conflicto entre una cobardía y otra cobardía. En fin, que prefería quedarme en el *ghetto*.

—¿Es que preferirías que el hombre no tuviera cobardía alguna que vencer? ¿Te gustaría que no hubiese cobardía?

—Sí, eso querría. Por otra parte, todo fue mejor así. En el *ghetto* me ganaba la vida dando clases. Todos los jóvenes estudiaban. Nunca he visto a la gente estudiar tanto: inglés, francés, español, hebreo, incluso el latín y el griego. No puedes imaginarte cuántas palabras y declinaciones han subido al cielo con el humo. Pero allá, en el *ghetto*, ese esfuerzo ayudaba a vivir. ¿Cómo va a confesarse un muchacho: «he perdido toda esperanza», si se dedica a aprender un vocabulario?

Julián apoyaba los codos en la sucia mesita. Su chaqueta negra brillaba de grasa y de tanto roce. Debajo llevaba una blusa militar soviética. La barba de varios días sin afeitarse le ensombrecía su delgado rostro.

—Me interesaba mucho salvar el pellejo. En 1942, todo resultaba muy claro. Yo pertenecía entonces a una brigada que llevaban diariamente a trabajar en la ciudad. Una tarde, después de habernos pagado bien, en vez de conducirnos de nuevo al *ghetto*, nos llevaron al final de la avenida de la Independencia, que es ya pleno campo. Cuatro camiones. Era en septiembre. Tú no tienes idea del aspecto de un judío esclavo: dos sacos en bandolera, donde lleva todo lo que posee; y si puede, se carga a la espalda un tercer saco. Los fugitivos abandonaban a sus familias a la muerte. Yo dejé a mis padres. Les dije que necesitaba huir.

La criada del establecimiento les llevó café. En sus brazos sucios tintineaban unos brazaletes que le venían muy anchos. Las mujeres de la buena sociedad, desclasificadas por la guerra, eran una novedad para Piotr. Observaba a aquella mujer como si hubiera sido un pez exótico en un acuario, aunque se daba cuenta de la impertinencia de su mirada. Después de servirles, se alejó oscilando un poco sus caderas, erguida y elegante, balanceando la bandeja. Julián, en cambio, no la miraba. Movía el azúcar con la cuchara y parecía meditar.

—Ahora estoy «bien visto». Me consideran un buen guerrillero popular. Quizá haya sido todo una casualidad; pero debemos reconocer que, hoy día, las casualidades no suceden por casualidad.

—Julián, no te concibo haciendo vida salvaje en los bosques. Si lo has hecho por casualidad, de todos modos resulta divertido.

—Naturalmente, la vida en los bosques me cogió desentrenado. Fuimos hacia el sur para dirigirnos en seguida hacia el este: era nuestra única oportunidad. Sólo allí podríamos encontrar a los resistentes rojos. El Ejército del País no aceptaba judíos.

—¿No?

—No. Avanzábamos por la noche. Éramos cinco, tres hombres y dos muchachas. Nos vimos metidos en una batida de las Fuerzas Nacionales. Miguel era en Varsovia el noble teórico de tan noble movimiento: la nación, la tradición, la lucha contra los alemanes, el catolicismo, etc. Publicaba todas esas tonterías en sus periódicos clandestinos. Pero en la práctica, la actividad de aquellos grupos consistía en depurar al país de sus judíos y sus comunistas; lo que para ellos, como sabes, viene a ser lo mismo. De modo que en aquella batida nos sacaban de los bosques y nos obligaban a salir al campo abierto, donde nos esperaban los alemanes. Los otros cuatro de mi grupo murieron así. Había un pequeño estanque. Me

escondí en el agua sacando la boca por entre los juncos sólo el tiempo justo para respirar.

De manera que así era cómo estos intelectuales habían aprendido la vida real. Piotr recordó sus discusiones sobre la fenomenología, a altas horas de la noche, en un cafetuchito que había cerca de la Universidad. Sonrió y dijo:

—Te llamaban Julián el Apóstata.

—Todo aquello no era muy útil. No sé cómo he podido arreglármelas, porque después me encontré completamente solo. Tenía miedo a acercarme al pueblo. Caminé de noche mientras me quedaron fuerzas. Al final, me tumbé en el suelo para morirme. Tenía tantísima hambre, y mi debilidad era tan grande, que la idea de morirme poco a poco me parecía lo más natural. Era sencillamente como si estuviese esperando el sueño. Una transición sin tropiezos.

¿Es acaso imprescindible que suceda todo esto? ¿Se purifican las personas que pasan por una experiencia tan dura? ¿O será al contrario? Miraba a Julián como si quisiera verse a sí mismo, por transparencia, a través de aquel rostro. Y Julián prosiguió

—Entonces ocurrió algo parecido a lo que leemos en las novelas. Me salvaron unos judíos de los bosques. Me encontraron allí tendido y me llevaron a su *bunker*. Estábamos como sardinas en lata. Toda la familia: un viejo que tenía una barba como los profetas, su hijo casado, la mujer de éste y tres niños. Todos nosotros nos apretábamos en el fondo de aquel agujero cavado en la arcilla y cubierto con un techo de planchas de madera disimulado con una capa espesa de tierra y hierba y unos arbustos trasplantados. Era imposible sospechar lo que había allí dentro.

—¿Y ellos no tenían miedo? ¿Comprendes tú que te salvaran?

—¿Que si tenían miedo? Esto sería lo de menos. Piensa que les faltaba sitio incluso para ellos. He oído sus peleas como si yo fuera una cosa inanimada que pudiera oír y entender a unos seres vivos. La mujer escandalizaba continuamente reprochándoles la estupidez que habían hecho. El viejo insistía en que habían cumplido con su deber. El hijo explicaba que les convenía más tenerme con ellos, pues si los alemanes me hubieran encontrado habrían registrado todo el contorno y habrían acabado dando con ellos. Pero tenían mucho miedo y no les daba vergüenza confesarlo.

Piotr sentía clavársele en la espalda las miradas de los hombres y las mujeres

que murmuraban en las otras mesas. La hostilidad entre la gente del pueblo y los que llevaban uniformes soviéticos o polacos era casi tangible.

—Eran del pueblo vecino —decía Julián— y antes habían tenido una tienda. Cada dos o tres días, al atardecer, salía el hijo en busca de víveres que le proporcionaban los campesinos amigos suyos. Era un convenio entre ellos. Lo peor era el invierno, por las huellas de la nieve. A mi llegada hacía ya un año que vivían allí. Se esforzaban en acumular provisiones para no verse obligados a salir el invierno siguiente. De modo que una persona más les estropeaba todos los cálculos.

—La nieve es mala cosa. —Piotr revolvía los posos en el fondo de la taza—. Yo lo sé muy bien.

—Me quedé un mes con ellos. Después, el hijo se enteró en el pueblo de que un destacamento de guerrilleros rojos atravesaba el bosque cercano. Eran evadidos soviéticos, judíos, algunos chicos de las ciudades, un poco de todo. Los había reunido la pura casualidad. Yo no sabía si me decían la verdad o si habían inventado una historia para librarse de mí. De todos modos, me marché. Me dieron víveres y me indicaron el camino. Y, en efecto, encontré el destacamento de que me hablaron. Me trataron con mucho respeto por ser un intelectual. Les edité un boletín con multicopista.

Piotr quería decir algo del Julián Halpern de antaño, el adversario de Hegel; pero antes de abrir la boca, comprendió que era un absurdo resucitar aquello. Se limitó, pues, a reconocer los hechos, con el mismo espíritu con que se reconoce el tiempo que hace:

—Así que estamos de este lado. Pronto estaremos en Varsovia.

—Los de allí y los de aquí —dijo Julián trazando un círculo con la mano—, ¿sabes lo que piensan en este pueblo, tan cerca de Maidanek, donde yacen cientos de miles de gafas, cepillos de dientes y juguetes? Cada juguete es un niño que han matado los alemanes. Pues piensan que, bien mirado, esta matanza supone para ellos una ventaja: la eliminación de los judíos.

—Sí. No creas que voy a defenderlos; sin embargo, es preciso que sepas lo que ha sucedido en Ucrania. Sí, allá entre los soviets. Cuando llegaron los alemanes, no se libró ni un solo judío. No podría haberse salvado ni por casualidad, Eran ellos, los rusos, quienes los entregaban a todos. El Estado soviético se libraba de los judíos. ¿Comprendes de verdad cuáles son las fuerzas que están ahora en juego?

—preguntó Piotr.

—Lo único que comprendo es que nada puede ser distinto de como es.

Julián añadió con amargura:

—Esos perros charlatanes... Me refiero a los que están en Inglaterra. Pasarán los años y esos polacos serán devorados por sus propias mentiras. Editarán dos revistas que lucharán una contra otra. Por ejemplo: *La Abeja de Londres* y *La Avispa de Escocia*. No harán nada más hasta que se mueran.

—¿Y tú, Julián, qué ideas tienes respecto de este mundo nuevo?

—Lo peor es que nadie escoge la época en que ha de nacer. Ni las costumbres que debe aceptar. Incluso los que no soportan el avión no pueden viajar en diligencia.

IV

La Redacción de *La Nueva Época* se había instalado en las oficinas donde, poco antes, editaban los alemanes su diario de propaganda. En el suelo había paja por todas partes; allí dormían los redactores por la noche. En los rincones se amontonaban los sacos de provisiones que Baruga había conseguido para la cantina del periódico. El director, que era este Baruga, llevaba unos pantalones militares cuyos bajos estaban remetidos en las pesadas botas rusas, y una camisa abierta y desastrada. Luchaba en vano con el teléfono lanzando de vez en cuando el auricular para volverlo a coger y continuar sus esfuerzos. Tenía enrojecidos los párpados y toda la cara abotagada por el insomnio. Decía palabrotas con una voz muy peculiar: ¡«Cretinos —gritaba—, cretinos, ya les he dicho que debían enviar un camión! Necesitamos a esos tipos. Y ahora quieren divertirse deteniendo a la gente que nos hace falta para el trabajo». Furioso, arrojó otra vez violentamente el aparato e irguió su corpulenta estatura. «Gajewicz, irá usted en seguida a casa de ese Pekielski. Sí, ese mi-nis-tro, ese perro de Su Excelencia. Vaya usted y dígame que se las arregle para que me suelten a éstos inmediatamente... y los pasquines, maldita sea —iba gruñendo por toda la sala de Redacción—. Nuestro ejército está ya en el Vístula. Varsovia será liberada hoy o mañana y haremos el ridículo. ¡Les retorceré el cuello a esos vagos! ¡Haré que se arrepientan!».

Mientras, Piotr Kwinto, sudando por el gran calor que hacía, escribía a toda prisa un artículo. En la mesa vecina, Julián Halpern, con los auriculares en las orejas, anotaba unos comunicados. Piotr, adscrito a la Redacción, tenía la impresión de penetrar en un mundo nuevo y quizá valiera más para él. No podía pensar en muchas cosas, metido de lleno como estaba en la fiebre del trabajo, los rugidos de Baruga, la confusa sucesión de días y noches, la monótona corrección de las pruebas, el olor a tinta de imprenta... Además, Winter, que se había quedado en el ejército, había desaparecido por completo de su campo de visión.

El artículo que escribía ahora era un comentario al manifiesto lanzado por el nuevo Gobierno polaco, que se dirigía hacia el Oeste con el Ejército Rojo. La situación de 1920 se repetía: entonces tres revolucionarios polacos, Dzierjinsky y sus dos camaradas, se preparaban a tomar el poder en Varsovia y dirigían manifiestos al país. Pero Piotr pensaba que las situaciones revolucionarias se perfeccionaban poco a poco. En los años transcurridos desde 1920, las tropas que

traían el orden nuevo habían dejado de ser una horda de rebeldes mal armados y sin disciplina. Durante esos años, el nacionalismo, que podría haberse opuesto a esta invasión disfrazada, se había descompuesto lo mismo que se pudre la rama muerta de un árbol. El nacionalismo tenía sólo una apariencia de vida con un resto de savia que le quedaba del siglo pasado. El nazismo había hecho absurdos a todos los nacionalistas. Por otra parte, también la técnica revolucionaria se había perfeccionado.

«Miel, sobre todo mucha miel», solía decir Baruga. Había que tener conciencia de las etapas. Todo vendría por sus pasos contados, una etapa detrás de otra. ¿Cuántos años duraría cada una de estas etapas?, pensaba Piotr mientras escribía que la reforma proclamada por el nuevo régimen no tocaría a la propiedad privada de los campesinos. Sí, esto había que decir: Nadie quería que hubiera trastornos sangrientos. La revolución comunista sería apacible y nadie notaría ninguna molestia. Las estructuras sociales se renovarían del modo más original y adaptado a las necesidades del país. No sería el de Rusia ni el del capitalismo, sino un camino totalmente nuevo hacia el socialismo. Los que, como los soldados de Piotr, apretaban sus labios silenciosos para no soltar las expresiones de odio que se les venían a la boca cuando pensaban en lo que habían visto allá en el Éste, tenían que abandonarse al bienestar y conservar la conciencia tranquila ante la bandera polaca. Había que tranquilizar a estos hombres.

Sin embargo, la «salsa nacional» en la que debía fundir cada frase, le resultaba a Piotr muy desagradable. Antes de la guerra, todos los intelectuales se burlaban del rimbombante patriotismo de los oradores nacionalistas. Baruga, que entonces era redactor de un periódico criptocomunista, lo pasaba muy bien satirizando toda aquella fraseología llena de tópicos. Ahora los mismos *slogans* nacionalistas eran adoptados —y adaptados— por los comunistas con una finalidad diferente. «Vencer al alemán, estrangularlo, no perdonar a las mujeres ni a los niños del enemigo, y fecundar la tierra patria con la sangre infame de éste, combatir sin descanso por la grandeza y la independencia de la nación». Todo esto, y mucho más por el estilo, se repetía sin cesar. Y por la radio se lanzaban encendidas alocuciones a los que aún sufrían a los alemanes en la otra orilla del Vístula: «Levantaos, disparad contra los alemanes, cortadles el camino de regreso... ¡Polacos, empuñad las armas, pues ha llegado la hora de la venganza contra el vil invasor de la Patria...!». Piotr observaba lo difícil que resultaba utilizar este lenguaje. Quizá fuera una dificultad característica suya y en otros, en cambio, brotarían estas frases del modo más natural. Son expresiones abrigadas por el uso como la culata del fusil. Es cuestión de entrenamiento, de educación. Pero él tenía que pesarlas, disponerlas una y otra vez en diferente orden como si estuviera levantando un complicado

edificio. Reflexionaba sobre el terrible convencionalismo de los términos que emplean los hombres para comunicar sus sentimientos. Había que manejar frases enteras en vez de los breves sonidos sueltos que bastaban al hombre primitivo para manifestar su hostilidad o su simpatía. Sin embargo, debía reconocer que el poeta Valéry había conseguido una mayor precisión en el arte de expresarse que el hombre primitivo. Pero también era una verdad innegable que esos sonidos elementales formaban parte de la realidad, y quizá cuando Piotr tachaba una palabra porque le parecía demasiado gastada, le estuviera dando a su frase una fuerza excesiva. Para suavizar sus expresiones y no ser como el hombre primitivo, tiene el hombre moderno que aguar sus frases con muchos tópicos.

Puso un punto y se despezó. Baruga gritaba en su mesa riñéndole a alguien que había corregido mal. Entonces se produjo aquello. Julián gritó, dominando con su voz las discusiones y el ruido de las máquinas: «¡Silencio!». Todos lo miraron. Tenía las manos crispadas en los auriculares. Levantó los ojos. No los tenía arrugados como de costumbre, sino muy abiertos, tensos de interés. Abarcaba con su mirada a todos los presentes y parecía estar esperando una respuesta de vital importancia.

—Ha estallado una sublevación en Varsovia. Los de Londres juegan su última carta.

Baruga permanecía inclinado hacia delante, inmóvil. Su rostro, como siempre que callaba y reflexionaba, tenía la expresión de un perro triste. Tendió la mano hacia un cigarrillo que le ofrecían y empezó a darle vueltas maquinalmente entre sus dedos. Brotó de su garganta un gruñido sordo. Encendió por fin el cigarrillo, se apoyó en un codo y murmuró: «Na... Na...».

Julián volvió a fruncir el entrecejo y por sus ojos pasó el fogonazo de una explosión interior. Las muchachas mecanógrafas se habían quedado inmóviles, con la boca abierta, sin saber qué comentario debían hacer ni qué actitud tomar. Uno de los redactores echaba aliento sobre sus gafas, las limpiaba y las miraba a contraluz. De la calle venían los cantos de los soldados soviéticos. Piotr puso en orden las cuartillas de su artículo, colocó encima el cenicero y echó atrás su silla haciendo el mayor ruido posible.

V

Es una llanura perfectamente plana unida al cielo por una línea recta. Una llanura gris con los tonos rojizos de su tierra arenosa y la enclenque verdura de sus arbustos. El cielo, al declinar el verano, es pálido y transparente. Una espesa humareda se despliega perezosa en ese cielo, se va desplazando y se difumina hasta perderse en las alturas por encima del vuelo de los pájaros. Iban comenzado las primeras migraciones: desde las tundras de Laponia, desde los lagos de Suecia, van los pájaros en triángulo hacia el sur y las capas de aire vibran con sus alas mientras que sus voces sólo llegan apercibirse en la tierra a intervalos. Las oye el pastorcito descalzo, que maneja un largo látigo y levanta la cabeza para ver pasar las aves. Pero aunque imperceptibles, esas voces persisten como una presencia inquietante.

En el humo danzan unas minúsculas partículas brillantes, espejos del sol: son trozos de papel, blancos o rojizos, expulsados hacia lo alto por el calor del fuego. Y también las alas de las palomas: privadas de sus refugios, vuelan describiendo círculos, plateadas sobre el fondo sombrío, se lanzan en picado hacia abajo y luego suben de nuevo cada vez a más altura sin hallar ningún sitio donde posarse.

Por debajo, el humo recibe sus afluentes. Los puntos claros —las casas de la ciudad que se están quemando— aparecen envueltos en una guata negra que expulsa hacia arriba su grasa.

El lento gotear —en dirección inversa a la normal— de esta materia alquitranada es sacudido por las explosiones. Unos chorros de polvo salen de pronto de aquí y de allá y luego van perdiendo velocidad, y las nubecillas, entre rojizas y blanquecinas, se disuelven en la inmensidad sombría y somnolienta. Una luz roja se enciende en las curvas de la humareda, desaparece, surge más allá, y cede otra vez ante la negrura. Abajo, en las fuentes del fuego, el gran río a cuyas orillas se eleva la ciudad es como una línea de metal teñido de rosa. Los restos de los puentes parecen barcos naufragados.

En la línea del horizonte, los rápidos aviones van y vienen. Cuando se acercan a las masas de fuego, estallan detonaciones. Para percibir bien todos los sonidos que oculta el aparente silencio, hay que estar bastante cerca. Es como el martilleo de una gigantesca forja. Los cañones de los tanques disparan con

aplicación, acelerando su ritmo como si tuvieran prisa. Y con ellos se mezclan los sonidos sordos, como vacíos, de la artillería antiaérea, los cuales dan la impresión de que descorchan enormes botellas. Y, a intervalos regulares, resuena con sus lejanos ecos la artillería pesada; y el estridente chirrido de los morteros es como si dieran cuerda a un viejo reloj enmohecido. Las explosiones de las bombas se suceden por series y luego se distingue el fondo del estruendo compuesto por pequeños tiros repetidos, el crepitar —que va ampliándose para luego apagarse— de las armas automáticas, un ruido cuyo diagrama podría tener la forma de unos pequeños arcos.

VI

Al suroeste, se interrumpía de pronto la ciudad. Unos grandes bloques modernos limitaban allí los campos de arena y de patatas. Habían trazado las calles, pero aún no se había construido nada; y para unir las casas sólo contaban con senderos.

Las mujeres de este barrio aprovechaban los instantes en que el tiroteo disminuía para salir al campo y llevarles a sus hijos patatas y zanahorias arrancadas a toda prisa. Aquella tarde, unos destacamentos de la división de las S. S. «Hermann Goering» empezaron a incendiar las casas.

El panorama de la llanura era muy amplio y producía una sensación de calma. Unos grupitos de gentes se alejaban con su carga de sacos y paquetes. Algunos empujaban carrillos de mano o tiraban de unos remolques. Llevaban, anudados al extremo de unos palos, pañuelos blancos. Los grillos cantaban entre la avena salpicada de reflejos rojos. Los fugitivos se volvían para mirar los incendios. Se preguntaban si las llamas habrían llegado ya a las ventanas familiares y qué muebles estarían devorando en aquellos momentos. El resplandor se reflejaba en los ojos del gato que estrechaba convulsivamente sobre su pecho una mujer con vestido estampado. Un muchacho le hablaba al canario que llevaba en una jaula. Estas gentes se alejaban sin saber adónde iban ni por qué. Solamente les impulsaba un elemental deseo de huir.

A la derecha del barrio incendiado se elevaban las filas de bloques inacabados de ladrillo rojo. Frente a ellos se desarrollaba el ataque. Algunos tanques avanzaban arrastrándose por los verdes surcos. Taku... taku... taku... El eco respondía a los disparos. Después de cada uno de ellos, los ladrillos pulverizados de los muros rojos se convertían en nubes. Y cuando éstas se desvanecían, podían verse los agujeros de extrañas formas que rompían la simetría de las ventanas. A cada toque de silbato del oficial emergían de la tierra llana las pequeñas siluetas de los soldados con sus uniformes verdosos. Corrían inclinados hacia delante. Esto duraba sólo un instante, pues en seguida los soldados desaparecían entre las hojas de los patatales. Desde lo alto de las casas, respondían unos disparos aislados. Nubecillas de polvo, que brotaban por entre los atacantes aplastados en el suelo, indicaban los sitios donde habían caído las balas. Los

hombrecillos empezaban otra vez a correr. Cada vez había más humareda. Las siluetas menudas de los soldados, al sonar un toque prolongado de silbato, se lanzaron en sentido inverso. Los tanques daban la vuelta. El ataque había terminado.

El sol se ponía y el campo estaba bañado por una doble luz: el resplandor de la ciudad incendiada, y el del ocaso. Unas bandadas de gorriones volaban muy bajo, rozando la avena. Un vientecillo juguetón se entretenía agitando el vestido de un cadáver de mujer que yacía, como una muñeca olvidada, al borde de la carretera. Vacilantes, los soldados de la brigada auxiliar rusa iban y venían en zig-zag, con las piernas muy abiertas. En el espacio desierto, con el fondo de las llamas teatrales de la ciudad, se llamaban unos a otros con grandes gritos. Estaban aprendiendo el arte de montar en bicicleta.

VII

Unos grandes pilones de cemento armado y hierro y la red de hilos eléctricos que soportaban, señalaban la vía de los suburbios que se alejaban por la llanura hacia el oeste. A breves intervalos pasaban trenes formados por tres vagones. En la última plataforma vigilaban unos guardias con casco apoyando los cañones de sus fusiles «mitralletas» horizontalmente, en la barandilla exterior. Apretujado por la multitud espantada y lúgubre, el profesor Gil sintió que alguien le tocaba en la espalda. Se volvió con dificultad y vio que lo estaba mirando con sus grandes ojos azules un obrero de rostro grisáceo.

—Profesor —dijo entre dientes el obrero—, le conozco; ahora tenemos que saltar. Nos envían a Auschwitz para que nos pudramos allí. Ésta es la última oportunidad de escaparnos.

El tren se inclinaba en las curvas. Los postes huían con destellos de la última luz del día. El obrero prosiguió en un susurro:

—Después será imposible. Ahora es la ocasión. Tienen bastante gente y no les hará mucha gracia disparar. Hay más probabilidad si saltamos cada uno hacia un lado.

El profesor le tenía cogida la mano a su mujer y la acariciaba con ternura. Sin la masa de gente que los rodeaba, la pobre mujer no habría podido sostenerse en pie. No levantaba los ojos. El profesor procuraba expresar con sus dedos todo el amor y piedad que sentía por ella. Quería hacerle notar que estaba allí junto a ella y que no tenía importancia alguna todo lo que había pasado desde el momento en que los soldados de la brigada auxiliar rusa los había rodeado. Ahora le contestó al obrero que se interesaba por su suerte:

—No, deje usted; todo me da lo mismo, ya que estoy con mi mujer.

El hombre volvió la cabeza. Gritos y palabrotas surgieron de la masa humana —encerrada en el tren como ganado— cuando una brusca sacudida la zarandeó. El obrero se abrió camino hacia la plataforma. Pasaron unos minutos: «Vaya, después de todo, no se ha atrevido a saltar», pensó el profesor, pero en ese mismo instante

oyó unas órdenes rápidas y unos disparos. El tren continuaba su marcha a la misma velocidad. Los labios murmuraban noticias contradictorias: lo he visto; está vivo; no; le han dado; está vivo...

El hombre, al caer, tenía conciencia de que ya todo dependía del pasado, es decir, de la fuerza con que había utilizado la plataforma como trampolín. «Lo más importante es no caer sobre los raíles». Y, tras pasado por el hiriente reflejo del raíl sobre el cual saltaba, recibió el choque de la tierra en sus manos y en su cara. Su cuerpo sabía que debía levantarse, pero quedó inerte a pesar de la violencia de su esfuerzo. Cuando pudo levantar la cabeza, vio desaparecer a lo lejos la cola del tren. Se dejó rodar por el terraplén, se limpió la cara. Tenía las manos llenas de sangre y se las frotó con la hierba. A cuatro patas fue avanzando hacia unos chamizos. De vez en cuando, lo más doblado que podía, cruzaba corriendo los rectángulos sembrados de patatas. Cuando la distancia que lo separaba de la vía le pareció suficiente, se aplastó en un surco.

Se tocaba las rodillas y movía las muñecas hasta convencerse de que no se le había roto ningún hueso. Estaba libre. Se tendió de espaldas, volviéndose despacio para evitarse el dolor de su cuerpo magullado. El cielo de la tarde se cubría de nubes, hacia las que subían las humaredas de la ciudad.

Se despertó en medio de la noche. A mucha altura, por encima de él, ronroneaban los motores de los aviones. Los escuchaba apoyado en un codo. En la oscuridad rojiza que había sobre Varsovia surgían puntos rojos brillantes que formaban largas filas rectas. Se entrecruzaban o corrían paralelas para lanzarse luego al sesgo hacia lo alto, llenando el espacio con su temblor de estrellitas móviles. Los reflectores registraban el cielo. «Están ahí. Pero ¿quiénes?», se preguntaba perezosamente. Aspiraba el olor de la tierra. Procuraba figurarse quiénes eran los hombres que se movían allá arriba en las máquinas invisibles objetivo de la artillería alemana.

Estaba solo, un hombre solo sobre la tierra inmensa y negra. Todo lo que había ocurrido últimamente giraba en él como un disco silencioso. De pronto se sentía seguro, aislado por un corte decisivo de su vida anterior y de la ciudad que había habitado desde su infancia. «Pues bien, que se queme. ¿A mí qué me importa?». Se había liberado del deber: había cumplido con su deber y ahora podía mirarlo todo sin tomar parte en nada. Era un buen plan. Pero en seguida se avergonzó de sus pensamientos, y con la vergüenza le renació el odio.

¡Que el diablo se los lleve a todos! Sus cafés iluminados de antes de la guerra,

sus coches, las toilettes de sus mujeres... y él y sus semejantes vivían, en cambio, al día, ganando lo estrictamente necesario para subsistir. Y ¿cómo era posible que se hubiera dejado arrastrar después, en el primer año de la ocupación? Claro que se trataba de salvar a la Patria luchando contra los alemanes. Pero en las palabras de los otros había siempre un tono falso y nada quedaba claro. Ya no será como antes de la guerra; vendrá un mundo nuevo. Felicidad para todos, pero era una felicidad indeterminada, y todos decían: lo primero es vencer a los alemanes. Todas las noches cubría con papel la bombilla, dejaba la pistola al alcance de su mano y se sentaba. Sentía como si lo hubieran engañado. Y el peligro que pasaba cada día, la llegada de la Gestapo que lo detuvo cuando salía a buscar pan, el cambio de nombre, su ciudad agonizante: todo eso, en cierto modo, formaba una unidad. Una época acabada y vacía de sentido. Jamás volvería aquello.

Se acordó de Gil. Esto ya era otra cosa. El director del periódico no estimaba en mucho los artículos del profesor, que se publicaban muy de tarde en tarde. Los llamaba despectivamente «un galimatías intelectual». «Usted, Martyniak, es un soñador», solía decirle. Pero aquel Gil no mentía como ellos. Siempre quedaba algo de lo que escribía.

La tierra. A lo lejos, ladraban los perros. Pensaba sólo que existía y que por encima de él estaba el cielo donde ronroneaban los motores lejanos. Se esforzaba en distinguir entre los fuegos móviles y las estrellas.

VIII

Los aviones que dejaban caer armas y municiones sobre Varsovia tenían que recorrer un largo camino. Partían de Bari, en el extremo meridional de la península italiana, volaban sobre todo el sur del Continente europeo y penetraban en Polonia por el lado de las cordilleras. Los que lograban burlar las cortinas de disparos antiaéreos y realizar su misión, tenían inmediatamente que emprender la ruta de regreso, ya que los rusos les habían negado el derecho de aterrizar en sus aeródromos. Las tripulaciones estaban formadas por polacos o ingleses.

Edmundo Lompa, soldado de la división de S. S. «Hermann Goering», encontró en el campo cerca de Varsovia, junto a los restos de un avión derribado, un carnet negro. Lo guardó como recuerdo. Había visto caer aquel avión. Lo habían alcanzado encima de la ciudad y venía tocado, volando muy bajo y arrastrando una larga cola de fuego. Lompa era silesiano; en su casa hablaba polaco con sus padres. Movilizado a la fuerza en las S. S., se había encontrado en varios frentes. Después de la guerra, no sabía qué hacer. Sus padres se habían quedado en Silesia, pero él no se atrevía a volver. Se alistó en la Legión Extranjera francesa y lo enviaron a Indochina. Hasta 1946 no llegó el cuadernito negro a manos del pastor protestante Nathan Hawkes, en Hobart-Town, Tasmania. La última página escrita por el hijo de Hawkes, el que pilotaba aquel avión que Lompa vio caer, decía lo siguiente:

«Detalles. Voy hacia Julia. Muros gruesos; sombra azulada. Una parra densa en torno a una ventana. En la mesa de madera gastada, un jarro de barro, pan, y la familia cena. Detrás de una puerta abierta, una luz intensa. El vino se ilumina en los vasos. Las manos sobre la mesa: la tangibilidad, la redondez del poderoso cuerpo humano. Los cuellos: “Mi amiga tiene el cuello transparente y por eso veo cuanto come y bebe”. Recuerdo esa canción. Detrás de ellos, en las paredes, unas cacerolas. Brillo del cobre.

»Los detalles son lo más importante. Cuando se tiene un detalle, hay que descubrir luego el detalle del detalle. Esta familia es italiana: pero sólo importan los vasos, las manos, cada rostro, las cacerolas de cobre, y la infinita cantidad de formas y matices de color. Sin embargo, un detalle no dirá nada si se reduce exclusivamente al color y a la forma, es decir, si no reconocemos que es un detalle. Sería mala pintura.

»Hoy le he dicho a Julia que después de la guerra me quedaría. Pobre Betsy. *An Englishman italianated is a devil incarnated.* Hay que situarse donde haya más detalles y menos abstracción. La vida de las gentes es muy desigual. Para unos el mismo espacio está lleno de detalles, de matices, de reflejos; otros, en cambio, dicen: mar, tierra, cena..., y eso es todo. Para enterarse, hay que fijarse en los pequeños objetos que tiene la gente, objetos que revelan costumbres y siglos acumulados. La guerra es buena, a pesar de todo.

»Con Julia, más allá del pueblo, entre los olivares cerca de los viejos toneles de vino. No hay ni un alumno que comprenda de verdad lo que dicen los libros escolares. Sólo ven en ellos símbolos. Pero nada podría existir si no supiéramos que es posible conocer la felicidad».

IX

Foca concentraba su atención. Apretaba los labios y guiñaba los ojos al limar el metal. Su túnica grasienta, que había sido azul, le estaba demasiado ancha y le daba a su largo cuerpo cargado de espaldas un aspecto ridículo. Tenía sobre la manga el brazalete del Ejército del País. Foca debía su seudónimo en la lucha clandestina a su manera somnolienta de moverse y a que una vez, en la escuela, había sido campeón de natación. Todo el sótano, convertido en taller, resonaba con las perforadoras, las limas y los más diversos martilleos. Frente a Foca, a contraluz ante la entrada, estaba un muchacho con casco y «pantera» de las S. S. En la cintura llevaba una granada de mano. Foca levantó la cabeza.

—Te digo que quince. No podemos dar más.

El muchacho lanzó una palabrota.

—Por lo menos necesitamos veinte. No tenemos ya con qué cargar las pistolas.

—No sois los únicos. No podemos dar abasto para todo. Además os advierto que las balas son mucho peores que antes. Falta material.

—Entonces, ¿cómo las hacéis?

—Aprovechamos las tuberías. ¿Habéis tenido ya de éstas? Mira —y se las enseñó.

El muchacho miró con desconfianza.

—M... ¿Y esto va a funcionar?

—Claro que sí. Ya las hemos probado.

El sótano tembló. Se oían los resonantes ecos de la explosión.

—Y lo demás, ¿cómo lo conseguís? ¿Rinde algo el sistema de los paracaídas?

—Sí. Cogimos dos *bazukas*. Pero la carga la tienen los del coronel Rog. Queremos llegar a un acuerdo con ellos. Lo demás es botín de nuestros tanques.

—¿Tenéis botellas?

—Sí, pero no son automáticas. Las que hemos recibido tienen mecha. Es una película que es preciso encender.

—¿Y cómo os va? ¿Hay mucha pelea por allá?

—Hoy estaba tranquilo. Dos heridos. Ayer soltaron un *goliath*. Hemos incendiado el tanque y matado a los alemanes que iban dentro. Pero hemos perdido cinco muchachos.

—¿Y el *goliath*?

—Ha estallado. Es una lástima.

—Sí, ¡qué lástima! Tanta dinamita.

—Entonces, ¿mañana?

—Mañana.

Foca trabajaba. Era lo mejor que se podía hacer. Todo iba muy mal. Foca sentía que su profunda cólera se le iba transformando en un sentimiento distinto; no sabía en qué. En el transcurso de aquellas semanas había pasado por fases muy diferentes.

Todo había empezado a las cinco de la tarde. Estaba en la calle porque iba a visitar al viejo jefe socialista Artym. Evidentemente, la insurrección no podía estallar; había sido aplazada. En aquella situación, habría sido inútil. Quería hablar con Artym del inmediato futuro, de lo que había que hacer ahora que el país tenía dos gobiernos rivales. De pronto, vio que toda la gente corría. Miró en torno suyo y vio que por la acera, detrás de él, avanzaba una masa de jóvenes a la que se unían sin cesar otros que salían de las casas. En cabeza iba un muchachote rubio con un fusil ametrallador. Gritaba: «¡Adelante!». Los demás respondían con voz insegura: «¡Adelante!». Foca observó que se agrupaban con temor detrás del jefe y que las armas que llevaban eran escopetas de caza. Los transeúntes que huían empezaron a desaparecer por los portales. De las esquinas de la calle, de los fortines de cemento armado adosados a los edificios alemanes, partió un tiroteo. Los jóvenes se

dispersaron y Foca se encontró arrastrado por uno de los grupos, que se había metido en un portal. Subieron todos por la escalera, jadeantes. A su lado estaba un estudiante muy delgado. Era muy joven; no tendría más de diecisiete años. Sus cabellos oscuros le caían sobre la frente y, nervioso, se buscaba algo en los bolsillos. Fue sacando una pequeña granada de mano, un pedazo de papel arrugado, un trozo de cuerda, y un peine sucio desdentado. Fuera de la granada, no tenía armas. «¡Salgamos por el patio! ¡Venid detrás de mi!», gritaba el jefe rubio. El estudiante vaciló. Dio algunos pasos y se detuvo. Foca le vio temblar. Castañeteaba los dientes y se pasaba la lengua por los labios resecos. De pronto, se inclinó y salió corriendo detrás de los otros.

X

El muchacho nervioso tiene miedo. En su conciencia hay todavía un problema de álgebra, un sueño erótico, una visión de ríos, de ciudades desconocidas, de viajes. En la tibieza de su carne, al amanecer, está enrollado, como un muelle de reloj, todo su porvenir: un inmenso vuelo por encima del mundo. La libertad, el espacio. Hay en él centenares, millares de antepasados, siglos innumerables de herencia: los que cazaban monstruos y dibujaban las siluetas de éstos en las paredes de las cavernas. Los que cultivaban el trigo y se llevaban a los labios un cuenco de tierra para refrescarse en el calor de la siega. Los que escribían con un estilo en tablillas de cera. Y las generaciones que van a seguirle a él: los seres desconocidos en quienes podrían perpetuarse su sonrisa, su manera peculiar de inclinar la cabeza, su sed y su destino personal. Pero lo que hay ahora es una calle ancha y vacía barrida por las ametralladoras, y sus camaradas. El muchacho no puede portarse peor que ellos. Querría apelonarse, llorando, contra su madre. Se siente débil en este momento implacable en que es imprescindible avanzar y darse cuenta de que él —ese él que ha llevado un trajecito de marinero y que ha jugado con barquitos en el estanque— es ahora el objetivo del tiroteo, lo mismo que sus camaradas.

Foca lo mira y se avergüenza confusamente. Sabe que el destacamento que ataca los *bunkers* alemanes de allí enfrente no tiene ninguna probabilidad de triunfar. «¿Dónde habrán cogido esas escopetas?», piensa con rabia. Pero en realidad, al comprender que todo está perdido, se está ocultando a sí mismo que aún no acepta la situación. Una mujercita rubia de cara rosada e infantil llena por completo su persona o más bien la envuelve como si fuera su único traje. No puede comprender; no, no es posible que esté separado de Catalina de pronto y precisamente en medio de una discusión interrumpida por él con un portazo; la primera discusión que habían tenido desde que se casaron hacía sólo un mes. ¿Por qué la habría hecho sufrir? Debía correr hacia ella, darle explicaciones, besarle los pies y pedirle perdón. Pasarán muchos días, cada uno de ellos tan largo como un año, antes de que se debilite en él la encarnizada voluntad de llegar al centro de la ciudad, donde se ha quedado Catalina. Es imprescindible que vuelva a verla, aunque sea sólo un minuto y aunque esto le cueste la vida; pero no debe morir antes. No se declarará vencido mientras aliente en él este impulso. Pero llegará un buen día en que comprenda que su esperanza es una locura, pues no logrará salir de la

Ciudad Vieja, y que deberá someterse, como todos los demás, a la fuerza de las circunstancias como si esa otra vida, que había sido la suya, no hubiera existido nunca en realidad.

Aquí, después de la guerra, la gente cultiva legumbres en sus pequeños huertos. Es el crepúsculo y Foca corre en busca de Catalina. Cada paso le acerca más a ella. Las balas silban por todas partes. Foca, tendido entre los patatales, siente las balas trazadoras que vuelan sobre él. Se pega al suelo. Terror de las balas luminosas, cuya velocidad puede adivinarse a simple vista y que parecen, al pasar sobre uno, secos estallidos del aire. Un sueño que solía él tener: una luz le perseguía; esta luz tenía la propiedad de quemar todo lo vivo sobre la tierra. Él huía, pero la luz lo alcanzaba y lo mataba. En ese momento se despertaba.

Ante él, un muro bajo corta el campo. En cuanto intente escalarlo, le tumbarán. Por otro lado del campo, en que no hay muro, surgen dos figuras: un muchacho de botas fuertes y pantalones de jinete con una casaca larga de moda entre la juventud dorada; salta de un modo teatral y en la mano lleva un revólver tendido hacia adelante. Detrás de él va una muchacha con el pelo rizado vestida con chaqueta y falda; lleva un saco en bandolera. Han pasado. «Debo avanzar. Ella me espera —se dice Foca a sí mismo—. ¡Adelante!». Y salta el muro sintiendo cómo queda expuesta su espalda a los terribles látigos incendiados y mortíferos. Se deja caer del otro lado. De manera que los sueños no se convierten siempre en realidad. Éste fue su primer pensamiento.

Está sentado. La mesa es redonda y la señora de la casa le sirve café. Cuadros modernos, tapices, objetos de cerámica, tazas de borde dorado que vibran con el cañoneo. La mujer fuma; usa una larga boquilla. Su marido, un abogado, ha dejado a un lado el libro de Huxley que leía. «No, por allí abajo no pasará usted. Hay posiciones alemanas. Pero esto se va a acabar de un momento a otro. Los aliados han entrado en París. Los rusos cruzan el río. Esos cañonazos que oye usted, más sordos, son de ellos».

Gritos bajo las ventanas; disparos de los tanques. La puerta se abre de golpe y entran unos muchachos muy jóvenes con boinas y cazadoras azules. En la mano llevan botellas y granadas. La mujer quiere impedirles el paso. «¡Señores, por favor, no hagan ustedes nada desde aquí! Los alemanes incendiarán la casa». Pero los muchachos no la ven siquiera; se precipitan a la ventana y lanzan sus proyectiles. Explosiones, cristales rotos por debajo de las cortinas. Las tazas de la mesa le caen encima a Foca, a la mujer y al abogado, que están tendidos en el suelo.

Con una palanca, Foca levanta las losas de la acera y piensa con angustia que cada hora pasada aquí lo aleja de Catalina y que, a lo mejor, podría pasar por otro lado; debía intentarlo por otras calles antes de que acaben de levantar las barricadas. Después no tiene ya siquiera la fuerza de pensar. Está tumbado en la hierba en esta noche de agosto azul marino; en el patio hay un silencio sobrecogedor; sólo se oye el crepitar de las llamas de una casa que arde allí cerca; unos reflejos rojos danzan sobre el muro. De pronto, en las tinieblas surge un ruido extraño: es como si alguien se aclarase la voz. Foca se levanta, se desliza bajo la ventana de donde parece venir el sonido. A la luz del incendio ve una mesa y en ella una gran botella de litro. El rostro pesado y lleno de arrugas de un hombre corpulento (¿un comerciante?, ¿un médico?), y otro rostro bigotudo y delgado (¿un viejo albañil?, ¿un conductor de tranvías?). Levantan el uno hacia el otro la mano derecha con el vaso Zinn... —los vasos tintinean—. «¡*Prost!*!», dicen los dos a la vez y echan hacia atrás la cabeza para beber. Se oye el gluglú del líquido. Inmóviles y taciturnos, se funden con la oscuridad. Foca ríe silenciosamente. Pero comprende de repente que en este siniestro rito de borrachos, en estos rostros cerrados y pétreos, hay una desoladora verdad: saben que no hay esperanza.

XI

El coronel quitaba de su mapa con la mano los pedazos de yeso y caliche caídos de la pared. Al estallar la bomba que destruyó una de las casas del gran patio se había llenado todo de un polvillo blanco. Los ojos del coronel parpadeaban y estaban enrojecidos. Se esforzaba por ver. Su larga nariz de venillas violetas, escleróticas, se destacaba entre la harina que le maquillaba la cara. Parecía una nariz de payaso. El comandante, fuerte, ancho de espaldas, tenía sobre la rodilla su casco alemán. Trazó con el dedo, maquinalmente, una línea en la polvorienta superficie del casco. No se atrevía a ponérselo durante el ataque aéreo. Miraba al coronel con antipatía. No le gustaban estos oficiales de caballería.

—La situación estaba ya clara el día en que los alemanes llegaron al río. Entonces se podía escoger. Ahora, los barrios que les faltan por liquidar son sólo cuatro y los están rodeando.

—Excepto el sur. Por lo que sabemos, los nuestros dominan la orilla.

—Ya no es seguro.

—Debemos resistir. Ésta es la orden. En fin, nuestro Gobierno...

El comandante avanzó el labio inferior.

—Los rusos no se moverán.

—Pues no hay otra solución.

—Yo era partidario de habernos abierto paso hasta el bosque de Kampinos. Habríamos salvado a muchos hombres. Me duele dejar que mueran esas criaturas. Son casi niños.

—Ya no podemos abrirnos paso. Es demasiado tarde. Además, si nosotros nos hubiésemos escapado, los alemanes habrían asesinado a la población civil.

—He cumplido las órdenes y he perdido la mitad de mis efectivos. La población civil, de todos modos, está siendo aniquilada. Estas casas viejas se vienen

abajo con sólo tocarlas.

—¿Y la moral?

—Los míos combatirán hasta el final.

El coronel se limpiaba la cara con su pañuelo y, metiéndose los dedos por debajo del cuello de la guerrera, intentaba sacarse los pedazos de caliche que le habían caído. Preguntó:

—¿Y los del Ejército Popular? No comprendo nada. ¿Qué piensan éstos? ¿Dónde están sus aliados?

—Han perdido casi todo su Estado Mayor. Ahora no sé lo que hacen. Me dijeron que algunos querían pasar por las alcantarillas hacia Zoliborz.

—Las entradas de las alcantarillas están bien guardadas por los nuestros.

El comandante miraba el muro, en el cual se notaban las manchas dejadas por los cuadros que habían estado colgados allí.

—La Ciudad Vieja es la más difícil de defender. Esta arquitectura antigua... No queda casi nada de comer y falta el agua. Es cuestión de días.

—Entonces, ¿qué?

—Pues no queda otro remedio que salir de aquí como sea, abriéndonos paso, si es posible, hacia el barrio del centro. El comandante reflexionaba moviendo lentamente la cabeza.

—Eso hay que pensarlo mucho. Las posiciones alemanas del lado del jardín son muy fuertes. Sería jugarnos la última carta.

—La única posibilidad de que nos salga bien es actuar por sorpresa. La población civil no debe saber nada de esto; si no, cundirá el pánico.

El coronel deseaba preguntarle al hombre sentado frente a él si creía posible defender el Centro en el caso de que llegaran allí y si estaba verdaderamente convencido de que no recibiría ningún refuerzo. Pero sólo dijo:

—Nuestra lucha constituye una manifestación que el mundo no podrá mirar

con indiferencia. Varsovia está escribiendo una página de gloria inmortal.

El comandante bajó los ojos y dijo:

—Hay que buscar como sea la manera de salvar por lo menos una parte de nuestros hombres.

XII

No veré más a Catalina. Se me borran sus facciones. He olvidado su sonrisa. ¿Qué significa el amor por un ser si el tiempo lo puede borrar? ¡Y el tiempo es tan desigual en su densidad! Yo no tengo veinticuatro años; seguramente, tengo ya treinta y cinco. ¿Acaso ha habido alguna vez una Catalina? Quizá sea yo ahora un ser distinto del que la conoció; quizá no cuente esto nada, lo mismo que no cuenta en la distancia total recorrida por un tren la vía lateral donde la locomotora ha maniobrado un momento. Aquí, en este pequeño trozo de tierra, todo se terminará para mí. Es curioso que de tantos lugares como hay en el mundo —ciudades, países y continentes— sea precisamente este pedacito de tierra. Unas casas estrechas del siglo XVI, los adornos de cuyas fachadas —incluso esculturas y dorados— han desaparecido con las explosiones. Tabernas en sótanos; imprentas donde las hojas de papel de lujo se mezclan con los ladrillos pulverizados; criptas en que hombres y mujeres cantan a coro suplicantes letanías mientras colocan a los más débiles lo más lejos posible de la entrada. Hay que evitar que lo entierren a uno vivo, saliendo de los escombros a cuatro patas, como esta pobre mujer que saca un niño muerto ensangrentado y grita pidiendo ayuda para desenterrar al otro que ha quedado allá abajo, sin comprender que el que lleva en brazos no está más vivo que aquél. Y el asombro de quienes sobreviven: han rezado, han creído, en el sótano, cuando el sacerdote celebraba la Misa y les decía que su causa era la de Dios y que Dios no los abandonaría nunca. Entonces tenían un sentimiento de seguridad; la magia de las palabras de los viejos cantos religiosos se confundía con el profundo instinto que les decía: no es posible que yo me convierta en nada. Los mismos que hace unos momentos les daban la mano, ahora agonizan. Basta un insignificante trozo de metal para que todo termine, para que desaparezcan tantas vidas llenas de recuerdos: «Juan, ponte derecho»; «Juan, ¿cuántas son seis por siete?»; «Te compraré una navaja si eres bueno»; «Mi Juan es el mejor discípulo». Muñones purulentos, moscardones que zumban en los subterráneos transformados en hospitales. Insoportables olores, alaridos bestiales de los operados sin anestesia. Y siempre, en los ojos de todos, como un ritmo permanente —el ritmo del mundo—, los grandes chorros de polvo, tierra y ladrillo. El mundo es un chorro permanente: así empezaron los planetas y en el espacio planetario todo estalla, todo brota en chorro interminable durante millones y millones de años, y lo que hay sobre la tierra no ha durado más —en comparación— que una mariposa nocturna de una luz a otra. Esto de ahora es lo mismo: la eterna explosión de la materia.

La Ciudad Vieja está cercada. El enemigo ataca desde el sur y al mismo tiempo ataca el Centro por el lado norte, de forma que los defensores de ambos barrios no puedan unirse. Empuja sus tanques, sus *goliaths* y su infantería contra las posiciones defensivas del oeste. En las calles estrechas, cerca de la catedral de San Juan, batida por la artillería, se lucha por cada rincón; los cascos de la infantería alemana y los de los insurrectos aparecen entre torbellinos de cal y cemento pulverizados. La sorpresa, el choque de los encuentros, las manos que lanzan granadas, el tiro en serie de las pistolas automáticas, las lenguas de fuego de los lanzallamas quemando vivos a los hombres mientras sus camaradas los miran de lejos y cuentan las municiones que les quedan.

Los adversarios están a veces atrincherados en casas medianeras y en las horas de calma oye cada bando lo que sucede en el otro: del lado alemán, un acordeón, unas canciones nacidas entre los viñedos del Rhin; del lado de los sublevados, un piano en el que un pálido alumno del Conservatorio toca un nocturno de Chopin después de haber dejado su pistola debajo del sillín. Al norte de la Ciudad Vieja está el espacio vacío del *ghetto* destruido por los alemanes en 1943. Hace dos semanas, hace incluso diez días, se podía pasar todavía por allí hasta Zoliborz, que está en manos de los patriotas y desde allí podía llegarse a los botes. Ahora los alemanes han metido por medio su artillería e, instalados en las ruinas, atacan las casas que defienden las vías de acceso a aquel barrio. Los *stukas* vuelan bajo, a ras de las chimeneas. Los que, pegados al suelo, levantan la vista para ver cómo prosigue la destrucción, sorprenden el momento en que la bomba se desprende del fuselaje y llegan a verle la cara al piloto. Los *stukas* no vienen de lejos. Despegan de aeródromos situados al otro lado de la ciudad, lanzan su carga y regresan en seguida para no cruzar la línea del Vístula. Como las ventanas de las casas dan hacia aquella parte, se pueden ver las posiciones de las baterías alemanas y detrás de ellas el río y la otra orilla, en la cual no se sabe dónde acampan los rusos, que esperan tranquilamente la terminación de todo aquello.

Foca pidió que lo enviaran a primera línea. Mientras saltaba con los demás, cayendo en los boquetes abiertos por las bombas, arrastrándose y volviéndose a levantar, tenía la profunda convicción de que todo había terminado para él. Su pasado se le dibujaba con perfecta claridad. ¿No es esto lo que le sucede al hombre que va a morir al instante siguiente? Había momentos en que le volvía el rostro de Catalina y la veía con sus pestañas claras bajas, sonriéndole como entonces antes de dormirse. Ahora lo único que importaba era cumplir con el deber. Debo imaginar que soy viejo y que lo he vivido todo. Foca estaba bien armado; llevaba una Sten.

Pero la vida no se cierra nunca de un modo perfecto y lo que debía ser un

post-scriptum empieza a desarrollarse y a complicarse. Aquel edificio estaba en el límite del *ghetto* destruido. Desde sus balcones se veía, en gris y rosa, una extensión de escombros en la que había tenido tiempo de crecer una hierba bastante alta. Año y medio antes, aquí mismo había aún casas, y desde sus ventanas los acorralados judíos se defendían de los alemanes con sus revólveres. Foca recordaba aquellas semanas. Las armas que él fabricaba entonces por orden de su grupo socialista estaban destinadas al *ghetto*. Pero, aparte de su trabajo, lo único que hacía Foca era observar, mezclado con la multitud, en la plaza Krasinski. Los niños se acercaban para ver bien las baterías alemanas. Desde allí se veía perfectamente cómo se movían los cañones a cada disparo, las ventanas por donde asomaba una mano armada, los trozos de muro que se derrumbaban... «Oh, oh, le han dado», gritaba la gente. «Allí, fíjense ustedes; se ha quedado colgado de la ventana». El viento llevaba hacia las iglesias las nubes de humo del *ghetto* incendiado y la gente salía de misa endomingada y se iba luego a ver el carrusel donde montaban las chicas. Algunas ancianas decían, preocupadas: «Han empezado quemando a los judíos, pero luego nos tocará a todos los demás». Aquí, en este mismo espacio, late el recuerdo de cien mil muertos, doscientos mil, medio millón, y cada uno de los individuos que compusieron la masa asesinada por los alemanes tenía una historia diferente, privada; cada uno de ellos tuvo que interrumpir un amor, una voluntad y una esperanza. Unos soldados alemanes desplazaban su artillería ligera. A lo lejos, detrás de aquella extensión monótona de ruinas, se veía la línea blanca de los barrios del norte. La casa donde estaba Foca era sólida. Los obuses mordían sus muros, pero hasta ahora el daño no era muy grande. Las ventanas les ofrecían a los defensores un buen campo de tiro que les permitía tener a distancia a los alemanes. La casa vecina, a unos centenares de metros, estaba ya en manos del enemigo, que había instalado en ella unos nidos de ametralladoras.

No había más alimento que unos sacos de guisantes. En los sótanos, las mujeres preparaban la sopa. También era al sótano a donde iban a dormir por turno. La mayor parte del equipo se componía de estudiantes de diecisiete o dieciocho años que se movían como viejos soldados y llevaban unos cascos enormes para sus débiles cuellos. También había hombres mayores. Foca fue descubriendo poco a poco quiénes eran sus compañeros y las tensiones existentes entre ellos. Como en un submarino en acción, nada se borraba a no ser en los breves instantes en que el combate se hacía muy intenso. Cada uno de ellos había encerrado en esta casa todo su pasado.

XIII

Danek, el jefe. Antes de la ocupación: oficial de carrera, alférez de artillería. Lleva la cabeza vendada y las comisuras de los labios le tiran hacia abajo como si la piel de la cara le quedase corta. Posee una reserva de aguardiente que bebe con moderación; se mantiene en un estado continuo de excitación alcohólica sin llegar nunca a emborracharse.

Miguel. Conocido ya antes de la guerra como teórico de la «revolución nacional»; bajo la ocupación fue director y casi único redactor de una *Hoja de la Resistencia*, donde pedía para el país un régimen basado en el catolicismo y en la dictadura, análogo al de Salazar en Portugal. Tiene la nariz corta y derecha y sus cabellos de un rojizo pálido empiezan a caérsele. Su cabeza parece pequeña en proporción a sus anchos hombros. Es corpulento, con largas manos de palmas anchas como palas. Se unió al grupo cuando una bomba le destruyó la imprenta donde, durante las primeras semanas del levantamiento, editaba los boletines que se difundían rápidamente entre la población y los soldados. Su mujer, enfermera, se halla en la Ciudad Vieja con su hospital. Danek lo trata con mucha consideración y lo defiende contra Bertrand.

Bertrand. Es difícil encontrarlo en falta; tirador de primera clase. Sin embargo, Danek le encuentra muchos defectos. Veintidós años, estudiante de la Escuela Politécnica. Su cara es pálida, redonda y de aspecto tranquilo aunque de ojos sombríos. No oculta la repugnancia que le producen el militarismo y la guerra. Sus camaradas de batallón lo llaman con cierto desprecio «el pacifista». Hace pocos días ha retirado del fuego, poniendo en peligro su propia vida, a un alemán herido. Hay en él algo que impide a los demás tomarse confianza con él. No llega a ser un compañero y su modo de pensar resulta muy raro. Acentúa esta distancia callándose de pronto, con una sonrisa de disculpa, en medio de una frase. Escogió su seudónimo para la lucha clandestina a causa de su autor favorito, Bertrand Russell. Se propone, una vez terminada la guerra, dedicarse exclusivamente a la lógica matemática. Para Bertrand lo peor es la presencia de Miguel. Desea mantener una actitud amistosa con él, pero después de cruzar con Miguel algunas palabras, se aleja deprimido. Y esto le apena. La presencia de este hombre mancha la pureza de sus decisiones en cuanto a la lucha contra los alemanes. «Es un fascista —le dijo un día a Foca—. Tiene gracia que me vea obligado a tratar con tipos de su calaña».

Miguel, agresivo, lanza continuas puyas contra los nacionalistas y liberales. Danek escucha encantado estos sarcasmos: no puede perdonarle a Bertrand su amor por las teorías y los libros incomprensibles.

La enfermera Wila. Una muchacha gruesa, de dieciocho años, piel blanca y cabellos bronceados, ruidosa, autoritaria, aficionada a imponerles su voluntad a los jóvenes que la rodean; y lo hace sólo por la fuerza explosiva de su temperamento. A las oraciones que reza en alta voz mezcla palabrotas sueltas. Toda ella se vierte al exterior. Incapaz de ocultar sus sentimientos. Dice: «¡Oh, Virgen Santísima, qué miedo tengo!», y confiesa tener un miedo terrible, pero, a la vez, no retrocede jamás.

La enfermera Magda. Nariz algo respingona, ojos azules, tipo esbelto; en general una persona incolora, cuya presencia no se nota. Foca se fijó en ella un día en que Bertrand, a quien Magda servía la sopa, lanzó una de sus máximas. Ella le contestó con otra como con un disparo. Aquello tuvo gracia. Bertrand se la quedó mirando estupefacto, pero Magda estaba ya lejos y había vuelto a tomar su aire anodino. La verdad es que esta muchacha se convirtió en un personaje con motivo de su historia con el capitán Osman.

El capitán Osman. Nadie sabe nada de su pasado. Viste un uniforme sombrío, algo así como un uniforme de aviación que hubiesen teñido de negro. De cara amarillenta, largas arrugas a ambos lados de una boca desdeñosa, la mirada de su ojo derecho es burlona; sobre el izquierdo lleva un tafetán negro y en la cabeza una boina también negra. A veces desaparece durante todo un día. Cuando le creen perdido, se presenta de pronto y cuenta una pequeña historia. Está siempre cazando alemanes o —como dicen sus compañeros— tratando de encontrar su propia muerte. Se desliza por las ruinas del *ghetto* y desde allí, bien atrincherado, mata soldados enemigos. También suele esconderse con su carabina en los restos de una torrecilla que hay en lo alto de la casa y espera con toda paciencia a que pase algún alemán por detrás de las ventanas de la casa ocupada por el enemigo. A veces, cuando disparan contra él, se descubre y los amenaza con el puño. Lo que le sucedió con Magda fue esto: Magda le rogó que la llevase allí arriba con él por lo menos una vez. Él le preguntó si no tendría miedo. «No». «¿Seguro?». «¡Seguro!». Y cuando subieron al último piso, Osman le enseñó a la joven un gran agujero en el techo producido por una granada. «Asómate por ahí y que te vean los alemanes», le mandó el capitán. Ella le miró sin comprender. «Me dijiste que no tendrías miedo». «¡Es que van a dispararme!». «Precisamente es lo que necesito. Si disparan, los veo y me los cargo». Magda temblaba desde luego, pero le avergonzaba tener miedo. «Sólo asomé un poquito la cabeza —contaba la muchacha más tarde— y me eché atrás en seguida, pero bastó para que los alemanes empezaran a disparar como

locos». Osman llamó a Magda para que se acercara a la ventana junto a la cual estaba él y le dijo que mirase a una ventana. Por encima de una de las mantas grises que tapaban las ventanas de la casa enemiga colgaban una cabeza y unas manos; la cabeza tenía claros los cabellos, las manos se balanceaban todavía. Estaban tirando del cadáver desde el interior de la casa. Así fue como la línea de vida de Magda se cruzó con la de un hombre totalmente desconocido para ella —un relojero de Heidelberg, un obrero de Berlín o un campesino de la Selva Negra— y nadie sabrá nunca quién era.

XIV

El conflicto que enfrentaba a Danek y Miguel con Bertrand alcanzó su mayor intensidad el día en que apareció el Padre Ignacio. Sentado en un banco, bebía agua de una botella y echaba atrás la cabeza dejando así al descubierto el rítmico movimiento de su nuez. Por debajo de su «pantera» colgaba su sotana deshilachada. Llevaba atada al cuello una cajita en la que guardaba las Sagradas Hostias. Todos conocían a este heroico jesuita. Y su presencia entre ellos lo cambiaba todo. La tensión que pesaba sobre estos hombres —como en el interior de un submarino perdido— se suavizaba. Por un momento todo parecía de nuevo en orden. La guerra volvía a adquirir su carácter verdadero con la visita del limosnero. Foca reconoció al Padre Ignacio; sabía cómo se llamaba de verdad. Recordaba este rostro tan delgado y sombrío de ojos negros y labios finos. Le parecía ver esta misma boca expresando una gran satisfacción ante la exactitud matemática cuando el Padre, apartándose de la pizarra donde había escrito sus fórmulas, abarcaba toda la clase con una mirada triunfal. Ahora los labios del Padre Ignacio estaban lívidos; y su rostro, hondamente marcado por el cansancio. La grasa y el polvo le manchaban la nariz y las mejillas. Los muchachos se acercaban a él por turno, se quitaban el casco y se arrodillaban para confesarse. Bertrand se mantenía a distancia, mirándolo con ojos inmóviles, ávidos, como si quisiera grabarse para siempre en la mente la imagen del sacerdote. De pronto, se ofreció a relevar a sus compañeros que estaban de guardia para que pudieran confesarse. Foca vio alejarse a Bertrand precipitadamente por la escalera llevando su carabina de cualquier modo, casi arrastrándola. A Foca le dio pena esta marcha solitaria de Bertrand, que era como una angustiosa llamada. No, no podía dejarlo solo.

Fue tras él y lo alcanzó en la escalera del último piso. Los escombros chirriaban bajo las suelas de Foca. Bertrand se volvió. De su rostro se borró la expresión crispada y se detuvo. Sonrió con toda amabilidad; le temblaba la boca como si acabase de llorar.

Se tendieron juntos en el suelo para observar por los boquetes del muro las posiciones enemigas en las ruinas del *ghetto*. El estruendo del combate vibraba con desiguales oleadas en los muros de la casa, se amplificaba primero y luego volvía a disminuir. Bertrand apoyó la cabeza en la mano que sostenía la carabina.

—¿Sabes quién es?

—Sí. Me lo encontré durante la ocupación.

—¿Sabes para qué utiliza la lógica matemática?

—Lo sé.

El Padre Ignacio era autor de un tratado en el cual, valiéndose de la lógica matemática, demostraba la existencia de Dios. Durante la ocupación invitaba a muchos jóvenes a los cursos clandestinos que organizaba en el claustro de los jesuitas. Foca había asistido a tres de ellos. Los dos primeros eran interesantes, aunque Foca, al escuchar aquellas demostraciones apoyadas en fórmulas matemáticas, sentía rebelarse algo en su interior: le fastidiaba verse obligado a seguir y admitir el razonamiento ajeno por la única razón de no poder descubrir ninguna falla en él. Sin embargo, el tercer curso le había dejado un recuerdo molesto. El Padre expuso sus ideas políticas, que se derivaban, según él, de su filosofía.

—Foca, ¿has leído por casualidad *La montaña mágica*, de Thomas Mann?

—Sí.

—¿Recuerdas las discusiones del jesuita Naphta con Settembrini? Yo estaré siempre con Settembrini.

Sí; Bertrand tenía razón. El Padre Ignacio era Naphta. Es curioso que no pueda recordar la cara que tenía en ese tercer curso. ¿Por qué? Foca recordaba sólo las invectivas que el Padre lanzaba contra capitalistas, socialistas, masones, comunistas y demócratas... Sólo faltaban los judíos, que, a dos kilómetros del sitio donde tenía lugar el cursillo, eran cargados en vagones para ser conducidos a los hornos crematorios. El Padre, exponiendo su visión de una sociedad ordenada e ideal, los incitaba a la cruzada: «¡No hay que retroceder ante los medios más radicales! ¡No ahorréis la sangre!». Después de aquella conferencia, Foca había perdido la simpatía que estaba renaciendo en él por el Catolicismo; y, si ya no tenía ganas de leer a San Agustín, le echaba la culpa al Padre Ignacio. Pero ¿por qué no había de confesarse ahora? ¿Qué relación podía tener esto con el Padre Ignacio? ¿Acaso no era lo mismo que decir sus pecados ante las montañas, el mar o el cielo? Aunque, después de todo, ¿qué necesidad tenía de hacerlo? Carecía de importancia el asunto, puesto que, para él, todo lo que él era y lo que era el mundo se condensaba en ser o no ser y había instantes en que se sentía desgajado de sí mismo.

Se veía entonces como en el fondo de un inmenso precipicio, tendido allá con su arma, la batalla, la ciudad, Catalina (¿qué estará haciendo ahora Catalina?), y la tierra. Era mejor quedarse allí con Bertrand, que estaba a su lado, concreto, vivo y necesitaba ayuda. Y Foca sabía que este momento era trascendental porque en él se iniciaba una amistad. Le envidiaba a Bertrand su poder de concentración, su facultad de observación y su ánimo decidido. Éste, que se afeitaba con cuidado y conservaba en esta casa condenada un aspecto limpio y normal, no renunciaba ni siquiera por un momento a sus convicciones intelectuales. Hablaba de las fórmulas matemáticas y de los disparos con la misma seriedad y cumplía siempre como el mejor cada vez que se requería su intervención. Bertrand dijo, observando atentamente (con demasiada atención) el terreno que se extendía ante ellos:

—Lo que hay en la literatura se convierte a veces en realidad. Hoy no tenemos más que el jesuita Naphta. Negro o rojo. Para mí, todo ha terminado.

El Padre Ignacio estaba sentado en el patio, en la escalera que bajaba al sótano. Ahora, terminadas ya las confesiones, el ritmo de aquellas vidas desconocidas hasta entonces para él, de todos aquellos esfuerzos y sacrificios, continuaba galopando en su mente. Eran unos niños. El Padre Ignacio se sentía responsable de la muerte de ellos. Durante toda la ocupación les había imbuido el deseo de sacrificarse. Además, sentía que el miedo le paralizaba las piernas. Levantarse y meterse de nuevo en este infierno, entre las explosiones de las balas, le parecía una locura irrealizable. Sacó del bolsillo su pañuelo sucio y se limpió un angustioso sudor de la frente. Delgado, pequeño, negruzco al lado del poderoso Miguel que, echado atrás y apoyado en los codos, se frotaba la espalda en el borde de un escalón, el Padre seguía absorto en su lucha interior y cerraba los ojos para que los otros no la advirtiesen. Escuchaba los ecos del cañoneo con la esperanza absurda de que se iba a producir un silencio absoluto y que terminaría toda lucha antes de que él tuviera que levantarse.

Le preguntó a Miguel:

—¿Se han confesado ya todos?

—Todos menos dos. Están arriba. No quieren.

—¿Comunistas?

—No, pero por el estilo. Estudiantes. Uno de ellos es un nacionalista que se ha atiborrado la cabeza de toda clase de sofismas positivistas. Al otro solía verlo

alguna vez que otra en estos últimos años. Creo que es de una familia socialista. Las tradiciones familiares...

El sacerdote luchaba contra su miedo, que le invadía el cuerpo como una enfermedad vergonzosa. Y a la vez, como una enfermedad estrictamente individual que no podía atacar a nadie más.

—Miguel, ¿de dónde sacaría el hombre energías si perdiera el único manantial de toda fuerza? ¿Qué pecados pueden haber cometido esos muchachos a quienes he confesado? Uno de ellos me ha preguntado si había pecado al disparar contra un alemán después de haberlo visto herido. Les anima la fuerza de su propia pureza.

Miguel se acarició la barbilla sin afeitarse.

—Para muchos hombres, como para esos chicos, batirse en la guerra es sólo un deber para con Dios y con la patria. Para otros, en cambio, es una forma de suicidio.

El sacerdote exponía su rostro al sol, el sol tranquilo de la derrota, bola ardiente que rodaba por detrás de las humaredas.

—¡Tantos muertos...! Todas nuestras esperanzas, la flor de esta nación... Habría que estar ciego para no ver el origen de todo esto. ¡La civilización! ¡El Renacimiento, la Ilustración, el racionalismo, los *slogans* de los demócratas! Y la alianza de los plutócratas americanos con los bolcheviques. El Occidente, el Occidente... Es preciso que alguien comprenda algún día lo que está ocurriendo aquí. Pero será demasiado tarde.

Miguel resopló despectivamente.

—Es más cómodo para ellos. Así ahorran las vidas de sus soldados. La vida, eso es lo que les importa. Pero la calidad de esta vida les trae sin cuidado.

—La Iglesia tenía razón al condenar la usura —prosiguió el Padre Ignacio—. Esos nacionalistas, esos reformadores están todos ellos poseídos por el demonio. Lo único que les importa es encontrar argumentos para llenarse de dinero los bolsillos. En cuanto tienen repletos los bolsillos no quieren morir.

El Padre se levantó de repente. Dominando así a Miguel, que seguía sentado, avanzó violentamente su barbilla de Savonarola polaco. Terminó diciendo:

—¡Se quieren aferrar a la vida! Y, para esto, llamarán en su ayuda a los bárbaros de las estepas. Pero los bárbaros saben muy bien el precio de la sangre que vierten. Hay que pagarles con ciudades, con países enteros, con el exterminio de los inocentes. ¡El Imperio Romano de la cobardía será aniquilado por esos bárbaros!

Después de marcharse el Padre Ignacio, Miguel no discutió más con Bertrand. Mantuvo desde entonces una actitud correcta y silenciosa con él y con Foca. Danek los observaba de reojo. En la actitud de ambos había como un reproche. Estaba rota la comunidad espiritual que había de unir a la tripulación de aquel navío en el océano de la destrucción.

XV

Nadie fue testigo de la muerte del capitán Osman. Precisamente el día en que llegó el Padre había salido el capitán en una de sus expediciones. Cuando regresó, se instaló como siempre en la torrecilla. En el patio, unos soldados salían para el relevo cuando la boina negra del capitán Osman les cayó a los pies. Todos se precipitaron hacia la torrecilla. Allí estaba, tendido de espaldas en el suelo, con la cara marcada por la sangre como un tatuaje y los brazos abiertos en cruz. Sus compañeros retenían las lágrimas, pues lo querían mucho y lo admiraban tanto más cuanto que desconocían los motivos de su valentía solitaria. Danek se inclinó y le registró los bolsillos del uniforme negro. De la cartera sacó los documentos de Osman y leyó en altavoz el nombre y el apellido verdaderos. Cayeron unas fotografías. Una mujer joven de cabellos lisos inclinaba la cabeza hacia una niña que llevaba en brazos. Danek volvió a guardar la cartera en el bolsillo de la guerrera y cerró el botón. «De modo que tenía familia. Hay que encontrarla y entregarle sus cosas». Lo llevaron en brazos con precaución y lo enterraron en el patio junto a los otros echando sobre él paletadas de tierra mezclada con trozos de ladrillo. Caía la tierra sobre el uniforme negro y la cabeza, que habían cubierto cuidadosamente con la boina negra para tapar la frente destrozada por una bala explosiva.

Aquella misma noche, Foca tenía la mano de Magda entre las suyas sin pensar en nada. Contenía la respiración para que ni el menor ruido espantase esta presencia. Todo estaba en sombras; ante ellos, el *ghetto* se extendía bajo los resplandores fulgurantes de incendios lejanos que imitaban una tormenta de verano.

Todo había empezado así: en aquella luz cambiante, habían aparecido unas formas blancas. Formaban grupos, inmóviles. Foca creyó que padecía alucinaciones y también creyeron estar delirando otros compañeros suyos. ¿Acaso serían los espíritus de los judíos asesinados? Ninguno apartaba la vista de estos fantasmas. Era vergonzoso tener carne de gallina, pero la inexplicable aparición le sacaba de quicio. Aquellas formas empezaron a moverse lentamente. ¿Alemanes?

—No disparéis —dijo alguien con voz segura, como si supiera de qué se trataba, y entonces se relajó la tensión. Después, con voz aún más tranquila, añadió—: Son los locos de San Juan; el manicomio ha sido destruido.

Ahora los veía Foca con toda claridad. Vestidos con largas túnicas blancas y la cabeza ceñida con coronas de hojas, agitaban unas ramas que llevaban en la mano y celebraban así su incomprensible rito. Se balanceaban cadenciosos desapareciendo en la sombra para salir de nuevo al resplandor rojo bajo un cielo lleno de vibraciones. Como en un lúgubre ballet, se cruzaban, iban y venían y cantaban una lenta melopea que traía a retazos hasta la casa el viento intermitente.

Wila y Magda llegaron de abajo. Precisamente entonces partió de las posiciones enemigas una ráfaga de balas trazadoras en dirección a los espectros blancos. Fueron cayendo con gran revoloteo de telas, como en una mala representación teatral. Los que aún no habían sido alcanzados seguían cantando tan tranquilos. Luego empezaron a bailar con rapidez, saltando por encima de los montones de escombros como el coro desencadenado de una absurda tragedia. Magda cogió otra vez la mano de Foca. Él sentía el calor de su palma y luego nada, sólo estupor. Era el descubrimiento de otro ser humano. El corazón que late con la sangre caliente, las piernas, las manos, la mata de pelo sobre el sexo, el pensamiento, el pasado, y el mismo terror, la misma soledad. Foca dejaba de ser una cosa aislada; toda su individualidad quedaba abolida. Piedad, ternura, precisamente porque no sabía nada de Magda y porque no necesitaba saber nada de ella. Y una completa seguridad, puesto que sólo importaba un instante eterno y nada significaba lo que hubiera sido o lo que pudiera ser en el futuro. Las formas blancas y trágicas desaparecieron y el espacio quedó desierto otra vez. Un hombre tocaba su hombro, y su mano soltó la de la mujer y se unió a la suya propia, sin comprender. Tenía la certidumbre de que en ella, allí a su lado, no había ni un solo pensamiento, ni un solo impulso que no fueran los mismos que existían en él. Segundos que eran minutos u horas. Se callaban a la vez, como actores y espectadores de un descubrimiento que ninguna palabra había preparado.

Cuando Magda se marchó, Foca pensó en el contacto de un ancho y apacible río. Una muchacha con un rostro desagradable de chico llora desesperadamente. Se levanta la falda en el agua y trata de alcanzar el barco que se aleja. Foca nada detrás del barco y luego se dirige hacia la muchacha y la ve desesperada con la cara llena de lágrimas. Se siente lleno de ternura, una ternura sin límites al ver aquellos omóplatos escuálidos sobre los que cuelga una trenza. Osman, con los brazos abiertos, flotando de espaldas, con el rostro tatuado de sangre, arrastrado por la corriente hacia ciudades y países desconocidos. Foca se pellizcó el brazo porque se estaba durmiendo. Por primera vez desde hacía mucho tiempo se había sumergido en un sueño con ensueños brillantes. En el cielo, los reflectores se perseguían unos a otros. Bertrand se le acercó y le dijo:

—Los alemanes han ocupado hoy dos casas detrás de nosotros. Estamos casi aislados. Prepárate. Va a empezar el baile.

XVI

Esa noche, cuando bajaba al sótano, sintió que le tocaban en la espalda. Se detuvo en la oscuridad. Le latía el corazón. La muchacha le cogió una mano. Se dejó guiar por esta mano. Tropezó y oyó repetirse el eco en el vacío de las bajas bóvedas. En los labios de ella no encontró nada que le sorprendiera; era como un retorno a su infancia. La joven llevaba los cabellos muy cortos por la nuca. Esto era lo único que él sabía, pues ninguna forma ni movimiento alguno, ningún olor, llegaban por separado a su conciencia, sino todo ello a la vez. Despacio, se inclinaban hacia el suelo y tanteaban con una mano sobre las losas frías para encontrar el sitio donde había algunos sacos vacíos. De nuevo, el estupor. ¿Sería posible que esta muchacha hubiera crecido, caminado, trabajado, que hubiera vivido separada, actuando por su cuenta y desconocida cuando en realidad formaba un solo ser con él desde el principio, en el fondo del abismo sedoso que les protegía del mundo? Siempre... Esto no terminará nunca, nada nos amenaza, no hay ni ha habido nunca una barrera que separe a un ser humano de otro, sino islas felices comunicadas entre ellas, islas con tribus desnudas y morenas, flores y canciones alegres de un ritmo único e indivisible. Por la mejilla que tocaba a la suya escuchó su grito interior, un grito triunfal de la cumbre. Luego, en la oscuridad, brotó la voz tranquila de ella:

—Esto y el sabor de una manzana, y el sol, serán lo mismo cuando ya no existamos.

Le acarició los párpados con los dedos. Estaban cerrados y él notó la humedad de las lágrimas. De nuevo la voz baja, no hacia él, sino hacia el espacio:

—Ojalá tuviéramos mucho tiempo. Pienso en las mujeres sentadas tranquilamente a la puerta de su casa por las tardes.

Bajo su palma, Foca sintió la tersura de la barbilla de la joven y el modelado de sus labios, como en una escultura. Densidad de las tinieblas; y en la espalda, del frío del suelo. Unas ratas chillaban persiguiéndose a lo largo de los muros. Las pestañas de Catalina. Era curioso cómo se confundían, indiscernibles, las facciones de esta joven y de Catalina, como si se las hubiesen prestado la una a la otra. Ahora estaba hablando:

—Quizá sea lo mismo. Queremos comprender; creemos que si vivimos lo bastante vamos a comprender al mundo; dentro de una hora, mañana, dentro de un año... Pero quizá no importe nada comprender o no.

Los sarcófagos sobre los cuales una mujer y un hombre están tendidos de espaldas, muy juntos, mirando con sus ojos de piedra en la oscuridad, a través de los siglos... Las líneas de sus rodillas, sus codos que se tocan, y arriba, la luna que cambia por milésima vez, por cienmilésima vez...

Foca notó que ella sonreía.

—Estás con Bertrand... Me parece bien.

Él dijo:

—No puedo comprender que existas.

La muchacha le puso una mano en la mejilla. Una caricia suave, indulgente. Le acercó los labios.

—Ese chico sufre demasiado. Tú ya has superado esa fase. Y yo también, por supuesto.

Y de pronto, esta sed: abrazar toda la vida de ella. Todo: cada mañana, cada tarde, todas las noches, la calle donde vivía, los vestidos que había llevado, darse a ella por completo, darle todo lo que él era y todo aquello a lo que tendía. Era muy difícil.

—Catalina se ha quedado en el Centro. Es mi mujer. Estaba desesperado por no encontrarla.

Los sarcófagos y la mano calmante como la de la madre muerta hacía tanto tiempo. ¿Tendrá unas venillas azules en esta mano, unos huesos salientes, una palma estrecha...? Hasta ahora no la ha visto nunca.

—Todo el mundo se desespera. No hay que tomarlo así.

Y un momento después:

—¿Qué más da unos años o un solo instante? También en un instante se pueden tener una casa, árboles, jardines, niños, años enteros. No somos los únicos

que han pasado por esa experiencia.

Foca preguntó:

—¿Por qué te quisiste ir con Osman el otro día?

Ella buscó cuidadosamente las palabras:

—Porque hay algo en que nos parecemos hombres y mujeres. Si un hombre es capaz de hacer una cosa, se quiere saber por qué ha podido. También yo quería atreverme.

Foca acercó aún más la cara de ella hacia la suya.

—Sí; tú eres para mí lo mismo que yo soy para ti.

En las alturas rodó una lejana sacudida. Temblaron unas puertas, se desprendieron trozos de cemento y cal. Luego, otra vez el silencio y la oscuridad. Fluye un inmenso río que los envuelve, con frío y sol, y Foca conoce desde hace mucho tiempo la forma de los labios que está besando.

—Debes saber quién soy. Mi verdadero nombre es Joanna. Me llamaba Joanna Gil.

XVII

La luz de la lámpara de petróleo se extendía sobre los papeles. Una mariposilla nocturna que se había introducido por entre los postigos mal cerrados revoloteaba en torno a la llama y la hacía temblar. La vacilante luz daba sobre el metal de la «mitralleta» colocada sobre la mesa. Winter, echado hacia atrás en su silla, con las manos entrelazadas sobre el vientre, escuchaba al otro. Era un relato a media voz, monótono, un ronroneo que se eleva para volver a caer. Un rostro gastado por los años de miseria, de hambre, de humillaciones. Una guerrera de tela basta cerrada en el cuello por un botón blanco. El botón fue cosido con hilo negro. Los ojos humildes, fijos en los labios de Winter, en espera de una señal de censura o de desprecio.

—Pero lo peor es el caso de Stasiak. Se agita demasiado, excita a las gentes, les mete miedo. Desde luego, todo lo hace a su manera, sin dar la cara, dejando caer una palabrita por aquí y otra por allá, sin decir nada con claridad, pero dando a entender lo peor. Se ríe, escupe y pone cara de saber mucho más de lo que dice. Y la gente tiene miedo porque no dice claramente lo que va a ocurrir, sino que las cosas irán cada vez peor. Stasiak es el más peligroso de todo el pueblo.

Winter le preguntó:

—¿Y tierra, tiene mucha? Debemos suponer que está en buena posición si le interesa tanto defender la causa de los ricos.

El otro hizo un gesto despectivo.

—¡Bah, es un desgraciado! Tendrá unas ocho hectáreas, y para eso, arena. Desde luego, tiene un caballo y por eso podía ir a trabajar al bosque del Estado o con el molinero Joniewicz. Hace un poco de todo. Seis hijos. En fin, un tonto.

—Pero ¿qué dice exactamente?

El otro, inquieto, miraba en rápida sucesión los papeles de Winter, la «mitralleta» y otra vez los labios de su interlocutor.

—Lo que dicen los ricos viene a ser esto: No os apoderéis de la tierra porque los señores pueden volver. Los norteamericanos están al llegar. Y si alguno de vosotros acepta la tierra que os ofrecen los rusos, lo colgarán los otros. Pero Stasiak no habla así. Dentro de su idiotez, es astuto. Dice que por aquí no volverán a aparecer jamás los señores. Pero advierte que no hay que alegrarse del reparto porque es una trampa. «Os dan la tierra y luego os meterán en ésos... ¿cómo les llaman...? *koljoses*...». Eso dice Stasiak. «Bah, al campesino lo han pisoteado siempre y ahora lo seguirán pisoteando». Y aconseja a los listos que se vayan a trabajar en las fábricas y no hagan caso de la reforma agraria. Si los quisiera asustar con el regreso de los propietarios, no lo creerían, pero los desasosiega con esas insidias y lo escuchan.

—¿Y qué hizo durante la ocupación? ¿Estaba con los guerrilleros de los bosques?

—No se puede decir que sí ni que no. Sus hijos son pequeños. El mayor tiene doce años. Aquí todos temían a los de los bosques, pero nadie hablaba contra ellos porque se enteraban siempre de todo. Y también Stasiak desconfiaba de ellos. Cuando estaba seguro de poder hablar sin peligro, decía que de esa gente no podía salir nada bueno, pero en alta voz no se atrevía a proclamarlo. Ahora, al detener los rusos a Joniewicz, tampoco ha comentado nada directamente, pero ha dicho que el oro que ha cogido durante la guerra no le ha servido de nada ni el vodka que procuraba a los de los bosques.

Winter sabía que sus soldados le llevaban ya a Stasiak. Las informaciones concordaban en líneas generales. El hombre que tenía sentado enfrente no tenía ninguna cuestión personal pendiente con Stasiak, sino que al hablar así de él adquiriría, por primera vez en su vida, conciencia de su propia importancia. El pobre insecto pisoteado por todos al borde del sendero lograba por fin salir arrastrándose, aunque con gran dificultad. Y sabe ser prudente, no excederse. Entrará en el Partido, su basto dedo seguirá torpemente la alineación de las letras tropezando con las palabras difíciles para él. Así, este hombre, que es el último de los últimos, se convertirá en la persona más importante del pueblo. Algún día estará a la cabeza del *koljós*. Sus hijos irán a la escuela, a la Universidad, y en la mesa familiar, a las horas de las comidas, se citarán nombres nunca oídos por ellos hasta entonces, nombres de sabios y artistas.

—Además —dijo Winter, y se interrumpió para mirar la mariposa que, con las alas por fin quemadas, giraba alocadamente sobre los papeles—, además, cuando la Gestapo se llevó a los judíos, ¿qué hizo Stasiak? ¿Se cuidó de defenderlos,

o se quedaba con las cosas que pertenecían a los judíos?

El otro lo miró de soslayo, abarcando sus facciones en un instante. (Winter pensó: «Será curioso oír su respuesta. Es evidente que no le hacen ninguna gracia los judíos y se ha dado cuenta de que también yo soy judío. En casos como éste, suele encrespase la solidaridad de esta gente contra los judíos, pero si quiere perder a Stasiak, no podrá desperdiciar esta oportunidad»).

—Había algunos que se aprovechaban. Se llevaban los edredones y todo lo que podían coger. Lo que es verdad, es verdad. Luego, la mujer de ese Abraham, que tenía aquí una posada, se escapó. Después regresó, y el alcalde reunió a los viejos del pueblo y todos hablaron mucho para no decir nada. Claro, el miedo a los alemanes. Nadie quería comprometerse. Llegaron los alemanes, y asesinaron a la pobre mujer en el bosquecillo. Stasiak acusaba al alcalde de haber denunciado a la judía, pero eso nadie lo sabe seguro.

—¿Quién es el alcalde?

—Bulanda.

Winter cogió un lápiz de la mesa y apuntó el nombre.

—Ahora el que nos está fastidiando es ese Stasiak —insistió el hombrecillo.

Winter se levantó.

—Gracias, ciudadano. El poder pertenece ya al pueblo y siempre le pertenecerá. El pueblo está formado por hombres como usted. A los ignorantes, los venceremos. Lo quieran o no, llevaremos a cabo nuestra reforma agraria.

Inclinado sobre sus informes, Winter piensa en el día transcurrido. Una difícil jornada. Los que podrían ayudar, lo hacen con excesivo disimulo. Acuden por la noche, a hurtadillas. Tienen miedo. Los bosques están llenos de guerrilleros. Han vuelto a producirse asesinatos de agitadores. Los han matado por las ventanas de sus casas, mientras cenaban. Vaya usted a descubrir a los culpables. Redadas y más redadas. Las mujeres que lloran por las víctimas de los que luchan ocultos en los bosques. Las madres que gimen por los que nosotros hemos matado. El padre de Winter le había dicho, moviendo, pensativo, la cabeza: «Hijo mío, este mundo se irá a la porra. Es un mundo indigno, malvado. Nos pegan. Y los que nos maltratan son pobres gentes como nosotros a las que también maltratan otros. Es el cuento de nunca acabar». Su padre y su madre, allá abajo, en las cenizas del *ghetto*, a la otra

orilla del Vístula. ¿Qué está haciendo él aquí? ¿Acaso no es un extranjero en este país ahora que las calles donde había transcurrido su infancia no existen ya ni viven los hombres cuyo destino le preocupaba cuando leía a Lenin? Cansancio.

El soldado saludó desde la puerta.

—Hemos traído a ese Stasiak, mi capitán.

—Entradlo.

Era un hombrecillo de grandes bigotes caídos. La fuerte luz le hacía guiñar los ojos. Winter despidió a los soldados y le acercó una silla. Stasiak se sentó en el borde con la vista fija en la gorra que tenía sobre las rodillas. Tenía el mismo cuello que el otro, el que momentos antes había estado sentado en aquella silla: las mismas arrugas, los cabellos hirsutos caídos sobre la nuca, y briznas de paja adheridas por todas partes.

Retirado detrás del círculo luminoso de la lámpara, Winter dijo secamente:

—Está usted haciendo una labor de agitación en el pueblo contra la reforma agraria.

Stasiak se inclinó aún más. De sus bigotes salió un confuso gruñido.

—No lo niegue —insistió Winter—. Lo sabemos todo. Habla usted contra el poder del pueblo. Y este poder es precisamente el que les da a los campesinos, y usted es uno de ellos, la tierra que ha de sustentarles.

Stasiak habló con voz clara:

—No he dicho eso. Sé que la tierra la merecen los campesinos.

—Va usted contando por ahí que habrá *koljoses*. Pues bien, nunca habrá *koljoses* en Polonia. La tierra pasará a ser propiedad absoluta de los campesinos. ¿Sabe usted cómo se llama el individuo que difunde informaciones falsas sobre el poder del pueblo? Se llama saboteador. Se le castiga con cinco años de cárcel.

Stasiak permanecía callado. Cerraba y abría los dedos sobre la gorra.

(¿Por qué diablos no respondería: «Es que yo creía que los *koljoses* no eran un perjuicio sino una ventaja para los campesinos»? Podría haber dicho eso, pero no;

no quería evadirse con cazarrierías). Winter prosiguió:

—¿Quién puede tener interés en que los campesinos no se apoderen de la tierra de sus dominios? Los señores, los que explotaban el sudor de ustedes. Los ricos del pueblo, como ese Joniewicz. Porque cuando los campesinos no poseen suficiente tierra se ven obligados a trabajar para ellos, para los ricos, y éstos se aprovechan. Y usted quiere ayudarlos. Cuando el poder del pueblo lo arranca a usted de la miseria y del desprecio, usted le paga mal por bien. No le importa a usted que sus hijos sean unos desgraciados. En vez de pensar en el porvenir de sus hijos, se dedica a asustar a los demás campesinos para que todo siga como en el pasado. ¿Qué interés puede tener usted en que sus hijos sean tan ignorantes y pobres como usted lo es ahora?

Los ojos grises del hombrecillo le parecieron a Winter ingenuos.

—Pero es que yo no digo eso. No; no es así. Yo nunca he dicho que no se debe distribuir la tierra.

Winter lanzó de pronto para ver cómo reaccionaba Stasiak:

—¿Conoce usted a Bulanda, el alcalde?

—¡Claro que lo conozco!

—Durante la guerra, traficaba con los alemanes. ¿No es cierto?

La cabeza del otro estaba inmóvil. Apenas un poco de color bajo la piel tostada de las mejillas. Se frotó el bigote.

—Eso no lo sé.

—Y la judía que mataron los alemanes, ¿quién la entregó? ¿No fue Bulanda?

(¿Hasta dónde llegan estos odios campesinos? Un sordo rencor se sumerge en el interior de estos hombres y se convierte en una constante amenaza nunca expresada: «Espera que llegue mi hora y ya verás». Y ahora ha llegado la hora tan esperada. Stasiak tiene ante él un oficial que, aquí, lo representa todo: el poder, la policía, el juez... Además, es judío, y la mujer asesinada por los alemanes era también judía. Después del terror de la detención en plena noche, sacado de su jergón por los soldados mientras la mujer y los niños gritaban, después del espanto, esta oportunidad de hundir a su enemigo. Bastaría una palabra para vengarse y, a

la vez, beneficiarse del tono confidencial que se crearía entre su interrogador y él).

Winter apoyó la barbilla en la palma de su mano izquierda mientras con la derecha jugaba con el lápiz. Observaba a Stasiak y no pudo reprimir una leve sonrisa de sus finos labios. Stasiak no lo miraba ya. Con esfuerzo, como si rebuscase en su memoria, dijo:

—Llegaron los alemanes. La judía estaba en su casa. Una de dos: o los alemanes han querido comprobar que no habían quedado judíos en el pueblo, o es que alguien la denunció. La gente dice que si éste o si aquél, pero el que la denunció no lo confesará y sólo habrá rumores. La gente, ya sabe usted, es siempre eso... la gente. Se acusan unos a otros... Sí, por pura maldad.

(¿Qué hacer con este hombre? ¿Lo mueve una moral o sólo la solidaridad? Quizá sea, sencillamente, un hombre mal adaptado al mundo nuevo. No saldrá de este aprieto. Y, después de todo, ¿por qué tengo yo que condenar a este desgraciado? ¿Qué ventajas vamos a sacar? ¿Imponer el terror? No quedará más que un sordo fermento, rumores, compasión... y los de los bosques se apuntarán un tanto).

—Por el daño que ha causado usted puedo meterlo ahora mismo en la cárcel. ¿Cuántos hijos tiene?

La gorra de Stasiak era ya un gurrño de tanto retorcerla.

—Seis.

Winter avanzó la cabeza hacia él por encima de la mesa. («Cuando miro así a esta gente, bastará mi cara para espantarlos»).

—Le repito que puedo enviarlo a la cárcel. Pero, por esta vez, le perdono. Acuérdesse: si continúa usted diciendo esas estupideces, lo detendremos. No somos señores ni alemanes. El poder del pueblo está enterado siempre, y con todo detalle, de cuanto se dice, lo mismo en las aldeas que en las ciudades. ¿Comprendido?

Stasiak farfulló algo y retrocedió lentamente, sin dejar de mirar fijamente al oficial. («Siempre ofendidos, siempre humillados, siempre temblando, siempre rebosando odio...»), pensó Winter).

—Sí, sí; eso es.

Winter se levantó y le tendió la mano.

—Usted mismo ha de convencerse de cuáles son nuestros propósitos, porque los verá convertidos en realidad. Sólo deseamos el bien de ustedes. Y usted no obstaculice que los demás entren en posesión de sus tierras y quédese con la que va a corresponderle. Nadie podrá quitársela nunca.

XVIII

Un largo crujido como si rasgasen una sólida tela de seda. El muro se abre y cubre de escombros la escalera. Un proyectil de artillería que ha entrado por la ventana y ha estallado. Al mismo tiempo que este ruido, se oyen los alaridos de Danek: «¡Todos fuera! ¡Rápido, las camillas para los heridos! ¡Miguel! ¿Dónde está Miguel?». El vendaje sucio que le ciñe la cabeza se le deshace y le cae sobre los ojos; tira de él con violencia, se lo arranca descubriendo así la herida aún sangrante que le cruza la frente. Se detiene, se saca del bolsillo un botellín aplastado, bebe un trago y se limpia la boca con la manga. «Miguel, elige unos hombres y cuídate del piso bajo frente a la casa alemana. El ataque vendrá por ahí. Hay que resistir como sea. Nosotros los hostigaremos desde arriba».

Los disparos de la artillería dejan un prolongado eco. Joanna, Wila y algunos muchachos suben corriendo con unas camillas. El frío del alba. Un cielo rosa nacarado. De nuevo, el estruendo y el muro que se resquebraja; un sabor a ladrillo en la boca estropea la belleza de esta hora transparente. Miguel agrupa en torno suyo a Foca, Bertrand y diez más. Bertrand se acerca a Danek.

—Voy a proponer una cosa.

Danek suelta una palabrota y se toca la cicatriz con un dedo.

—Diga.

—Es preferible dejar vacía la parte alta y concentrar a todos abajo, del lado del *ghetto* y de la casa alemana. Los pisos de arriba no resistirán, y si quieren acabar con nosotros, sólo tienen que dar una pasada en avión y dejar caer unas bombas.

Danek lo miró torvamente.

—Eso es una idiotez. Desde abajo no se puede hacer nada. Además, el que va arriba soy yo y no usted —añadió con tono despectivo.

Bertrand se marcha y, cuando aún puede oírle, le lanza Danek:

—¡Derrotista!

Bertrand, con toda calma, da la vuelta y se acerca otra vez a Danek:

—¿Por qué dice usted eso si no es verdad?

La cara de Danek se ha puesto de color púrpura. Grita:

—Le conozco bien. Usted desprecia aquí a todos. Récele a su San Marx para que yo no le coja algún día por mi cuenta. ¡Noble víctima, este hijo de perra! ¡Se ha creído que es el único que no quiere diñarla! ¡Qué asco!

Miguel interviene:

—Déjalo, Danek. ¿Por qué la tomas con él? No es el momento de dar suelta a estas rencillas.

La casa ocupada por los alemanes está en absoluto silencio. Parece deshabitada. Un primer rayo de sol se pasea por su fachada; otras zonas del edificio conservan su sombrío color pizarra. Es la hora del rocío; las carruchas de los pozos chirrían allá en las aldeas, el eco lleva lejos el martillar de la fragua, las ocas insisten en su kak-kak a la orilla del río y agitan sus alas blancas en la bruma... Todo eso en otra parte. Aquí, una nueva sacudida. De arriba cae una nueva rociada de escombros.

Foca le dice a Bertrand al oído:

—No pierdas el tiempo discutiendo con Danek.

Bertrand se lleva la mano al cuello.

—Pero te advierto que comprendo a ese hombre.

Cinco minutos, seis minutos. «Stefan —Joanna llama a Foca por su nombre—, ven un momento. Es para los heridos». «¿Puedo ir?», le pregunta a Miguel. «Sí, pero vuelva usted en seguida».

Una camilla ensangrentada y encima Juan, el más joven de todos ellos. Sus cabellos de lino, en mechones, le cuelgan por detrás. La piel como la cera, con unas venillas azules.

—Quería despedirme de ti —dice Joanna—. Tenemos que llevárnoslo ahora mismo. Hay que operarlo con urgencia. Aquí se moriría.

Se estrechan las manos. Las de Joanna están pegajosas de la sangre del herido.

—Acuérdate, ten cuidado —dice Foca, estúpidamente.

Ella sonríe y le recomienda:

—Ponte derecho —y aparta sus manos.

Foca se apoya en el muro de la entrada. Siente la humillación de quedarse resguardado y, al mismo tiempo, con una gran parte de su ser, se alegra de su pasividad.

Las muchachas se lanzan al exterior. Joanna corre, llevando la parte delantera de la camilla. Va inclinada y parece aún más fina. El herido pesa demasiado para ella y la camilla oscila. Detrás vienen las fuertes pantorrillas de Wila, y, su ancho trasero. Saltan evitando los cráteres de los obuses. Cerca de ellas salta la tierra otra vez... una vez más... Siguen alejándose mientras las ametralladoras empiezan a ladrar.

Foca se apoya en el muro de la entrada. Y, de pronto, un violento empujón, como si hubieran saltado unos muelles. No comprende lo que sucede; se encuentra al aire libre, le parece haber dado un salto prodigioso. Siente como una gran ráfaga de viento, y, al mismo tiempo, en un segundo, ve esta imagen: Joanna cayendo hacia adelante, la camilla que se tumba, Wila a gatas tirando de la camilla, y ahora resulta que donde está Foca es junto a Joanna levantándola en sus brazos y llenándose de sangre, pero no sabe si esta sangre es de él, de la joven o del herido. Corre. «Sobre todo, Dios mío, no tropezar». Entra, la deposita en el suelo, le abre la blusa para ver dónde está herida y en ese momento una explosión lo lanza sobre el cuerpo de ella. El ruido lo ensordece, ve que el muro se inclina, se inclina... y entonces nota que Joanna está muerta. Luego, el inmenso estruendo y la oscuridad. Ha sido un proyectil de artillería en el patio. Foca siente unos golpes en la espalda. «¡Los otros!», se refería a los alemanes del otro lado. Tiros en las tinieblas. «¿Estoy vivo?». El deseo de estar con sus compañeros, por encima de todo. La voz de Miguel: «No los dejéis avanzar. ¡Si se acercan, las granadas de mano!». Las aberturas claras de las ventanas; el piso bajo se defiende todavía. Foca reconoce a Bertrand. Del lado del sol, los alemanes. «Ése, ése». Foca lanza una serie de disparos

y el alemán cae gritando. Caen también trozos de pared. Miguel grita: «¡Atención a los lados, las grana...!», y un objeto negro entra por la ventana. Foca se lanza de cabeza a una capa blanda del suelo. Una explosión. Bertrand arrastra a uno. Los movimientos de las manos que arrojan granadas. Foca lanza la suya, lo más sesgada posible. Los alemanes se van acercando por un lado. «¡Retroceded!», grita Miguel. Foca comprende que la parte alta de la casa y los compañeros que la defendían, ya no existen.

Bertrand sigue arrastrando al herido. Foca salta dos escalones para ayudarlo y entonces Bertrand suelta al herido y se sienta con los ojos pasmados. La cara se le ha puesto blanca y, tendiendo una mano hacia Foca, dice «Mamá», y cae de espaldas. Se le atirantan las facciones. «¿Me lo llevaré de aquí? No; a él no». Foca coge al herido por debajo de los brazos. «Tiene la espalda destrozada». Los zapatos inertes no suenan en los escalones en medio de la sangre y la suciedad. Es el fusilero Gdula, el que imitaba a Hitler sosteniéndose entre el labio superior y la nariz un trozo de peine negro.

«¡Rápido! ¡Rápido!». A Foca le espanta esta llamada. Los alemanes tardarán sólo unos instantes en llegar. Tiende a Gdula sobre el vientre y corre para alcanzar a sus compañeros a la entrada. Allí está el cadáver polvoriento de Joanna, sólo la forma de su cuerpo. Foca se inclina, limpia la parte de abajo del rostro de la muchacha, en cuya boca entreabierta brilla la blancura de los dientes. Pero ya están lejos la mañana, el día, el mundo claro. No; todavía no; aún se puede vivir.

Ya ha llegado a la esquina de la calle y salta dentro de un cráter de obús. De pronto, al hallarse ante la tierra húmeda, comprende lo que ha sucedido. Nadie se enterará, nadie lo sabrá jamás. Es como si fuese él quien hubiera matado a Joanna. No le podrá decir a nadie que ha dejado vivo al fusilero Gdula. Empieza a llorar históricamente. «Dadle un buen golpe —dice alguien detrás de él—. Eso lo calmará».

XIX

La campanilla, de cuya cuerda había tirado alguien, tintineó a la puerta del huerto. Martyniak, que cojeaba todavía después de su caída al tirarse del tren en marcha, salió de detrás del tomatal y consultó con la mirada a su cuñada. El huerto se tendía en calma bajo el sol de primera hora de la tarde.

La cuñada dejó su pala en tierra y se limpió las manos en el delantal.

—Voy a mirar por la rendija del muro. Si te hago una señal, escápate por el otro lado de la casa.

Martyniak siguió con la mirada, dispuesto a huir, los movimientos de su cuñada. Pero ella lo tranquilizó con un gesto. Por fin, abrió.

Un hombre grueso de cara rojiza la acompañaba hacia la casa. Martyniak lo reconoció en seguida. Como siempre, llevaba las botas altas de oficial, los cabellos rizados y, debajo del brazo, una cartera negra. Le hacía señas y le gritaba de lejos:

—¡Hola, hombre; hace un siglo que no le he visto a usted! Menos mal que le he encontrado.

Se saludaron. La sonrisa de Martyniak le servía para ocultar su inquietud. («De modo que este Borkowski sigue viviendo. ¿Qué querrá de mí?»).

—¡Me figuré que eran los alemanes! No creí que viviese usted, señor director.

Borkowski se rió a carcajadas:

—Vamos tirando. Ya me cogieron en una redada; pero, en fin, eso es lo normal. Todos los días hay redadas. Ya veo que se las ha arreglado usted bien. Una buena huerta —y abarcaba con la mirada todas las plantas—. En caso de apuro hay para resistir. ¿Cuándo salió usted de Varsovia?

—El quince de agosto. Salté del tren.

—Entonces, hace ya dos semanas. ¿Y la casa donde estaba nuestra imprenta?

—Incendiada.

Borkowski se sacó del bolsillo un gran pañuelo.

—Estamos ya en otoño y sigue haciendo un calor terrible. Querría hablar con usted, Martyniak. Se trata de asuntos importantes. A solas.

La casita del jardinero era de madera y tenía un solo piso como la mayoría de las casas de aquella localidad suburbana, situada al oeste de Varsovia. Martyniak hizo pasar al director por la puerta desquiciada a una habitación donde había una cama de metal, una palangana y un cubo. En el suelo estaban esparcidas semillas en grandes pedazos de tela. Los dos hombres se sentaron frente a frente; el visitante en la cama, que crujió bajo su peso, y Martyniak en una silla.

—¿Un cigarrillo? Son una porquería estos cigarrillos. Están falsificados.

Y, acariciándose la rodilla con la mano, añadió Borkowski:

—Bueno, por lo menos estamos vivos. Pablito está aquí. De los demás no se sabe nada. Estarán criando margaritas. A buena profundidad.

Martyniak preguntó:

—Pero y de Varsovia, ¿qué me dice usted, señor director? ¿Qué pasará? Nos están partiendo la ciudad en pedacitos.

Borkowski miraba al vacío, abstraído.

—¡Qué se le va a hacer! Es inevitable que haya víctimas. Pero los rusos, por pocas ganas que tengan de ayudarnos, no pueden quedarse con los brazos cruzados como están ahora. Las necesidades estratégicas han de empujarlos. ¿Qué importa la ciudad? Ya la reconstruiremos.

Se inclinó hacia Martyniak.

—Vamos al grano. El problema es que no podemos seguir sin hacer nada. Hay que actuar. Empezaremos a publicar de nuevo nuestro boletín. Tenemos dinero.

Martyniak pensaba: «Vaya, entonces se trata de eso. Nunca nos dejan tranquilos. La ciudad incendiándose y ellos, como si tal cosa, pensando en el boletín.

Todo lo demás les importa un comino». Y sondeó al otro con prudencia:

—No estaría mal. Pero ¿cómo vamos a empezar ahora? No tenemos papel ni imprenta ni nada. Y todos los días redadas. No podremos organizar la distribución.

Borkowski le cortó en seco:

—Tonterías. Con dinero se encuentra todo. Papel habrá cuanto queramos. Y en el peor de los casos, la multicopista. Pero no será necesario porque dispondremos de una imprenta. Y nos la proporcionarán los mismos alemanes en Varsovia. Ahora están dispuestos a vender a su querido Hitler con tal de que se les pague. Y respecto a la instalación de la imprenta, sobraré sitio. Por ejemplo, aquí estaría bien, en esta casa. Sí; un sitio estupendo.

Martyniak no sabía por dónde empezar. Por fin se aventuró a decir:

—Pero usted mismo ha reconocido, señor director, que los rusos no tardarán en entrar.

El otro se dio un puñetazo en la rodilla. La cama crujió.

—¿Y qué? Aquí sobra gente que compra oro y está deseando escaparse con los alemanes a Viena. Pero yo me quedaré. Y usted también se quedará, Martyniak. Alguien tiene que trabajar. Comprenderá usted que si no nos hemos entregado a los alemanes no vamos a ceder ahora ante los rusos. Norteamérica nos sostiene. No dejaré que abusen de nosotros.

He aquí cómo volvía, bajo otro signo, lo que había llenado todos aquellos años. Martyniak miraba a Borkowski. Ahora lo veía distinto. No respetaba ya la energía de aquel hombre y se extrañaba de haber estado tanto tiempo en sus manos. ¡Qué asco estos tipos! Tenía ganas de levantarse y escupirle a la cara, pero siguió sentado tranquilamente, prestándole respetuosa atención.

—Usted, Martyniak, es necesario en estos momentos. Sé que estará de acuerdo. Era usted un buen soldado y ha jurado servir a la Patria. Pues bien, nuestro país le necesita ahora.

Y Martyniak preguntó:

—¿Cuándo saldrá el boletín, señor director? ¿En seguida?

—Lo más pronto posible. En cuanto tengamos decidido el sitio donde se va a instalar la imprenta, aparecerá ya inmediatamente. Donde yo vivo es imposible; allí no cabe ni un alfiler. En casa de Pablito hay unas cincuenta personas.

Martyniak paseaba la miraba por el suelo rugoso de la habitación.

—Bueno, voy a orientarme. Quizá podría instalarse aquí mismo o quizá en algún otro sitio. Si encuentro algo se lo comunicaré. ¿Dónde puedo localizarle?

Borkowski le dio su dirección y, siguiendo una antigua costumbre suya, se la hizo repetir.

Cuando lo hubo acompañado hasta la puerta del jardín y después de cerrarla cuidadosamente, se acercó Martyniak a su cuñada. Ésta interrumpió su labor y le preguntó:

—¿Quién es ese tipo? ¿Qué quería?

—Pues... uno de Varsovia. Oye, tengo que decirte una cosa: es muy probable que me marche a Czestochowa, a casa de Teófilo.

—Siempre conspirando. Nunca os hartáis de desgracias.

—Pero, mujer, no hay conspiración ninguna. Cuando yo me marche, en caso de que vuelva ése que ha estado aquí, le dices que salí a dar una vuelta y que los alemanes me trincaron. Porque si le da por meterse aquí, lo vais a pasar mal.

Foca sentía en las sienes los martillazos de sus aceleradas pulsaciones. Temblaba de fiebre, pero su herida era leve; solamente una bala que le había rozado la espalda. Su idea fija era permanecer junto a Miguel. Sobre todo, no perderlo de vista. No importaba ahora lo que pudiese dividirlos; el rostro hirsuto de Miguel, las gotas de sudor en su frente, su cazadora destrozada, eran las únicas cosas a las que podía aferrarse su imaginación. Las calles donde se encontraban no eran ya más que filas de ruinas, casas derribadas o a medio derribar. La masa humana hormigueaba espantada, estrechada cada vez más por el cerco del combate.

Supieron que la tentativa de hallar una salida hacia el Centro, empezada dos días antes, había fracasado. Se había dado la orden de abandonar la Ciudad Vieja por las alcantarillas y la operación había empezado ya. De pronto el automatismo psíquico de Foca comenzó a funcionar de nuevo. Era como si las piezas de un fusil desmontado empezaran a caer solas para colocarse cada una en su sitio. Había olvidado todo lo ocurrido. Sólo sabía que había sido horrible y que ahora tenía que impedirle la entrada otra vez en su memoria. Sólo subsistía Catalina, inmutable, intacta, como la única persona que podía ayudarle. Le pareció que la voz de Miguel le llegaba de muy lejos: «Paciencia, ya nos llegará nuestra vez. Todos no pueden salir al mismo tiempo».

El sentimiento de absurdo, de infortunio y de caos era tan fuerte en él que lo experimentaba físicamente hasta producirle náuseas, mientras se arrastraba detrás de Miguel. ¿Qué necesidad había de que él estuviera aquí? ¿Total, para qué? Pero continuó junto a Miguel, cuando unas mujeres delgadas, mal cubiertas por unos harapos que les caían ridículamente, con los ojos enloquecidos, los amenazaron con los puños: «¡Criminales! ¡Asesinos de nuestros hijos! ¡Miradlos, nos han entregado a la muerte y ellos quieren salvar sus preciosas vidas!». Una piedra le dio en plena boca. Se limpió con la lengua, lamiendo algo que sabía a sal. Y no se protegió con la mano cuando vio que le arrojaban otra piedra. Pero ésta le pasó por encima de la cabeza. «Sí, soy un criminal. Criminal. Criminal», se repetía, y en esto encontraba un consuelo porque llegaba al fondo donde todo lo repugnante se igualaba y no quedaba nada individual.

Los enviaron a la barricada del lado norte. Pero allí, en medio del estruendo

de las detonaciones y de las piedras que saltaban por el aire, la misma multitud volvió a reunírseles, indiferente ya al peligro. Arrastrando líos atados con cuerdas, agitando trapos blancos y con niños en los brazos, rebaños de hombres y mujeres deshechos, informes, salían de no se sabía dónde. Parecían brotar de la tierra. «Dejadnos pasar, dejadnos ir con los alemanes», imploraban unos. Y otros, con furor, exclamaban: «¡Ya nos habéis torturado bastante! ¡Dejadnos salir de este Infierno!».

Un jovencito de chaqueta rota y ceñida por un cinturón de cuero se había subido a la barricada y procuraba hacerse oír: «Por favor, recobrad el juicio; los alemanes os barrerán»; pero la masa cubrió su voz: «¡No escuchéis a estos farsantes, que se escapan por las alcantarillas mientras nosotros lo pagaremos todo! ¡Vamos contra ellos! ¡No hay que pedirles permiso!». El jefe, un oficial de cabellos grises, agitaba su pistola; disparó al aire, pero el ruido se perdió en el estruendo de los cañonazos. Avanzaban grupos amenazadores con ladrillos en las manos: «¡Asaltemos la barricada!», gritó una voz de hombre. Frenéticamente, arrancaban los adoquines que formaban el obstáculo y los arrojaban lejos a la vez que empujaban a los defensores. Los jóvenes soldados se apartaban aterrados. Las mujeres se habían convertido en unas furias. Todos aquellos muchachos veían en este furor la cólera de sus madres, la obediencia que debían a éstas, una bofetada de ellas, la sumisión, en fin, a la voluntad de la madre. «¡Los alemanes!», oyó Foca, que se encontraba entre Miguel y el comandante. En la cresta de la barricada se agitaba un torbellino de manos y de cabezas, de trapos blancos y sacos lanzados al otro lado. El jefe exclamó: «¡Jesús! —y en seguida, como si no saliera de su propia boca, la orden—: Limpiad la barricada; fuego contra ellos». Miguel se echó el fusil a la cara. Foca oyó repetir. «¡Fuego!», apretó el gatillo y la Sten empezó a vibrar en su mano. Mientras, pensaba: «Esto no tiene remedio, soy un criminal. ¿Cómo es posible que esté haciendo esto?». Y ahora corría detrás de Miguel por la barricada saltando sobre los brazos convulsos de una mujer pálida como la cera. De algún sitio salía el gemido de una niña: «¡Mamá, mamá!». Allí abajo, detrás de ellos, estaban las entradas de las alcantarillas con los camaradas. Había que resistir a toda costa. Foca disparaba encarnizadamente. «Si muero aquí —se preguntaba—, ¿lo haré defendiendo a éstos que quieren escaparse o por salvar mi pellejo?».

Pasaron muchas horas hasta que Miguel, después de hablar con el jefe, le dijo a Foca: «Ahora quizá nos salgan mejor las cosas». Llegaban refuerzos a la posición, sucios como ellos, y, como ellos, silenciosos y téticos. El pequeño grupo de Miguel se puso en marcha y Foca sentía secársele la lengua hasta parecerle un cuerpo ajeno a él, hasta notársela rígida, casi de piedra. No había agua en ninguna parte. En la escalera de la casa donde se amontonaban esperando el momento de poder

descender, se apoyó en el muro y se durmió de pie.

Cuando abrió los ojos vio que Miguel tenía cogida por una mano a una enfermera que llevaba un casco de soldado en la cabeza. De modo que, por fin, Miguel había hallado a su mujer. Siguieron pasando las horas. Foca oía a través de su sueño las detonaciones y la confusa algarabía de las voces, las llamadas, los gemidos. «Los alemanes están echando gasolina ardiendo en las alcantarillas —decía uno junto a él—. Los nuestros han tenido que volver. No pudieron pasar».

Miguel lo sacudió: «Atención; ahora nos toca a nosotros». Una muchacha enclenque, con el cuerpo cubierto de barro, esperaba junto a una brecha abierta en la calle. Llevaba una linterna eléctrica sujeta al pecho. Se le pegaban a la frente los retorcidos mechones de su negro cabello. «Yo guiaré. No empujéis. Saldréis uno a uno, gateando lo más rápidamente que podáis». La joven escuálida sacó un cigarrillo, lo encendió, aspiró el humo hondamente y lo tiró entero aplastándolo en el suelo. «Los alemanes están encima de las salidas siguientes. Hay que pasar en absoluto silencio. El que hable alto será culpable de su muerte y de la muerte de todos nosotros».

La operación se realizaba con gran lentitud. Cuando ya se preparaban para descender y Miguel había empujado a su mujer para que entrase, tuvieron que cederles el sitio a otros. La trinchera que iba desde la casa, cruzando la calle, hasta la entrada de las alcantarillas, no era profunda. Un muchacho gateaba por ella arrastrando a un herido; otro lo ayudaba avanzando a rastras mientras sostenía al herido por la cintura. Las balas chocaban contra los adoquines que protegían la trinchera. «¿No sería preferible ponerse de pie ahí encima y que todo acabase de una vez?». Foca se oyó esta pregunta a sí mismo, pero sabía que no, que no se decidiría, porque escapar de esto sería escapar de todo lo horrible que había dentro de él mismo. *Aquello* estaba ligado a este sitio; allá, en el Centro, Foca era otra persona muy distinta con su traje nuevo guardado en el armario y su antigua vida impecable. Arrastraban a un herido para salvarlo, sin saber que este hombre, Foca, había abandonado a Gdula, Joanna, Bertrand... Los alemanes se detendrían junto a Gdula y le habrían soltado una ráfaga de ametralladora en su cuerpo ya acribillado. No; de todos modos, Gdula no podía haberse salvado. «¡Qué cinismo; encima me estoy justificando!».

—Miguel —dijo con la boca seca.

Miguel empujaba a su esposa y dijo:

—¿Qué? Basta de charla. Rápido.

Todo el espacio silba y rechina. El sol parece descompuesto y todo el mundo vuelve al caos. Foca chapoteaba en la arcilla amarillenta de la trinchera y llegaba ya a la entrada de la alcantarilla. Desde abajo le hablaba Miguel: «Ten cuidado; no me pises», y de pronto, en la penumbra, el silencio completo. Todo el estruendo de la ciudad en guerra se había cortado como por arte de magia. Descendía metro a metro hacia la seguridad del fondo; el círculo claro de la entrada se hacía cada vez más pequeño. Era como descubrir una dimensión desconocida. En sus oídos resonaba el silencio. Paulatinamente, se iban acostumbrando sus ojos a la oscuridad. Ya estaban abajo, en el túnel. Lejos, lucía la linterna de la muchacha guía. Alguien llevaba encendida una vela que alumbraba débilmente las paredes húmedas y cóncavas y las formas confusas de los fugitivos, todos con la cabeza inclinada porque la bóveda era baja. En el fondo se oía el ruido del agua. Los pies se mojaban y empezaba uno a tiritar en seguida. «Virgen Santísima, haz que pasemos», rezaba alguien en voz alta.

Por fin empezó la lenta marcha por el túnel. Salpicones, tropezones, respiración entrecortada, lamentos producidos por el esfuerzo, todo ello se extendía por el túnel y se multiplicaba con el eco. Detrás quedaban las salidas laterales y la lúgubre procesión penetraba cada vez más profundamente en el laberinto de la ciudad subterránea. Sobre todos ellos pesaba el horror de lo desconocido como sobre los viajeros que avanzan en las tinieblas inexploradas. Recordaban todas las historias de los que habían tratado ya de escaparse por las alcantarillas y, después de andar penosísimamente durante un día entero, habían acabado por volver al punto de partida o bien habían salido a una calle vigilada por los alemanes. ¿No es gasolina esto que apesta ahora? Resulta insoportable llevar siempre la nuca doblada, y los pies resbalan a cada momento y tropiezan en objetos blandos: los cadáveres de los que han caído aquí en días anteriores, ¿o quizá bultos abandonados? Pero todo depende de la habilidad de la muchacha que los guía. La débil luz que se mueve allí abajo revela su presencia.

Foca tropezó violentamente con la espalda de Miguel. La linterna se había apagado. Todos quedaron inmóviles. Foca oyó un cuchicheo: «Los alemanes están encima. Hay que pasar por turno, corriendo de dos en dos por debajo de esa entrada. Transmítelo».

XXI

Las garrafas de vodka, entre las dalias blancas y rojas, estaban cubiertas de vaho. Piotr se extrañó de que tuvieran allí hielo, mientras tocaba, complacido, el blanco mantel. Los rostros que veía le recordaban gente y cosas de la época —que ya parecía tan lejana— anterior a la guerra. Baruga había movilizadado para el banquete a todos los escritores y artistas que había podido encontrar en Lublin. Estaban muy tiesos, en actitud militar, y miraban intranquilos a los sitios donde, en medio de la herradura formada por las mesas, se habían sentado los corresponsales de guerra rusos —especialmente invitados— entre Baruga y el ministro Pekielski. Estos periodistas iban de uniforme. Piotr procuraba descubrir en las facciones de los comensales las huellas del pasado: una barbilla más afilada y más arrugas, o la desaparición de las características que antes cultivaba cada uno con esmero. Así como los poemas y los cuadros de anteguerra perdían su carácter (que entonces había parecido único e insustituible por revelar la manera de ser de toda una generación), así, los rostros de estos individuos que ya no se parapetaban tras los privilegios del dinero o de los honores, habían adquirido el aspecto anónimo de la multitud. Lo mismo podía decirse de su vestimenta. Los viejos chaquetones raídos o las blusas de obrero abrochadas hasta el cuello los reducían, como convenía a las circunstancias, a un papel más modesto y a su categoría de sobrevivientes.

El ministro Pekielski comenzó su discurso dirigiéndose a los invitados rusos. Habló del Ejército Rojo, el invencible ejército que había liberado al país y que sería la base para una alianza eterna entre los pueblos ruso y polaco. Una sonrisa casi imperceptible se esbozaba en los labios de los asistentes al banquete, que tenían los ojos clavados en los platos. Pekielski hablaba con grandilocuencia y marcaba la cadencia como en un sermón. Todos recordaban con esto el pasado de aquel hombre: ninguno ignoraba que había sido sacerdote y que había tirado la sotana para hacerse «ateo militante». Pertenecía al Partido socialista —a su ala izquierda, claro está— y acababan de hacerlo ministro, lo cual era considerado por los comunistas como un gesto políticamente útil. Brindó; todos bebieron y se aplaudió generosamente.

Luego se levantó Baruga, que llevaba uniforme de mayor. Lo escucharon con gran atención, frunciendo el entrecejo para aprender lo mejor posible las nuevas fórmulas. Esto ya era otra cosa. Baruga no era un Pekielski. Muchas cosas

dependían de él. Oscilaba hábilmente entre las exigencias contradictorias impuestas por la mentalidad de un público mal preparado para el comunismo, y la mentalidad rusa que él representaba. Para los polacos utilizaba las palabras «democracia», «soberanía del pueblo» y «revolución pacífica». Dirigiéndose a los rusos, recordaba el heroísmo de los soldados soviéticos, que habían permitido la realización de las profecías según las cuales el más grande de los pueblos eslavos salvaría al mundo. En medio de su discurso, empezó a hablar en ruso. Terminó con un brindis a la gloria del generalísimo Stalin. Todos se levantaron y aplaudieron. «Si el odio tuviera color negro —pensaba Piotr mientras aplaudía—, esta sala estaría inundada de tinta».

Los invitados rusos fueron respondiendo por orden de su graduación militar. El primero fue un coronel corresponsal de un periódico de Moscú. Sacando su prominente mandíbula, enumeraba las victorias del Ejército Rojo y repetía después de cada parrafada, como si fuera un estribillo: *My moguchy!* (¡Somos poderosos!), acompañando estas palabras de un tremendo puñetazo en la mesa. Piotr pensó que el coronel había adoptado una buena táctica. Recordar que se tiene la fuerza en la mano es lo más eficaz en estos casos. Y los efectos eran evidentes en los rostros de los oyentes: inquietud, miedo. Luego, un brindis y los frenéticos aplausos de costumbre.

Cuando terminaron de hablar todos los rusos se relajó la tensión y se inició una conversación general. Pero al poco rato alguien hizo sonar su vaso con el tenedor. Todos volvieron la cabeza hacia aquel sitio. Piotr recordó que el orador —un pintor abstracto— era antes hombre de derechas. Ahora, tartamudeando de pura vergüenza (aquella decisión tenía que haberle costado mucho), aseguró que los artistas polacos estaban de todo corazón junto a la revolución. Era evidente que en cada uno de los comensales polacos empezaba una terrible lucha interior: ¿Debo tomar la palabra o callarme?, y si me callo, ¿qué me harán? Piotr observaba a Baruga. ¿Revelaría éste con algún gesto lo mucho que se estaba divirtiendo? No; en él sólo había benevolencia y jovialidad. Captó Piotr la divertida mirada de Julián Halpern. Era como una apuesta mutua. ¿Quién sería el siguiente? Todos buscaban en torno suyo, y cada vez que un nuevo orador se levantaba y pronunciaba algunas frases con voz ahogada, se producía una especie de oleaje emotivo entre los demás; Buniewicz (llamado por sus íntimos Bunio), que estaba sentado al lado de Piotr, contenía a duras penas la risa. Cuando creía que iba a soltar la carcajada, bebía a toda prisa un trago de vodka. «¡Pobrecillos, no están entrenados todavía! ¡Qué trabajo les cuesta! Cada uno de ellos se cree en la obligación de decir algo muy original».

Poco a poco disminuía el interés, las cabezas caldeadas por el alcohol se inclinaban hacia las otras; contaban anécdotas. Los oradores tardíos tenían que hacer sonar mucho tiempo los vasos para que les prestaran alguna atención, la atmósfera se cargaba con el humo de los cigarrillos, y las bombillas daban una luz muy desigual porque la corriente era muy débil. Los camareros, con chaquetas blancas salpicadas de manchas, presentaban platos de carne que resultaban fabulosos, dada la cantidad de tropas acantonadas en la ciudad y las dificultades del abastecimiento. El servilismo de sus movimientos disimulaba mal el desprecio que sentían estos camareros por todos los comensales.

Piotr tenía enfrente a Korpanov. Éste no era un simple invitado, pues vivía en la ciudad desde hacía varias semanas y preparaba un álbum de grabados sobre las atrocidades hitlerianas. Asistía, pues, al banquete por derecho propio. Tomaba sus apuntes en el campo de concentración de Maidanek. Era un hombre muy bajo, de cara terrosa, cuyo color se confundía con el del bigotito. La guerrera con las insignias de teniente del Ejército Rojo no lograba quitarle su aspecto inconfundiblemente civil. Estaba sentado con la cabeza agachada, pensativo; se levantaba cuando había que aplaudir y hacía como si bebiera sin perder en ningún momento su aire abstraído. Piotr se sentía culpable al mirarlo. Unos días antes había encontrado a Korpanov en la calle. Hablaron un momento en ruso y Korpanov tocó con un dedo el libro que llevaba Piotr bajo el brazo. «¿Qué es eso? ¿Puedo verlo?». Piotr hizo un gesto instintivo como para ocultar el libro. Dijo: «Pues... nada de interés. Son unos versos». Pero en seguida le tendió el libro. Korpanov sonrió con amargura y Piotr comprendió que le había herido. Su actitud equivalía a decirle: «Son poesías, escritas en nuestro alfabeto latino; esto no puede interesaros a vosotros los rusos; no os mezcléis en nuestras cosas». Korpanov abrió el libro y lo examinó complacido. Era un entendido en libros, y dijo: «Estupenda edición», despidiéndose en seguida. Mientras que el ruso se alejaba, Piotr pensó que el incidente era ya irreparable. ¿Quién era Korpanov? ¿Cómo podía saberse lo que pensaba de verdad y cuáles habían sido sus experiencias íntimas? Lo que dibujaba de un modo tan crudo y morboso: hombres de la Gestapo con látigos, fantasmas de prisioneros con trajes a rayas, montones de cadáveres desnudos bajo una lívida luz, una luz amarilla y verde... esto era lo único que Piotr sabía de él, pero en ello no había sino un compromiso entre su necesidad de expresarse y el estilo fotográfico de las ilustraciones soviéticas. ¿Lágrimas de cocodrilo? Piotr se acordó de los Urales. Sabía muy bien, demasiado bien, cuál era el mecanismo de la vida en Rusia para no adivinar en el arte de Korpanov las aspiraciones secretas que pugnaban por salir a luz bajo la presión de las circunstancias y por los caminos más insospechados. Se acordó de su encuentro, después de varios años, con aquella propietaria que le había prestado un libro, su primer contacto, a su regreso, con una

persona de esta clase. Se había conducido con Korpanov lo mismo que esta señora con él. Los vínculos entre Piotr y aquéllos de los cuales creía haberse desligado para siempre, seguían siendo muy fuertes: las reacciones psicológicas eran las mismas.

Bebía como los demás, procurando ahogar en vino su asco. La actitud de aquellos hombres era humillante, pero no cabía olvidar que dentro de esa humillación y de las serviles alabanzas que fingían, latía un odio feroz. A medida que adulaban más, odiaban con más fuerza. Por tanto, ¿era fundada esa aversión que sentía al mirar el enorme puño del coronel que golpeaba la mesa al gritar: *My moguchy!*? ¿De dónde venía ese desprecio suyo por los rusos? ¿Procedía quizá de los sentimientos nacionalistas? ¿Debía dejarse llevar por la fuerza de la tradición? La señora del libro le despreciaba a él y él despreciaba a Korpanov. Ese esquematismo afectivo se movía en el vacío impulsado por reflejos irracionales. Si pienso así, ¿no será porque la fuerza es para mí una aplastante realidad? Al mismo tiempo sentía una náusea como la causada por la carne podrida.

Los rostros rubicundos se inclinaban sobre los platos. Comían vorazmente, con delectación, discutiendo luego sobre los alimentos y las bebidas de antes de la guerra. La saciedad había distendido los rostros que antes estaban crispados por la inquietud. Aquí y allá contaban historias sobre el tema de actualidad: las diversas clases de muerte que habían correspondido a los conocidos y amigos. Grandes carcajadas acompañaban a estos lúgubres relatos. Piotr pensó si no será la risa la manifestación de un sentimiento de triunfo en quienes, habiendo podido sufrir el sino de otros, se han salvado. ¿No expresaría aquella gente con su risa la alegría de haber escapado a la muerte?

«Naturalmente, el primer premio le corresponde a León —oyó decir cerca de él—, es un récord olímpico. En septiembre de 1939, en Lwow, cuando el Ejército Rojo acababa de entrar, se mató, envenenándose con unas setas. ¡Morir envenenado por setas en estas circunstancias! ¡Qué sublime desprecio de los acontecimientos históricos! ¿Quién habría podido esperar semejante cosa de un tipo como León?».

En la charla saltaban nombres conocidos de Piotr, ligados en su memoria a ciertos incidentes: una visita, un encuentro casual. «... Y entonces ordenaron a todos que se vistieran y salieran. Román, tal como estaba, en pijama, se escapó, escondiéndose en el granero. Carol, obediente, se vistió y bajó. Vivió tres meses en Auschwitz. Siempre ha sido correcto y obediente». Todos se rieron. «A su salud». «A su salud». «... Yo le expliqué que le estaban tendiendo una trampa, pero esa mujer era muy testaruda. Por su aspecto nadie podía adivinar que fuese judía. En fin, por lo menos eso creía ella». Piotr la recordó de repente —era unos meses antes

de estallar la guerra — cuando interpretaba un papel en la obra de Thornton Wilder. Una adolescente americana muy aficionada a los helados. «Me dijo que los que se marcharon con el primer grupo estaban en Francia; en Vittel, habían mandado tarjetas y decían que hasta les habían dado chocolate». «¡Cho-co-la-te!», exclamó entre carcajadas el actor Karcz. «Yo le dije que era una idiota y ella me dijo que no, porque al fin y al cabo era una oportunidad de salvarse entre cien de morir y que estaba ya harta de esta vida que es tan aburrida». «¿Se le había acabado ya el dinero?». «¡Qué tontería! Al contrario, tenía de sobra. Fue a mi casa muy elegante, con zapatos de piel de cerdo y un bolso nuevo. Pero estaba aburrida, eso es todo. Me enseñó un pasaporte de Honduras. Se presentó y no sé en qué sitio de Alemania le han arreglado las cuentas ya para siempre. Por lo menos ya no se aburrirá.» «... Ése no estaba en el *ghetto*. Murió sencillamente porque se cortó con una cuchilla de afeitar y se le infectó.» «... Desde Auschwitz lo llevaron a Ravensbrück».

Pero ¿qué se sabía de todos los que murieron en Rusia sin dejar huella, los que habían tenido menos suerte que Piotr? No; de ellos fingían no acordarse. No era prudente. Por eso, había siempre flotando en el aire una reticencia, una temerosa prudencia que estropeaba la aparente espontaneidad del festín, una censura secreta que funcionaba en cada uno de los comensales y que funcionaba en plena borrachera. Las lenguas no se soltaban más que hasta el límite impuesto por el miedo. Todos ellos sabían muchas historias en las que los verdugos no habían sido precisamente los alemanes y, por saber tanto, se conducían como miembros de una conspiración.

Piotr veía a Julián sumergido en una intensa conversación con un individuo vestido con guerrera, pero sin ninguna insignia. «Se llama Wolin —le respondió Bunio maliciosamente cuando él le preguntó, como quien no quiere la cosa, quién era el de la guerrera—, pero dicen que no es su verdadero nombre. No se sabe lo que era antes. Luchó en España, según parece. Ahora está organizando la policía de aquí. Me he citado con él para tomar una copa». Precisamente en ese momento, el otro, como si hubiera notado que hablaban de él, miró hacia ellos. Fue una mirada rápida, consciente, separada de su contorno. Entre las bocas distendidas por la risa, las manos gesticulantes, y los vasos que entrechocaban como en una absurda danza ante Piotr, estos ojos grises que se posaban ahora sobre él llevaban en su mirada el frío de las cumbres. La impresión duró un segundo. Sintiendo de pronto despejado, le fastidió encontrarse allí.

«... Fui a su casa —contaba uno— y le presenté una orden de pago del Estado. “Un instante —me dijo—, le daré la cantidad en seguida”. “Supongo, ciudadano ministro, que me dará usted su firma para que pueda cobrar en caja”. “No —me

dijo—; ¿para qué? Todavía no tenemos caja oficial. Aquí está la caja”. Y sacó de su bolsillo una cartera hinchada de billetes. El Tesoro del Estado en una cartera. ¡Ja, ja!». Echándose hacia atrás, el que contaba esto y sus oyentes se reían a carcajadas. Wolin los rozó con su fría mirada y se puso luego a explicarle algo a Julián; mientras hablaba, iba sopesando maquinalmente su encendedor en la palma de la mano.

Hablaban ahora de predicciones. «A mí no quiso decirme nada la vidente —contaba Bunio con expresión desolada—. Sólo me dijo una frase: “Hasta los ochenta años comerá usted en buenos restaurantes”». Gajewicz decía que sí con la cabeza. El otro siguió: «A veces ocurre lo contrario. Por ejemplo, prevenimos a Tadeo, pero él siguió emperrado en que no temía a la Gestapo porque una vidente le había predicho que se casaría el 30 de mayo. Pues bien, lo detuvieron el día 13 de ese mes, y precisamente el 30 lo fusilaron. La vidente había confundido la línea del amor con la de la muerte».

La risa de Bunio ante lo absurdo del mundo revelaba su contento como por la confirmación constante de una tesis esencial. Bebía vodka en un vaso de agua y se frotaba la cara con una mano. Se acercó a Piotr y le dijo: «Tú ya conoces todo esto. Ahora se repite. Se prestarán al juego. Puedes creerme, yo soy más honrado que todos ellos y no miento. Lo único que sé hacer es divertir a la gente escribiendo, y escribo para el que me pague. El mundo ha sido siempre igual, por lo menos en lo que respecta a los escritores. Todo lo demás son mentiras».

La embriaguez entraba en la fase de la cordialidad y de los abrazos. Korpanov, que había estado hablando con su vecino de mesa sobre el arte de Goya, se había quedado silencioso y melancólico. En torno suyo todos alababan descaradamente los libros y los poemas de los demás. «Es la mejor novela que se ha publicado en estos últimos veinte años». «Siempre he dicho que aparte de nosotros, la literatura no existe». «¿Cómo vas a compararte con Tomás, cuyo estilo es sólo basura?». «¡José, brindemos por la suerte que hemos tenido sobreviviendo!». «¡Brindo por la salud del poeta más importante de nuestra época!». De vez en cuando, se llevaban a alguno fuera, o uno de los comensales se peleaba con un camarero porque éste no quería darle más alcohol. Sobre los manteles manchados de café, junto a ceniceros rebosantes, había muchas colillas.

Se levantaban de sus sillas, tambaleándose. El aire de la noche le hizo a Piotr un gran efecto. Casi se desvaneció y tuvo que apoyarse en el quicio de la puerta. Los otros salían por pequeños grupos y se alejaban charlando por la calle vacía. Entonces supo Piotr que durante toda la cena había estado pensando

subconscientemente en lo que ocurría en Varsovia y la sensación extraña que le había molestado tanto se debía a ello.

Notó que Korpanov, junto a él, con las manos en los bolsillos, miraba a las estrellas. Le dijo:

—No me gustan los banquetes.

Y adaptándose, como había aprendido a hacerlo, a las exigencias de una verdad limitada, completó así su idea:

—Se olvida que la guerra continúa.

—U-ju —respondió Korpanov.

SEGUNDA PARTE

«Los corcirenses renunciaron entonces a forzar las puertas y, subiendo al tejado, abrieron en él un boquete por el que lanzaron al interior piedras y flechas. Los desgraciados se protegían lo mejor que podían. Muchos se suicidaban con las propias flechas que les habían disparado o se colgaban con tiras de sus ropas, anudadas. Durante la mayor parte de esa noche murieron de los modos más diversos, unos suicidándose y otros por los proyectiles que les arrojaban desde arriba. Al amanecer, los corcirenses amontonaron en carros sus cadáveres y los transportaron fuera de la ciudad. Todas las mujeres que habían sido apresadas en el fortín fueron hechas esclavas.

»Éste fue el fin que les reservó el partido popular a los corcirenses que se habían refugiado en la montaña. Esta revolución considerable terminó, por lo menos en lo que se refiere a la guerra de que ahora nos ocupamos».

El profesor Gil dejó la pluma sobre la mesa. Recordó a la joven. Su blusa blanca, su corbata roja entre los millares de muchachos y muchachas cuya infancia había transcurrido durante los años de guerra en los que se decidía la forma de su pensamiento y de su vida. Había ido a preguntarle al profesor el significado exacto de la palabra «estoico» para un trabajo que le habían encargado. Vivía con una compañera en el mismo piso que Gil, pero él no la veía casi nunca. Pensaba en todo aquello: el trabajo, la disciplina, las asambleas, los desfiles con banderas y retratos de los jefes. En el mecanismo social hay que pagarlo todo: para ella, hija de una portera, y para otras muchas como ella, se abría el camino de las Universidades y de un porvenir brillante. Pero no conocería jamás lo que el profesor había conocido en su juventud: la inquietud de la verdad huidiza, ese contacto que las palabras no pueden traducir.

Joanna había luchado contra los nazis, pero la verdad es que murió en su empeño de impedirle a esta joven que entrase en la Universidad: sin el nuevo sistema, a la hija de la portera le sería tan difícil subir como le había sido a él. Y es inútil decir que Joanna no quería defender a los malos; objetivamente, los defendía. Él, por su parte, le había dado cuanto podía. Habían pasado muchos años, pero no olvidaba el recuerdo de su brazo rodeándole el cuello cuando la pequeña se sentaba muy seria en sus rodillas para escuchar las historias que él le contaba sobre los héroes y semidioses griegos.

Gil le había comunicado un sentido del misterio del mundo y el misterio de la historia, le había enseñado el carácter efímero y mudable de las normas humanas, frente a las cuales lo único que importa es el acto, su intención, que habrá de juzgar la posteridad. La había inducido a interesarse incansablemente por los problemas

de los hombres y por ese porvenir desconocido que sólo puede conquistarse gracias a la decisión de cada instante. Gil había tenido su recompensa: la dicha del amor entre padre e hija, la intimidad cotidiana del trabajo y la esperanza. Si la hubiera enviado a Suiza antes de la guerra, como había deseado, todo esto no habría ocurrido. Pero estaban demasiado unidos por muchos vínculos: los estudios que ella cursaba, la ayuda que suponía para él en sus dificultades. Y ahora muchas noches antes de dormirse veía descomponerse en el suelo el cuerpo de Joanna, un pequeño esqueleto frágil que se alejaba en los siglos vividos por la Humanidad. Tucídides. «Esta revolución considerable terminó».

Las normas. Mientras que la joven de blusa blanca y corbata roja estaba de pie ante él, Gil sabía muy bien cómo lo veía ella: un profesor un poco raro, retirado por reaccionario, pero inofensivo; alguien a quien se permite vivir —mejor dicho, vegetar—, pero que no comprende la grandeza de los nuevos tiempos. La sensatez burguesa debe ser también utilizada, aunque en muy pequeñas dosis. Los conceptos mueren y quedan inertes durante mucho tiempo, como ocurrió, por ejemplo, en el ocaso de Grecia; y cuando se vuelve a ellos y se les resucita, cuando se les trae otra vez a la memoria, ya no son los mismos, porque el río de Heráclito los ha transformado. Lo que había habido en él y también en su hija, en Joanna, volverá algún día, pero ya será distinto. De todos modos, a esta muchachita no podrá explicarle nada. No podría comprender si él le dijera que el mundo nuevo en el cual ella cree es cruel porque no respeta la compleja naturaleza humana y que este respeto debía quizá llamarse piedad. Tampoco entendería si le oyera poner en duda lo que ya constituía la base de la nueva educación: la fe en la ciencia como reveladora de la verdad absoluta de la historia. ¿Acaso Marx (este barbudo iconoclasta destructor de verdades absolutas y admirador de Esquilo) habría podido suponer que unas generaciones, en su nombre y llamándose marxistas, iban a marchar en cohortes disciplinadas, convencidas por los que se habían apoderado de la fuerza, de que el género humano ha logrado a la eterno sabiduría? Creían poseer una sabiduría absoluta, solamente por el hecho de apoyarse en la fuerza y porque, en un círculo vicioso, este saber considera a la fuerza como la confirmación suprema de toda sabiduría; o sea, el círculo vicioso del genial Hegel. Dentro de cuatrocientos o quinientos años, los que pronuncien la palabra *Weltgeist* (espíritu del mundo) lo harán con una sonrisa compasiva. Sí, pero hasta llegar a eso, no habrá piedad; el único camino será la creencia ciega en el poder revestida de oropes científicos. El profesor pensó en la posible necesidad del fanatismo. ¿Y si todos los jóvenes de hoy, parecidos a esta joven, son dichosos? ¿Qué derecho hay a privarlos de su certidumbre y despertar las tempestades dormidas en sus corazones?

Era difícil soportar el desprecio. Las personas como él eran despreciadas; no le quedaba más remedio que resignarse. La etiqueta «mentalidad pequeño-burguesa» se aplicaba a todos los que no se adherían de un modo ciego, es decir, al profesor Gil y a muchos que él consideraba como amigos suyos. En los primeros años de la guerra, cuando aún no se había acostumbrado a soportar la soledad, solía visitar a personas que, como él, se habían instalado en esta ciudad ruinoso de la que habían expulsado a la minoría alemana. Se charlaba en torno a los pasteles y a las tazas de té y se comentaban con excitación las últimas noticias de las radios extranjeras haciendo comentarios despectivos sobre el Gobierno bolchevique. La lamentable idiotez de aquellas gentes —que pertenecían a una capa social destinada a desaparecer— le producía remordimientos. Éstos eran los responsables del orden de anteguerra, de todo lo que él detestaba. Eran personas como éstas las que habían humillado en tiempos a Gil con esa humillación que no se olvida porque él era sólo el hijo de un campesino de Galitzia que se abrió paso en la Universidad a fuerza de salud y obstinación, un muchacho mal educado que no sabía conducirse en sociedad. Luego se había convertido en uno de ellos, en un profesor, un miembro de la clase dirigente. Y ahora, para colmo, pertenecía a la oposición. Seguir viéndolos y tratándolos sería sostener la ficción de su pertenencia a ese medio social. Dejó, pues, de tratar a sus conocidos y terminó por no ir a ninguna parte. Sin embargo, estaba unido a ellos por imposición de los que gobernaban. Solamente se podía estar a favor o en contra. Los matices no contaban.

Sus colegas de la Universidad, uno tras otro, proclamaron su adhesión a los principios del marxismo-leninismo-stalinismo. Y lo que les impulsaba a ello no era sólo el deseo de conservar la cátedra, sino que, incapaces de soportar el desprecio, acababan haciendo lo que les obligaría a despreciarse a sí mismos. Para evitar la caída —que ellos consideraban infamante— en los limbos en que los desheredados de hoy se acordaban de los buenos tiempos de antaño mientras esperaban la llegada, supuestamente salvadora, de los norteamericanos, no les quedaba más que un camino: aceptar totalmente la ortodoxia comunista. Además, los representantes del orden nuevo los ayudaban a mudar facilitándoles una adaptación progresiva e indolora.

La muchacha de la blusa blanca y corbata roja estaba más cerca del espíritu del profesor Gil que todos aquéllos a quienes, antes de la guerra, les estrechaba la mano y les decía cosas agradables. Su ilusión se había convertido en una realidad: las Universidades estaban llenas de juventud campesina y obrera. Y, sin embargo, este resultado era engañoso y no merecía que por él se pagara el precio supremo.

Fuera, el reloj del mutilado campanario gótico daba una hora. A Gil no le

gustaba esta ciudad. No le tenía cariño. Todo el Centro, que había sido incendiado en 1945 por el Ejército Rojo al asediar a los alemanes, era todavía un montón de ruinas. El profesor se paseaba por la orilla de los canales andando con grandes zancadas por esta desértica extensión que tanto en primavera como en otoño tenía los mismos matices: los de la hierba enfermiza, de las barras de hierro cubiertas de moho y cuyas extremidades retorcidas salían del suelo, de los ladrillos que se convertían lentamente en polvo... No lejos de esta ciudad había muerto su esposa apenas salió del campo de concentración donde los habían metido al sacarlos de Varsovia. Aquella desgracia la resistió casi con indiferencia porque entonces estaba muy débil y creía que también para él la muerte sólo sería cuestión de días. Pero se salvó del tifus. Empezó entonces a buscar a Joanna y regresó a esta calle sin saber por qué, sencillamente porque había que meterse en alguna parte.

¿Decisiones? No. Todo había sucedido automáticamente. Cuando daba sus clases, hablaba de lo que estaba convencido: de que la perspectiva desde la cual abarcamos los acontecimientos históricos cambia continuamente y que el pasado, como las pobres sombras del Hades, sólo revive cuando se alimenta con sangre del presente. El pasado de Grecia había sido resucitado varias veces y de un modo siempre nuevo y cada vez había servido de apoyo a las tesis dictadas a los historiadores por sus propias pasiones. Gil se esforzaba en transmitir a los estudiantes la conciencia de los peligros que amenazan siempre la búsqueda de la verdad; quería hacerles comprender lo fugitiva —y a la vez valiosísima— que es la luz de la única verdad, llamita de una lámpara que el viento apaga continuamente.

Cuando le quitaron su cátedra, lo hicieron con miramientos, no adujeron su avanzada edad —ya que cincuenta y ocho años es la madurez para un intelectual—, sino su estancia en un campo de concentración y la necesidad de que reposara. Y ahora, una vez más, como tantas veces desde entonces, se planteaba la cuestión: ¿había intervenido en esto su propia voluntad poniendo deliberadamente en peligro su cátedra, o bien no había pensado en absoluto que pudiera perderla, confiándose ingenuamente en ese liberalismo que la propaganda soviética decía defender? La respuesta importaba mucho, pero no la encontraba.

«Falta de confianza en la capacidad de conocer la razón humana; difusión del agnosticismo y del objetivismo burgués», tal era, y él lo sabía muy bien, el diagnóstico de su enfermedad. El límite entre los partidarios de la relatividad de los valores, a quienes Gil consideraba como la infamia del siglo XX, y los que como él trataban de destruir la mayor parte posible de esa falsedad que impide al hombre avanzar hacia el verdadero conocimiento, era una frontera que los dueños del poder borraban intencionadamente. Pero el profesor dudaba de su propia

magnanimidad. Verse apartado de estos muchachos y de estas chicas de corbatas rojas suponía desterrarse de la vida; no importaba de qué vida, puesto que era el exilio de la vida. El aislamiento le iba ya señalando con sus taras: no recordaba muchas palabras y se producía en él un repetido aborto mental que le iba envenenando espiritualmente. Y *ellos*, los del poder, a fuerza de crear las condiciones necesarias para tener razón, acababan teniéndola: el que estaba contra ellos retrocedía sin cesar, y si uno deseaba avanzar, tenía forzosamente que adoptar el nuevo culto.

Se preguntaba el profesor si con su actitud le era fiel a Joanna. La muerte de ésta había sido una muerte física. Se había detenido en un punto determinado del tiempo. Pero él, en cambio, al intentar seguir siendo lo que era, acababa convirtiéndose en otro distinto. No se va impunemente contra la corriente ni se puede alterar por un esfuerzo de voluntad el ritmo del ambiente que se respira. Cuando, hacía ya muchos años, salió de su pueblo para instalarse en la ciudad resuelto a luchar por el progreso, no podía suponer que había de llegar un día en que sufriría semejante derrota.

Sintió frío; las primaveras de estos años eran casi invernales. Se arropó en su chaquetón y vio que había vuelto a olvidársele pedir hilo para coserse el botón. Cogió de nuevo la pluma.

«El Partido aristocrático había sido casi eliminado. Los atenienses zarparon rumbo a Sicilia, primer objetivo de su expedición».

HASTA EL ELBA

I

Piotr Kwinto no llegó a Varsovia hasta abril y lo hizo en *jeep*. El barrio de Praga estaba lo mismo que lo había conocido antes de la guerra: sucias casas de vecinos y entre ellas unas barracas de madera torcidas por los años, largas calles rectas mal adoquinadas. El viento (siempre hay viento allí) levantaba torbellinos de arena y basura. Solamente recordaban la guerra las rotas torres de la iglesia de San Florián y los boquetes abiertos por la artillería en algunos muros. Sin embargo, el barrio de Praga presentaba ciertas diferencias: su calle principal se había transformado en un zoco. Unas muchachas soviéticas, con blusas hinchadas por grandes senos, dirigían la circulación: camiones militares; *jeeps*; autos de todas clases, mohosos, que habían servido de taxis; carretillas, y hasta *rickshaws* a estilo chino; y, sobre todo, la multitud: soldados soviéticos de infantería, tanquistas, soldados polacos, agentes de la NKVD, mujeres campesinas con sacos a la espalda y botas para la nieve, mucha gente miserablemente vestida arrastrando bultos..., toda esta masa iba y venía sin cesar vendiendo y comprando camisetas, neumáticos, conservas, telas, vodka, un acordeón, unos calzoncillos, aparatos de radio, libros medio quemados; en fin, toda la riqueza recogida entre las ruinas, o al otro lado del río o quizá robada en Alemania. A la entrada de algunas casas montaban la guardia unos centinelas: el nuevo Gobierno se había instalado en la capital y sus despachos oficiales se organizaban en los reducidos pisos del barrio obrero. La calle vibraba con todo aquél estruendo. Algunos camiones se detenían al borde de las aceras y unos grupos de golfillos atraían al público por encargo de los conductores. «¡A Varsovia, a Varsovia, sólo veinte zlotis por persona!». El chófer de Piotr lanzaba palabrotas a cada instante, La calle que conducía a la ciudad propiamente dicha estaba obstruida por una columna de vehículos que se desplazaba con lentitud deteniéndose y volviendo a ponerse en marcha repetidamente. Tendrían que esperar muchas horas. Piotr se entretenía observando lo que sucedía en torno suyo. Veía por la trasera abierta de un camión casi una docena de neumáticos apilados. Un soldado soviético trataba de subir al camión con movimientos torpes y se caía una y otra vez. Por fin, logró subir y trató de echar abajo el último neumático de la pila; pero como estaba borracho, resbaló y el neumático le cayó encima metiéndosele por la cabeza. Parecía una grotesca escena de circo figurando un robo fallido.

Acabaron por llegar a río. Nubes primaverales deshilachadas, viento de los

libres espacios, pilares de puentes derruidos. Unas aves con agudos chillidos volaban por encima de los bancos de húmeda arena. Al otro lado, bajo el sol frío, estaba la línea en zig-zag de las ruinas. Su color, no se sabía por qué, recordaba el de la carne —carne de caballo—, una absurda asociación de ideas, ya que en realidad era de un matiz más claro. Piotr guiñaba los ojos y procuraba identificar las casas que tan bien había conocido. Pero no podía distinguir las manchas, los ángulos agudos de los muros derruidos y las brechas al sesgo abiertas por las explosiones. El rascacielos de catorce pisos, en la plaza de Napoleón, se erguía solo por encima de esta desdentada cadena; había perdido su antigua esbeltez y parecía una espiga de maíz roída. Entraron por el puente de madera, que, sobrecargado de peso, oscilaba. Era la única arteria para cruzar el río y lo había tendido un equipo de zapadores soviéticos. Al otro extremo del puente, en altos postes, los rostros de los miembros del nuevo Gobierno miraban al vacío, inmensos, lamentablemente pintados en planchas de madera. Los camiones con una masa compacta de hombres y mujeres de pie, que se abrazaban unos a otros para no caerse, saltaban, resbalaban y desaparecían por aquel decorado de escombros. Los peatones, cargados de sacos y maletas, y llevando muebles en andas, subían penosamente por entre los coches la pendiente de la carretera.

Piotr no sabía de qué lado ir. No había direcciones, ni rostros, ni teléfono; sólo había calles. Pero es que tampoco las calles existían en realidad. Sustituyendo a las antiguas calzadas, había surgido una estrecha senda formada por los pasos de la gente que regresaba hacia lo que había sido su hogar y las huellas de las ruedas de los vehículos militares. El *jeep* donde iba Piotr se hundía en el fango y a veces subía por montones de escombros hasta la altura de un segundo piso. En la boca entraba polvo de ladrillos que hacía rechinar los dientes. En cierta zona se extendía el olor dulzón de los cadáveres recalentados por la tibieza de la primavera. Cerca de la calle donde había vivido Piotr antes de la guerra, tropezaron con una barricada que aún no había sido derribada. Piotr se apeó del *jeep* y continuó su camino a pie.

Todos los adoquines habían sido arrancados. En la arena se levantaban unas cruces de madera hechas a toda prisa. Grupos de personas abrían fosas. Se habían atado pañuelos a la cara para taparse la nariz y la boca. Las mujeres, arrodilladas al borde de la fosa, miraban al interior. Piotr se detuvo y también miró. Unos andrajos grises, el retorcido contorno de un cuerpo que se descomponía en una pasta sucia y del que solamente los cabellos claros se habían salvado de la destrucción. Por las largas arrugas de una mujer que miraba junto a él, resbalaban unas lágrimas lentas. Siempre hay una Antígona que busca a su Polínice. A través de los siglos, el mismo Polínice. Pondrán esos huesos en un trapo y se lo llevarán, sujetándolo por los picos. Cuando se alejó de aquel espectáculo, Piotr tragaba la mayor cantidad posible de

humo de su cigarrillo para borrar el insoportable olor.

Silencio. Por las deformes aberturas, entre estas rocas erosionadas y desgarradas, asomaba el cielo azul. Piotr notó que no había pájaros. Se detuvo delante de su casa, que estaba casi entera, aunque toda ella requemada. Las bombas habían dañado el patio. Donde había habido un hermoso césped, se veían ahora las cruces que señalaban las tumbas. En una de ellas había un casco de soldado. Piotr miraba hacia lo alto de la casa y fijaba su mirada, una tras otra, en las ventanas vacías. Entonces notó una humareda que salía de un tubo de aluminio en la parte baja del muro. De modo que seguía viviendo gente aquí. Un viejo bigotudo salió del sótano tirando de un retorcido pedazo de hierro. Miró a Piotr con indiferencia.

—¿Qué ha sido de la gente que vivía aquí? ¿Es usted de la casa? —le preguntó Piotr.

Sabía que su madre vivía y que se encontraba en una de las localidades suburbanas. Pero conocía a varios de los vecinos, estaba al corriente de sus vidas y se interesaba por lo que hubiera sido de ellos.

—Vivo en el número 10. Aquí no conozco a nadie. Mi mujer está más enterada porque solía venir de asistenta.

Apareció la vieja junto a ellos y se quedó mirando a Piotr como si éste fuera un objeto. «¿Qué le pasa a toda esta gente? —pensó Piotr—. Aunque vivan, parecen esqueletos quemados. Es la calma de la devastación.

—Señora, ¿sabe usted qué ha sido de Krajewsky, el que vivía en el primero?

—¿Krajewsky? —la anciana hacía un esfuerzo por recordar—. Ah, sí; había uno que se llamaba así. Pero no lo hemos visto desde el 39. Decían que se había ido a Inglaterra.

—¿Y Gontar?

—A ése lo conocía yo. No se sabe si vive. Se lo llevaron a Dachau. Su mujer y sus hijas vivían aquí, pero las mataron.

—¿Conocía usted a Martyniak, aquel impresor?

—Ése se ha mudado. Lo buscaba la Gestapo.

—¿Y a los Urbanski, les ha pasado algo?

Piotr solía ir con frecuencia al taller de Urbanski, que estaba en el piso bajo, dando al patio. Le gustaba aquel ambiente: el ritmo del cepillo de carpintero, el olor de la madera fresca, las manos musculosas que tocaban las tablas con amor. Urbanski era un enamorado de su trabajo. Cuando recibía un nuevo dibujo de mesa o de diván, lo discutía con Piotr y, mojando en la punta de la lengua el grueso lápiz de carpintero, trazaba en el papel unas rayas sencillas y anchas. Mientras cepillaba o aserraba, no dejaba de charlar contando historias y leyendas de su tierra, una región de bosques cerca de la frontera de Prusia Oriental. Su mujer tenía los cabellos color de lino y negros los ojos. Las tres niñas se parecían en todo a su padre. Cuando Piotr los visitaba por las tardes, la mujer les servía el té y se sentaba a hacer punto. De vez en cuando los miraba con viveza con una mirada que revelaba la atención con que les escuchaba y el hecho de que ella tenía también su opinión sobre los temas de que hablaban, aunque no la manifestase.

—Lo de Urbanski es ya una historia antigua. Se lo llevaron en el 40. Fue una redada en plena calle. Ha muerto en el campo de concentración de Auschwitz. Su mujer y sus hijas..., pues como todos los de aquí.

—¿Qué quiere usted decir?

La vieja señaló la tierra con el dedo.

—Decían que esta casa era muy peligrosa, que no resistiría a las bombas. Casi todos se mudaron al número 16, la casa grande, y se instalaron en el sótano. Entonces cayó allí una bomba de gran calibre y los enterró vivos. Allí están todavía. No hay manera de sacarlos; haría falta cavar muchos meses.

Siguió andando por en medio de la calle y Piotr reconoció el sitio desde lejos, la casa grande donde todos habían muerto. Recordó que los ojos de Sofía Urbanski se le habían aparecido muchas veces durante su exilio. La luz relajante de la lámpara y la mirada furtiva de esta mujer silenciosa. Todo aquello había sido destruido. La tranquila atmósfera del hogar después de una jornada de trabajo. ¿Acaso no representaban para él los ojos de Sofía Urbanski la patria lejana? De todos modos, había hecho bien en regresar a Varsovia. Era necesario. Se quitó su gorra militar y permaneció inmóvil pensando en los sufrimientos de los agonizantes.

II

El mayor Baruga recorría una calle del barrio de Praga camino del local donde se había instalado el Comité Central del Partido. Unos metros detrás de él caminaba un muchacho de elevada estatura con pelerina militar, que llevaba en bandolera un fusil ametrallador. Baruga no quería confesarse a sí mismo cuánto le preocupaba su propia seguridad; y aún menos estaba dispuesto a reconocerlo ante lo demás. Había cedido a los ruegos de una amiga suya. Este muchacho le era muy útil. Unos meses antes, cuando estaban todavía en Lublin, lo había salvado de la prisión que lo amenazaba como a todos los soldados del Ejército del País. Siempre erizado y desconfiando de los bolcheviques, lo primero que necesitaba este chico era que lo dejaran tranquilo. Baruga lo dejó dormir en su propia casa y le permitió que asistiera a las discusiones y chinchorrerías de su trabajo cotidiano como organizador de la Prensa. Éste era el mejor medio de ganárselo. Poco apoco, conforme el muchacho iba haciéndole tímidas preguntas, emprendió la tarea de atraérselo en serio. El chico le fue tomando un afecto de perro fiel. Hubiera sido muy difícil que Baruga lograra un guardaespaldas más seguro. Este triunfo suyo como proselitista, le enorgullecía. Opinaba que para ser buen comunista es indispensable poseer facultades pedagógicas. Además, estos jóvenes a quienes sacaba de la vida salvaje de los años de guerra y que lo trataban como a un hombre ilustre, justificaban sus ambiciones.

Respiraba el aire primaveral. La enormidad de lo que estaba ocurriendo y el hecho de que él caminase por una calle de esta ciudad, destruida, pero con un futuro, con una tarea que desempeñar en la humanidad nueva, le producían una sensación de embriaguez. Si por lo menos la vida durase lo suficiente para tantas tareas como podía uno realizar... ¡Y decir que antes de la guerra, en un momento de duda, le había parecido que el fascismo podía vencer, y que había estado a punto de emigrar a Venezuela! Una decisión equivocada, tomada a la ligera, puede hacerle a uno desgraciado para toda la vida. ¿Qué hubiera sido de él hoy, si se hubiera marchado? Habría tenido que volver humillado, intentando justificarse por haber tenido miedo y reconociendo que había cometido un gran error.

Las escaleras del edificio —sede del Comité Central— estaban sucias, cubiertas de salivazos y de colillas aplastadas. Se oían portazos, y el eco multiplicaba la confusión de las voces. Cuando dijo su nombre a un individuo cuya

musculatura no le cabía en el estrecho traje negro, no tuvo que esperar mucho tiempo.

El secretario general se levantó de detrás de su mesa-despacho y avanzó hacia él cojeando. Antes de la guerra se había fugado de la cárcel y las balas de los carceleros le habían herido ambas piernas. Su rostro de proletario llevaba las huellas de un gran cansancio. Sólo animaban su expresión sus ojos sombríos, de intensa mirada. El tono amarillento de su piel, su calvicie y la boca rodeada de arrugas, le daban un aspecto de gnomo. Baruga se dejó caer pesadamente en un sillón por cuyos brazos rotos salía el relleno. Sobre el cuello de su uniforme se apoyaba su papada, en la que se veía la cicatriz que le había dejado una operación.

—Bueno, ya hemos hablado de la situación, y ahora, camarada Víctor, sólo me dirijo a usted para una cuestión muy concreta. Ya comprenderá que me sería muy fácil preparar un cartel y pegarlo en la pared: «El que esté contra nuestra política de abastecimientos es un enemigo de todas nuestras tácticas». Eso es.

Respiraba ruidosamente. El secretario general le tendió su pitillera, tomó él también un cigarrillo y cerró de un golpe el estuche. Inclino la cabeza. Baruga se desabrochó el cuello del uniforme, que le molestaba. Y dijo:

—En fin, me parece que todo está muy claro. Usted lo comprenderá porque estuvo aquí, en nuestro país, durante lo más duro. No quieren darse cuenta de la distribución de las fuerzas durante la ocupación. Pero cuando se tienen tanques delante de uno, no es una valentía negarse a abrir trincheras o a preparar trampas; es sólo una insensatez. En realidad, esto es un sucedáneo de lo que ocurrió en Rusia en 1917. Y eso impone ciertos medios.

El secretario general fumaba mordiendo nervioso la boquilla de cartón de su cigarrillo ruso. Se le había formado en el entrecejo una arruga vertical.

—Le he hecho a usted su Prensa —dijo Baruga— y seguiré haciéndola mientras sea ésta la voluntad del Partido. Pero este trabajo requiere ayuda. Por eso me dirijo a usted y a los camaradas. Por mi parte, hago todo lo que puedo.

—Ya sabe usted mejor que nadie que es insustituible —dijo el secretario.

—A la cocinera de mi cantina la han afiliado al Partido Socialista —y Baruga se reía al decir esto—. Ya ve usted cómo reclutan su gente. Los jefes de sus derechas han muerto o se han escapado. Muy bien. Ahora, toda la gente de extrema derecha se ha ido con ellos porque es un Partido pa-trió-ti-co y, al mismo tiempo, legal. Pero

no está mal que se vayan con ellos. Mientras, ya tendré buen cuidado de que todo el que piense o escriba se mantenga bien apartado del Partido Socialista.

El gnomo, detrás de su mesa, agitó despectivamente una mano. Baruga se inclinó hacia él.

—Pero no se trata de eso. La cuestión es que no hay bastantes «derivativos». Sólo con ver esta ciudad destruida —y señalaba a la ventana— ya tiene usted un factor psicológico importante en contra nuestra. Por eso ha sido estupenda la idea de instalar el Gobierno en este barrio de Praga. Pero, por lo pronto, tenemos que enfrentarnos con todo el peso del pasado. Incluso nos matan gente.

El secretario general dijo sin levantar la vista:

—Entre la dosis de miedo necesaria y las concesiones momentáneas ha de haber un equilibrio.

Baruga enrojeció. ¡Qué manera de «atrincherarse», a pesar de ser partidario del «frente nacional», como era el secretario! Y delante de él, era un exceso de prudencia. Se le enronqueció la voz al decir:

—Comprenderá usted que en mi caso no se trata de retroceder ante nuestros enemigos políticos. La misión que debo cumplir es vigilar las condiciones psicológicas. Nuestros medios para formar la nueva conciencia social son casi ilimitados. Ése es el objetivo del terror. Por encima del precipicio, y perdone usted mi estilo periodístico, tenemos que tender los puentes en los sitios donde sea más cómodo para nosotros. El miedo obliga a esa gente a pasar por los puentes que les hemos preparado. Y si no ven salida, se irán a los bosques.

El secretario general, mirando por la ventana, preguntó:

—¿Se da usted buena cuenta de las necesidades de este momento? Le recuerdo que la guerra continúa.

Baruga pensó: «Otra vez la misma maniobra, se atrinchera atribuyéndome ideas fantásticas». Y dijo, como sin ganas:

—Los medios masivos son indispensables. Gracias a ellos creamos el miedo. Yo no soy más que un propagandista. Lo que me interesan son los puentes. Y eso es, por ahora, un asunto muy concreto.

El gnomo lo miró con fijeza.

—Desde luego, puedo equivocarme —prosiguió Baruga—. Pero me parece que soy fiel al programa establecido en estos últimos años. Hemos aprendido a no tomar a la ligera los nacionalismos. Ni la religión.

Temiendo haber asustado al otro (estos «puros» son una calamidad; siempre van atrasados; no conocen más instrumento que la izquierda) procuró tranquilizarlo:

—La posición del Politburó está clara. Pronto esta misma táctica se aplicará en todas partes. Estamos en un país difícil y hasta ahora hemos hecho muy poco.

El secretario general jugueteaba con su cenicero. Los preámbulos de Baruga eran casi siempre los mismos. El secretario se los sabía de memoria.

—Le propongo una cosa. Naturalmente, es preciso que todos se pongan de acuerdo. Plantearé la cuestión a los camaradas. Sería posible, si usted lo desea, lanzar un semanario que ayudase a descargar la atmósfera. El frente católico y nacionalista está descuidado. Hay que dar una salida a esos sentimientos y crear con esta gente un grupo controlado por nosotros. Me interesa mucho la opinión de usted. Si le parece bien, cuento con su apoyo.

—Concretamente, ¿de qué se trata? —preguntó el secretario general.

—No sé si está usted informado de ello. La Seguridad soviética nos ha hecho una propuesta. Creen que un pájaro que ha caído en sus manos podría sernos útil. Desde luego —y Baruga se encogió de hombros—, podríamos prescindir de él. Usted sabe quién es: Miguel Kamienski.

El secretario general dio un brinco, hundió las manos en los bolsillos y recorrió la habitación cojeando. A Baruga le recordaba este hombre un sastre que le hacía los trajes antes de la guerra.

—¿Ese ideólogo del fascismo y del antisemitismo? ¿Kamienski, que representa lo más negro de los reaccionarios de este país? Entonces, ¿para eso hemos detenido a tantos chicos estúpidos del Ejército del País, para luego soltar a Kamienski, que es el único peligroso? ¡Qué insensatez!

Baruga dijo con calma:

—Pero tiene un nombre, y eso cuenta mucho. Ha luchado contra los alemanes en la Ciudad Vieja. Nuestros amigos han visto que podía sernos útil. Si no, no habrían tenido ninguna consideración con él. Si lo utilizamos, atraerá a otros que le son afines.

El secretario volvió a sentarse y dijo con violencia:

—¡Para que haya otro más practicando el maquiavelismo en espera de que las cosas den la vuelta!

Baruga se rió entre dientes.

—No, no, perdone usted; he tenido yo la culpa por no explicarme bien. Verá, ya sabe que las imágenes son mi vicio: la mosca sólo se posa un instante en el alquitrán, pero el alquitrán no la soltará jamás. Al principio nos engañan, luego se engañan a ellos mismos, pero al final acaban todos perdiéndose en el doble juego. Es inevitable que se produzcan en ellos transformaciones psíquicas. Pero las fórmulas las tenemos nosotros en nuestras manos.

El secretario sonrió con amargura.

—¡Qué pueblo! Donde quiera que toquemos sólo hay fascistas, nacionalistas, beatos, y gente por el estilo. Envidio a los yugoslavos. Es una felicidad poder contar con millones de seres humanos fieles a la buena causa y a prueba de todas las dificultades. Nosotros, en cambio, tenemos que edificar con mierda.

Baruga pensó que aquel hombre se adaptaba con excesiva lentitud al poder. «Esta manera de clavarse en una actitud rígida y revolucionaria debe de tener una causa. Sin duda es que se identifica con sus propios *slogans* por falta de preparación intelectual».

El secretario dijo con gesto como de sentir un calambre:

—Evidentemente, reconozco la necesidad de una táctica de diversión. Sé que hace falta formar grupitos y aislarlos. Pero temo que esto sea un arma de dos filos. Me gustaría saber lo que opinan los demás camaradas.

Baruga estaba satisfecho. El secretario tendría que contar con él. Ya había conseguido bastante con hacerle sufrir tanto. Además, él, Baruga, contaba ya con el apoyo de personalidades más importantes que el secretario general. Sabía que tenía razón: la misma técnica sería aplicada antes o después en todos los países liberados.

Además, no habría hecho ninguna gestión sin hablar previamente con Tuchánov.

—Tenía que preguntarle a usted algo —dijo el secretario pasando las hojas de un block de notas que había sobre la mesa—. Ah, sí, esto es. Unos informes sobre una fábrica de papel situada en el territorio del Oeste, en Eichenberg. Hay que salvarla, y pronto. ¿Tiene usted alguien de confianza?

Quitarles la maquinaria a los rusos; menudo conflicto para un revolucionario puro. ¿Hasta dónde podría llevarle este juego? Respondió:

—Claro que sí. Gracias por la información. Encontraré a alguien en seguida y se lo enviaré a usted.

—Que sea del Partido, y un tipo enérgico. No quiero a uno de éstos que se asustan.

Mientras descendía pesadamente las escaleras, iba pensando Baruga en los asuntos que le quedaban por resolver aquel día. ¿Cuál podría ser la duración media de la vida humana en los tiempos pasados, por ejemplo, en la Edad Media? Seguramente no pasaría de cuarenta y tantos años. Una ridiculez. El hombre debía vivir de trescientos a cuatrocientos años. Pero es posible que la ciencia se halle todavía en mantillas en este momento en que se ha producido un corte radical entre la prehistoria y la historia consciente modelada por la razón. Quizá no conviniera una vida excesivamente larga por eso de que la vejez es estéril. Pero es improbable que lo sea.

Se detuvo para que el muchacho de la pelerina llegase hasta él.

—Acuérdate, la semilla de donde ha nacido el árbol es muy pequeña y nadie podría figurarse al árbol con sólo verla semilla. Recuerda el año 1945; le hablarás de él a tus nietos.

III

¡Qué tranquilidad cuando desaparece la necesidad de defenderse! Piotr cruzó las manos tras la cabeza y miró a su madre con los ojos entornados. Aquello era como una grieta en el transcurso del tiempo, algo así como cuando tenía la gripe, en su infancia. Ahora, la madre estaba sentada junto a la cama y removía el té que había puesto en la mesita. El instante del reencuentro había sido molesto para él. Los lloros, la desenfrenada sensiblería de la mujer le recordaban los tiempos en que se avergonzaba de ello; y, la verdad, de quien sentía vergüenza era de él mismo por hallar en la madre sus mismos rasgos físicos y, según creía, la misma exaltación suya. Piotr ignoraba si esa extraña sensación de vergüenza existía en las relaciones entre todos los padres y sus hijos. Es posible que siempre encuentren los hijos en sus padres la caricatura de ciertos detalles físicos y de carácter que éstos les han transmitido. O quizá fuera él, Piotr, el único que viera así a su madre. Pero ahora que había vuelto junto a ella, y que la veía allí nada más que existiendo a su lado, le invadía una sensación de felicidad retrospectiva. Era como volver a la infancia y a la seguridad del refugio familiar.

Las manos de la madre estaban cubiertas de nudosidades reumáticas. Tenía más salientes que antaño los huesos de sus pómulos, esos pómulos que Piotr había heredado de ella. Esta mujer envejecía mal. Su rostro siempre había parecido más joven de lo que correspondía a su edad, pero estaba perdiendo ya su elasticidad sin adquirir por ello un ritmo nuevo. Tenía muy remendado su negro vestido y no disponía de ningún otro; era el mismo que llevaba cuando llegó a Varsovia a pasar unos días y la sorprendió el levantamiento contra los alemanes. Se le movía la garganta como si tragase las palabras que no pronunciaba. Su único hijo vivía y podía verlo. Se contaron todo lo que les había sucedido en aquellos años. ¿No era un milagro que se hubieran vuelto a encontrar?

—Bebe, esto te sentará bien. He puesto unas frambuesas secas. Te habría dado unas aspirinas, pero no tengo. —Le tendió la taza—. La gente es mala. La doctora me ha lanzado ya unas indirectas muy molestas acerca de tu uniforme. Pero estoy segura de que tu padre no te lo habría censurado. Los tiempos no permiten escoger.

Piotr bebía y pensaba en la nostalgia, nunca apaciguada, de su existencia. De

su padre no le quedaba más que el recuerdo de un hombrón del que emanaba una fuerza radiante; era como un árbol inmenso y rugoso que le abrazaba con sus ramas. Había muerto en la guerra cuando Piotr tenía seis años. La Europa burguesa se defendía entonces contra la amenaza que adivinaba en la revolución rusa. No podía Europa acabar con el poder de los bolcheviques, pero, por lo menos, los había detenido en la batalla de Varsovia. Sin aquella victoria, la vida de Piotr habría sido muy diferente y ahora no lucharían en él tendencias opuestas. Sin embargo, ¿quién sabe? Tampoco habría conocido otras cosas, malas y buenas, pero que enriquecían su espíritu. Huérfano de padre, le había quedado una confusa nostalgia, unos llantos infantiles producidos por algo que le faltaba, algo demasiado irreal para poderlo definir. Piotr iba a una escuela donde se hablaba mucho de la civilización occidental, de los países que constituyen el *antemurale christianitatis*, donde el latín era considerado como una de las disciplinas principales, mientras que, en el estudio de idiomas extranjeros, se excluía el ruso. Habían pasado veinticuatro años desde que un *shrapnell* soviético había matado a su padre, que entonces tenía aproximadamente la misma edad que ahora contaba Piotr. Y la derrota actual parecía definitiva. El *antemurale christianitatis* se convertía en el *antemurale* de la nueva fe. Pero, a pesar de todo, el tiempo de su juventud había influido mucho en él. Desde luego, su padre no había experimentado los conflictos actuales aunque empezara a conocerlos. El trágico Pilsudski, revolucionario intrépido en su juventud, decía más tarde, cuando fue dictador, que había detenido un instante la rueda de la Historia.

—Piotr, hijo mío, dime en qué va a terminar todo esto. El pueblo los odia a muerte. Hemos rezado mucho por la Liberación y por fin la conseguimos. Pero ahora resulta que la Liberación no es más que una nueva ocupación. Van a convertirnos en otra de sus repúblicas.

Piotr dejó a un lado su taza, y tapándose con la manta hasta la barbilla, disfrutaba del calor que se expandía por todo su cuerpo. Pero al mismo tiempo que este calor, que la proximidad de su madre y la luz de la lámpara, persistía en él la imagen de lo que había más allá de los muros de la casa. Al atardecer, había salido un rato. Se había puesto una cazadora impermeable comprada en el barrio de Praga: era inútil lucir aquí el uniforme para exacerbar el odio de esta gente. El sendero que atravesaba el pueblo estaba solitario. Unos pinos que crecían oblicuos se recortaban en el fondo nublado del cielo. Un muchacho sentado en cuclillas jugaba con un auto de madera mientras hablaba consigo mismo en un murmullo ininteligible. Tenía un aspecto enclenque y sus rodillas estaban azuladas de frío. Llevaba un abrigo raído. Piotr se agachó a su lado y le preguntó dónde vivía. El niño, sin levantar la cabeza, le señaló con una mano una casita de ladrillos rojos en medio de la pelada arena:

«Vivo ahí con mamá». «¿No tienes papá?». «Papá tiene que esconderse. Viene algunas noches». Piotr acarició los cabellos rubios del chico. Luego prosiguió su camino con las manos en los bolsillos y la cabeza inclinada. Siempre tenía que oír lo mismo. Estos años les habían dado a todos, incluso a los niños, la idea de que lo natural era ocultarse. Por otra parte, este niño no se imaginaba que él pudiera representar un peligro. En efecto, Piotr tenía un aspecto parecido al padre del niño y hablaba el polaco como él.

—Créeme, hijo mío —le decía a Piotr su madre—, lo presiento: todo esto no puede acabar bien. Ahora ponen por todas partes banderas nacionales. Pero es un engaño para que nos callemos mientras se apoderan de todo lo nuestro. El abismo será cada día mayor. He tenido un sueño sobre esto.

Los sueños y los presentimientos de su madre preocupaban siempre a Piotr. Cuando tomaban el desayuno —antes de irse él a la escuela y ella a la oficina— solía contarle lo que había soñado. Quizá fueran supersticiones. Ella misma no tomaba en serio estas cosas, pero si en Piotr había una especie de instinto que lo salvaba en las ocasiones peligrosas, ese instinto no difería mucho, aunque fuese de otra calidad, de las creencias irracionales de su madre.

—Piotr, hijo, has pasado por todo eso y has vuelto. Pues bien, ahora te digo: vete otra vez. No te ocupes de mí. No debes empezar aquí una nueva vida. Yo no necesito nada; ya me las arreglaré. Huye, porque después será demasiado tarde.

Huir. Ésta había sido su ilusión en el vagón de ganado que lo llevaba a los Urales; todos los presos tenían la misma ilusión. Allá en el campo de concentración, examinaban una por una todas las posibilidades, pero no había nada que hacer. Luego, cuando llegó para ellos la amnistía, los detenidos rusos los envidiaban. El sueño dorado de los detenidos polacos había sido salir de Rusia a cualquier precio. Piotr quería haberse unido al Ejército de Londres. Ahora estaría en el Oriente Medio o en Italia. Pero lo habían soltado demasiado tarde, cuando el ejército estaba ya en Persia. Ahora, sólo pensaba en que el ejército suyo —al cual, por unas u otras razones, pertenecía— se dirigía hacia el Oeste. Aquí, en su país natal, observaba los mismos impulsos contradictorios que siempre habían luchado en su espíritu. Asco y cólera. ¿Iría a repetirse aquí todo lo de allá? Lo mejor sería huir lo antes posible a cualquier parte —por ejemplo, a Australia— y dedicarse a cualquier cosa. Lo importante era olvidar. Pero, al fin y al cabo, Polonia era su país, su patria. ¿Y si hay la menor esperanza de que pueda surgir algo nuevo? Habrá etapas y el esfuerzo de millones de hombres como él. ¿Es sensato dejarse llevar por impulsos que nacen siempre en los momentos caóticos de descomposición y revolución? ¿Está bien

hacer proyectos egoístas basándose en una suposición de lo que va a ocurrir dentro de cinco o de diez años? Los temores que su madre expresaba eran en realidad los mismos que sentía secretamente Piotr.

—No sé, mamá. Estamos en una situación transitoria. Habrá muchos cambios, pero las cosas no cambiarán de la manera que se figura la gente. Es inútil confiar en Occidente. Aquí tenemos que arreglárnoslas nosotros solos. Quizá consigamos crear una especie de socialismo... Tendremos que adaptarnos a nuestras condiciones, buenas o malas. No creas que les será tan fácil digerirnos. Tienen que contar con el hecho de que somos polacos.

La madre le sonrió compasivamente:

—No sé si te comprendo mal, Piotr, hijo mío. No soy inteligente, no entiendo tus filosofías; tú, en cambio, puedes convencerte de que lo que es igual no va a ser igual. No me negarás que, a pesar de todo, te encuentras mejor aquí que en Rusia. El hombre es de donde ha nacido y piensa como los suyos. Aquí, entre nosotros, en nuestras organizaciones clandestinas, leíamos las cartas que escribían los soldados alemanes del frente oriental a sus familias. Maldecían de nuestro país, que para ellos era el país de los asesinatos y de todas las atrocidades imaginables. Sentían una nostalgia grandísima por la *Gemütlichkeit* de las cortinillas y las flores de sus hogares. Pero fíjate, qué curioso: esos asesinatos y atrocidades de que hablaban en sus cartas los cometían ellos mismos y, sin embargo, estaban asqueados. Como te digo, hijo mío, todo depende del sitio en que se está.

La vieja procuraba expresarse con claridad y su mirada vagaba por las vigas del techo.

—¿Qué se le va hacer, mamá, si existe todo ese fango de la miseria humana, del reino de la fuerza, de las humillaciones? ¿Cómo vamos a evitar que los hombres no puedan cambiar el mundo sino después de haber tocado el fondo de lo más infame? Lo que había aquí antes de la guerra me parece ahora poco serio, un engaño, algo muy brillante, pero falso. No sé qué es peor, si aquello o esta filosofía férrea de los comunistas. Trato de fijar mis ideas, pero no lo consigo. Allí, en Rusia, han hecho una repugnante parodia de todos los ideales. Pero la realidad es que ahora tienen ante ellos, a su disposición, una gran parte de Europa. De todo esto tendrá que salir algo nuevo algún día.

Los labios de la madre se contrajeron con severidad.

—Lo que empieza con una mentira será siempre mentira. Tu padre se alegró cuando estalló en Rusia la revolución; le entusiasmó que acabaran con el zarismo. Tú sabes muy bien en qué ha acabado todo. Hablas así porque si hablaras de otra manera no habrías podido salir nunca de allí. Cuando alguien habla sinceramente sobre este asunto, dice lo mismo que yo.

Aunque fuese delante de su madre, no estaba Piotr dispuesto a revelar su extraña manera de pensar, que era como un mecanismo de complicado engranaje que funcionaba —eso creía él— de manera autónoma. Era como una fatalidad: ese mecanismo lo sentía Piotr como una cosa ajena a él mismo, sin conexión con el fondo de su persona, y al mismo tiempo tenía la extraña convicción de que no debía rebelarse contra el mecanismo. Su única esperanza era ser capaz algún día de desmontarlo para conocer detalladamente todos los elementos de que se componía. Era un fenómeno de desdoblamiento: por una parte, las palabras pronunciadas en público; por otro lado, el pensamiento lúcido que trabaja implacablemente juzgando esas palabras y llegando a la conclusión de que sólo son una parte de la verdad. Al fin y al cabo, esa esperanza de conocer la última razón de este desdoblamiento era una manera de ganar tiempo.

—No te esfuerces en ser una persona distinta de la que eres. Sí, eres el mismo de siempre, hijo mío —decía la madre arropándolo—. Los rezos de una madre pueden mucho. Ahora tienes que sudar y se te pasará el resfriado.

Piotr la oía moverse por la casa y prepararse la cama.

Procuró fijar en su mente las fórmulas que, como siempre, se le escapaban. La madre le preguntó:

—¿Apago?

—Buenas noches, mamá —respondió ya medio dormido.

IV

Aquí no había nada. Una inmensa extensión de escombros aplastados bajo la fría luz del día. Sobre esa capa se deslizaban las sombras desgarradas de las nubes. El viento levantaba pequeños torbellinos de polvo de los ladrillos por entre los hierbajos secos. El mismo viento que revolvió los cabellos negros de Bruno. Se sonó su enrojecida nariz y limpió luego cuidadosamente sus gafas.

—Ya ves —le dijo a Piotr—, esto lo han arrasado para que no quede ni una huella. Aquí estaba mi puesto, pero yo no estaba aquí: ni cuando se los llevaron ni cuando se defendieron en aquella rebelión desesperada. Y los que han sobrevivido, sobrevivieron como yo: a costa de la solidaridad deshecha.

Piotr callaba. No se había figurado así las ruinas del *ghetto*. Ésta era la más abominable de las desolaciones, el aplastamiento completo y sistemático.

—Allá, del lado ario, me moría de miedo cada día. Si me hubieran cogido me hubiese muerto de verdad, asqueado de mí mismo. Ni siquiera me quedaba el consuelo de haber aceptado el destino común. Estoy vivo. Y créeme, sé muy bien a qué atenerme. Ninguno de los que hoy viven podrá pagar la deuda que hemos contraído con ellos. No hay manera humana de pagarla.

Piotr lo cogió del brazo:

—Bruno, no tienes derecho a hablar así. Tienes un deber: precisamente el de pagar esa deuda.

Los ojos de Bruno brillaron tras sus gafas.

—Es preciso, Piotr, que comprendas bien lo que sucedió. Muy pocos lo comprenden, porque las grandes catástrofes no son claramente visibles para los que están demasiado cerca. Hace falta tiempo y perspectiva. Lo que ha sucedido aquí es muy sencillo: mi pueblo ya no existe.

Años antes, Bruno habría sido incapaz de pronunciar palabras semejantes. Nunca, ni hablando ni escribiendo, había aludido a su origen judío.

—Mi pueblo ya no existe: me refiero al pueblo de los judíos polacos. Tres millones. Todo lo que era promesa incumplida, la cadena de las generaciones que habían de nacer, los grandes sabios, artistas, escritores, todos los que hubieran podido ser y jamás serán. Todos los mejores. ¿Y quiénes se han salvado? Algunos de los que tenían dinero; otros que, como yo, se habían asimilado y éramos ya casi arios. Como te decía, lo que se ha salvado ha sido a costa de nuestra solidaridad.

Piotr le sacudió el brazo.

—¿Cómo puedes decir esas cosas, Bruno? Todos los que viven ahora aquí deben su vida a alguna cobardía. Yo también. Todos nosotros.

Bruno negó con la cabeza, y dijo:

—No; yo soy doblemente culpable. Antes de la guerra sólo escribía porquerías. Cuando escuchaba por las noches las botas claveteadas de los soldados pasando por la calle, comprendía que mis escritos sólo habían sido basura. Y me entraba la angustia de aprovechar todavía el tiempo, reparar el daño que pudiera haber hecho, crear algo que mereciese la pena, dejar alguna huella. Pero, a fuerza de querer vivir para tener tiempo, destruía el valor de cuanto pudiera haber hecho con ese tiempo. Pues si mis libros eran malos, es que en ellos fingía ser una persona distinta de la que soy.

—Ahora podrás escribir lo que desees y contarle al mundo tu verdad.

Caminaban por el borde de los montículos de escombros. A lo lejos vieron a dos hombres que cavaban con tesón.

—Buscan oro. O quizás estén buscando a sus muertos, los de su rebelión. Dices que le cuente al mundo... Mira: allí estaba la calle Nalewki. Eso es lo que yo debería haber descrito antes. Su vida cotidiana, sus miserables habitantes que se alimentaban sólo de arenques para poderles dar una instrucción a sus hijos; ése debía haber sido el tema de mis libros: la tragedia eterna de mi pueblo.

—Eres un testigo.

—Sí, como Flavio Josefo después de la destrucción de Jerusalén. Muy bien, pero ¿quién se atrevería a abordar esta tragedia partiendo de aquí? Comprenderás que estoy demasiado cerca; aquí me sería imposible pensar. No me dejarán salir. Además, no quiero exiliarme. La lengua polaca es mi patria. Nunca podría escribir en otro idioma.

Un gran edificio se erguía, solitario, como una fortaleza por encima de las oleadas de destrucción.

Bruno señaló con un dedo.

—Mira, la prisión está en pie. Era necesaria. Siempre hace falta la prisión. ¿Recuerdas a Tadeo? Cuando le detuvieron demostró ser un valiente. Dio clases en la cárcel. Y ¿sabes de qué? De mitología griega. Y cuando los alemanes se lo llevaron para fusilarlo, tuvo que interrumpir lo que estaba contando sobre Minos o sobre Andrómeda. Lo fusilaron en las ruinas del *ghetto*. Siempre había sido un defensor de los judíos.

Tadeo: pequeño, con la nariz como un pico de pato, un mechón de cabellos negros sobre la frente, y poeta satírico. Ése era el que había ido a consultar a la vidente y ésta había confundido las líneas de su mano, puesto que el treinta de mayo no encontró el amor sino la muerte.

—¿Y a mí qué me queda? —prosiguió Bruno—. ¿Qué puedo hacer como no sea vegetar mientras me dejen? Los que salieron bien librados fue porque se habían puesto otros nombres, nombres eslavos. El caso es borrar las diferencias. Y llevan escondida su vergüenza. Se habían ocultado a ellos mismos, con mil subterfugios, sus deseos de vivir. Para seguir viviendo tienen que dejar de ser judíos. Los que continúan siéndolo abiertamente, tendrán que emigrar.

Piotr, mirando a Bruno, se sentía culpable. Era una maldición. El hombre es un juguete de las fuerzas sociales. Y él mismo no era más que un juguete. Antes de la guerra —lo olvidaba ya— había el antisemitismo, los atentados contra las tiendas judías y los más diversos ataques contra ellos. ¿Hizo él algo para evitarlo dentro de sus posibilidades? ¿Había acaso manifestado con suficiente claridad su oposición a aquellas brutalidades? No. Y sin embargo no era un malvado ni tenía nada contra los judíos. Por lo menos, eso creía él. ¿Cómo podía, pues, poner en duda las enseñanzas de una filosofía según la cual el medio ambiente ejerce una influencia misteriosa que, imperceptiblemente, descompone al ser humano?

—Quizá valga más que los sobrevivientes sean como Julián Halpern —dijo Piotr.

Bruno se balanceaba al caminar.

—¿Mejor? Quizá. La cuestión judía era un episodio en la lucha contra el fascismo. Se podrá decir que éstos —e hizo un gesto circular con el brazo— han sido

las víctimas del fascismo o que han muerto combatiendo. Pero no es toda la verdad. Llegará el momento en que si alguien desea resucitarlos, despertará irritación y cólera. Si continúan existiendo vivos gracias al recuerdo, si se les revive en toda su verdad, se considerará esto como nacionalismo judío y se condenará. Dirán que es una desviación. Pero yo voy a intentarlo.

Piotr encendió un cigarrillo protegiendo la llamita con sus manos.

—Para mí, la inmensidad de todo esto me resulta demasiado difícil de digerir, así de pronto.

—Has cambiado —le dijo Bruno sonriendo—. Todos hemos cambiado. Pero, como te conozco, sé que sufrirás. Aquí en Polonia no hay nadie que no esté asqueado de sí mismo. Deberías marcharte. Por lo menos por algún tiempo.

¿Es que había algo contagioso en aquel ambiente? ¿Acaso es esto lo que acompaña siempre el avance de la fuerza oriental, este pánico colectivo al cual se someten los individuos en virtud del principio de ósmosis social y que las palabras de Bruno despertaban ahora en Piotr?

—Sabes muy bien, Bruno, que el mundo de fuera ha dejado de ser para nosotros una realidad.

—Sí, pero los Alpes, por ejemplo, existen —y Bruno miraba las nubes que pasaban por encima del desierto del *ghetto* como si viera pasar una procesión de montañas—. Yo vivía entre cuatro paredes torturándome con mis pensamientos. Salía muy pocas veces, porque mi aspecto me delataba. Y pensar ahora en los lagos transparentes, en las libres alturas, en la inmensidad de la tierra...

Desde hacía mucho tiempo, Piotr llevaba en sí una palabra clavada: olvidar. Olvidar la podredumbre de la carne, todo lo que había visto allá en el Éste; luego, Varsovia, el *ghetto*... pero ¿acaso existe el olvido? En Rusia, por encima de las palabrotas de los carceleros, por encima de las alambradas, por encima de los miserables que se peleaban por un hueso o un pedazo de pan duro como una piedra, se elevaban en la brillantez de las mañanas o en los suaves crepúsculos las cumbres de los Urales, puras, azules y rosas. ¿La inmensidad de la tierra?

—Podrías arreglarlo —dijo Bruno—. Están buscando un agente para trabajar en el extranjero y no tienen a nadie. Todos sus intelectuales, los miembros de su famosa *intelligentsia*, son inutilizables. Procura hablar con Baruga.

En lo alto, un avión brillaba al sol dirigiéndose al Oeste. Bruno lo miraba con la cabeza hacia atrás y su figura se recortaba oscura y escuálida sobre el deprimente fondo del desierto de ruinas.

—Berlín cae —dijo como si estuviera leyendo la noticia en el cielo—. Es la Historia. Pero ¿quién puede decir si el curso de la Historia futura no cambiaría si pudieran nacer unos hombres que no han nacido y que jamás podrán nacer?

V

Procedente de los bosques, a lo largo de la carretera, se oía el mugir lamentable de las vacas. No pertenecían a nadie y se paseaban desorientadas con las ubres llenas de leche. Llamaban a los hombres. Pero no había nadie. Las casitas blancas de los granjeros alemanes estaban vacías. Las tropas marchaban hacia el Oeste. La infantería soviética avanzaba bajo la fina lluvia penetrante. Unos soldados, envueltos en las mantas, dormitaban en los arzones de los cañones y otros se apretaban unos contra otros en camiones norteamericanos. Miraban con indiferencia a la masa que avanzaba en sentido contrario. Eran largas filas de carros donde se amontonaban camas, colchones, aparatos de radio, cubos, máquinas de coser, y, donde podían, iban sentadas las mujeres arropadas en sus mantones. Por lo general, llevaba las riendas algún viejo de grandes bigotes. Deportados para trabajar en Alemania, recorrían ahora hacia el Este mil, dos mil, tres mil kilómetros, dirigiéndose a las orillas del Don o del Volga, llevándose todo lo que podían transportar. Les faltaban semanas, meses de viaje.

Avanzaban, cansados, con exasperante lentitud, interminables rebaños. Campesinos rusos empujaban el ganado; sobre los hombros llevaban una pelerina militar. Algunos de ellos sumaban a su rebaño las vacas abandonadas que se asomaban al borde de la carretera.

Los soldados que iban hacia el Oeste les decían de vez en cuando a los otros (los de las columnas que regresaban con camiones cargados de botín) que los envidiaban. Traían tubos de metal, pedazos de caldera, rollos de cable, dínamos, herramientas de todas clases, todo lo que habían podido sacar de las fábricas que no habían sido totalmente destruidas; y mezclados con este arsenal, los muebles y objetos caseros que habían robado en las casas alemanas.

Los peatones iban en pequeños grupos. Llevaban el traje rayado de los presidiarios, viejos uniformes en harapos, de los ejércitos más diversos, trajes de paisano demasiado grandes o demasiado estrechos. Rodeaban los carros atiborrados de maletas y líos. En algunos de ellos, izadas al extremo de largos palos, colgaban, impregnadas de agua y toscamente cosidas, banderas francesas, húngaras, italianas... Judíos que parecían fantasmas avanzaban cojeando con sus suelas de madera o sus rotas alpargatas. Sus cabezas peladas al rape, afiladas, sobre

cuellos muy delgados, iban en su mayoría destocadas. Insensibles a la lluvia, los judíos se alejaban lo más posible de los lugares de tortura de los cuales les había liberado de pronto el hundimiento del frente. En la multitud de peatones no había mujeres. No se atrevían a ir por la carretera.

Los prisioneros de guerra polacos permanecían juntos y procuraban conservar un cierto aire de orden y disciplina que los tranquilizaba un poco. La mayoría llevaba uniformes anteriores a la guerra, remendados y con parches innumerables. Eran los que habían estado cautivos desde 1939. Los soldados del Ejército del País, a los que podía reconocerse por sus abrigos de paisano, habían sido apresados en Varsovia al terminar el levantamiento. Los habían llevado a los campos de prisioneros esparcidos por el Reich; y gran parte de ellos se encontraban en el territorio de Alemania oriental, conquistada ahora por los rusos. Estos prisioneros recientes caminaban con aire sombrío y cada uno de ellos tenía la sensación de que sus pensamientos giraban en un círculo sin salida. Ante ellos tenían su país y la esperanza de ver a sus familias. Pero, al mismo tiempo, al cruzarse con las interminables columnas de tropas soviéticas, tenían la sensación de hundirse cada vez más en el territorio donde el dueño del ejército va a ejercer un omnímodo poder. No querían pensar en lo que les esperaba. Ya tenían noticia de las detenciones de los que habían luchado en el Ejército del País. Mientras estaban en el frente podían haber huido. Pero todo había ocurrido con demasiada rapidez. No sabían si los camaradas suyos, que se habían marchado hacia el Oeste aprovechándose de la confusión de los últimos días, habían logrado o no unirse a los norteamericanos.

Stefan Cisowski, llamado Foca, tenía los pies ensangrentados. Aquello había empezado por un agujero en el calcetín y un zapato en el que bailaba el pie. Luego el dolor fue extendiéndose hasta invadirle toda la conciencia; y a cada kilómetro se convertía aquello en un terrible problema para la voluntad. Para Foca, este problema lo tapaba todo; la necesidad de andar le volvía indiferente, por primera vez desde hacía varios meses, a las conversaciones. Éstas giraban siempre sobre el incierto porvenir. Pero ya el temor a que los individuos que hoy escuchaban pudieran ser mañana unos enemigos, cortaba pronto la charla. También hablaban de las esposas y las madres, de impaciencia y esperas. Él, Foca, no esperaba nada. Toda esperanza le parecía en contradicción con el mismo principio de este universo que persigue con su venganza los deseos de los hombres. Cuando era pequeño, solía pararse frente al escaparate de una confitería y, con la nariz aplastada contra el cristal, imaginaba con todas las fuerzas de su alma el sabor de los inaccesibles pasteles. No se atrevía a pedirle a su padre dinero para comprarlos. Éste le habría lanzado un sermón sobre cómo debe comportarse el hijo de un conductor de

tranvía —un proletario— y le habría explicado que el dinero era necesario para educar a sus hermanitos. Luego, cuando ya Foca se ganaba la vida, y cuando, durante los años de guerra, estudiaba en la Universidad clandestina, habría podido comprar una buena cantidad de pasteles. Pero todo llegaba demasiado tarde en esta vida, todo llegaba cuando había perdido su valor y su sabor. Ahora se acababa la guerra, y nada había ante él. ¿Vivirían aún su hermano y su hermana? Al principio de la guerra los habían llevado a cierto lugar de la zona rusa. Era imposible saber si estarían en Rusia, o en Inglaterra, o quizá en el Oriente Medio.

Varsovia no existía, y tampoco existía Catalina. Sin embargo, Foca había creído que la encontraría, aunque esta esperanza fuera en contra del implacable principio del Universo. Había intentado encontrarla porque suponía que el destino adverso sólo podía afectarle a él. Se la figuraba esperándole, inmutable. En el fondo, esto no era más que un truco para evitarse un tormento. Cuando salió de las alcantarillas, en los días del levantamiento contra los alemanes, sus esperanzas parecieron confirmarse. Tendido en la acera, ya en el centro de la ciudad, vivió unos instantes de deslumbramiento ante la vida normal —aparente— de Varsovia. Había árboles verdes, muchachas que se paseaban del brazo con soldados del Ejército del País, y sonaban en la calle canciones y comunicados que daban las radios. Le pareció salir de una noche de pesadillas en la que no volvería a caer. Joanna, Bertrand, Gdula, se iban borrando de su mente, como fantasmas de un mal sueño. La vida radiante de la ciudad creaba un curioso fenómeno de espejismo. Pero cuando se acercó a la casa donde vivía el matrimonio con la madre de ella, sintió Foca un escalofrío. El corazón le latía tan fuerte que hubo de sentarse en el descansillo del primer piso. Cuando vio el gesto de su suegra, que salió a abrirle, lo comprendió todo.

El Centro se convirtió durante algunas semanas en algo muy parecido a la Ciudad Vieja. Las ciudades humanas son poco duraderas. Ninguna de las cosas a que podemos aferrarnos aquí abajo puede ser duradera. Foca luchó en las calles con valentía, según dijeron. Y para que todo siguiera siendo un contrasentido, este hombre, que nada tenía que esperar en este mundo, no murió. En el campo de prisioneros pudo torturarse a su gusto. Para que su sentimiento de culpabilidad fuese completo, Foca unía la muerte de su esposa a la noche que había pasado con Joanna. Le asombraba haber sido capaz de no pensar en ello y creía que su traición atraía sobre él un castigo del destino. Confrontaba las fechas. No. Catalina había muerto cuando transportaba heridos la víspera del día en que había ocurrido lo suyo con Joanna. Pero quizás hubiera que tener en cuenta la intención, ya que él estuvo dispuesto a romper su fidelidad. Pero lo curioso es que en aquellos momentos no había sentido Foca que estuviera haciendo nada malo y no se le había

manifestado ningún remordimiento, ni siquiera en su carne. Había traicionado a Catalina; y había traicionado también a Joanna dejándola salir, pero ¿podía él impedirle que saliera? Y había traicionado a Gdula abandonándolo en manos del enemigo, que lo remataría. En el campo de concentración todos se apartaban de él. Su comportamiento no difería apenas del de ellos: se lanzaban, como pedradas, palabras llenas de amargura y de dolor, disputaban y se devoraban unos a otros. Él solía callarse, pero si decía algo eran sarcasmos furiosos y que siempre daban en el blanco. Una vez dijo algo sobre Polonia y el levantamiento, y el que estaba a su lado le dio un puñetazo en la cara. De aquello se hizo una cuestión de honor que nunca llegó a resolver el tribunal de camaradas encargado del asunto.

La carretera cruzaba una región de colinas, de lagos y de grandes bloques rocosos. Al anochecer, entraban por caminos vecinales, por atajos. Pasaban la noche en granjas abandonadas. De vez en cuando encontraban familias aterradas que se apresuraban a demostrarles que no les quedaba nada porque todo se lo habían robado. Las muchachas, cansadas, indiferentes, embrutecidas, estaban dispuestas a acostarse a una señal que se les hiciera. Esta súbita humildad de los alemanes —*Herrenvolk*— podía haberles proporcionado una satisfacción como desquite. Pero la verdad es que no les dejaba ningún sabor a victoria. Abusar de aquella gente no les producía, ni mucho menos, la sensación que habían imaginado en el cautiverio. Se despertaba en ellos algo muy parecido a la compasión, aunque ninguno habría querido reconocerlo. Asaban carne de vaca al aire libre y por la noche dejaban centinelas armados de garrotes a falta de armas. En cuanto se acercaban a los pueblos, sentían el olor a quemado. El centro, indefectiblemente, estaba arrasado por el fuego. Cerca de los muros rojos de una catedral gótica, en todo el contorno de la plaza del mercado, no quedaban más que los esqueletos de casas con los antiguos metales retorcidos por el incendio. Se preguntaban por qué era lo mismo por todas partes. Algunos de ellos creían que esta destrucción obedecía a un plan sistemático. Otros pensaban que los alemanes se defendían siempre en el centro de las ciudades.

Se acercaban a la antigua frontera de Polonia. Los habitantes a quienes encontraban hablaban las dos lenguas. Entre los prisioneros, los que se dirigían a las mismas ciudades o a la misma región, se iban agrupando. Luego, insensiblemente, se desgajaban de la masa y se mezclaban con otras riadas humanas que avanzaban en la dirección que a ellos les convenía. Se decía que ya circulaban trenes sobre los que se podía encontrar un sitio al precio de una botella de vodka. Foca se apoyaba sobre su bastón de nogal, que cedía bajo su peso. Le obsesionaban sus propios pies enfermos y toda su ilusión era que le estallaran las ampollas.

VI

Julián Halpern, acodado al alféizar de la ventana, veía una calle recta y sin color. Era estupendo haber obtenido un piso alemán intacto requisado en esta ciudad de Lodz. Era lo que todo el mundo buscaba en aquellos momentos. Lodz y Varsovia, distantes sólo ciento cincuenta kilómetros, eran los dos focos de actividad de los que más valía no alejarse. Dormir en una cama propia y estar en un piso normal después de tantos años producía una magnífica sensación. En los armarios encontró pijamas y trajes, e incluso un uniforme de las S. A. Habían huido empujados por el pánico.

Abajo, por la acera, llegaba Wolin. Era puntual. Julián apagó la radio y fue a abrirle. Marchar por la alfombra esponjosa le producía un placer infantil. Aún no se había acostumbrado. También le encantaban las zapatillas que una *frau* alemana —*Kirche, Küche, Kinder*— había bordado para su esposo. Wolin colgó su abrigo caqui en el vestíbulo y miró en torno.

—Bien; todo está en su sitio. Es la quintaesencia del asqueroso gusto alemán. Ah, y no falta la belleza de la Naturaleza —añadió tocando un cuadro que representaba una puesta de sol.

—He quitado el retrato del Führer —dijo riendo Julián—. Voy a hacerte café.

—Lo había olvidado. He traído una cosa. —Wolin volvió al vestíbulo—. Ve haciendo el café.

Cuando Julián terminó, encontró al otro sentado en un sillón con un gran álbum abierto sobre las rodillas.

—Los trastornos de las guerras y revoluciones son muy útiles. Las cosas cambian de propietario. Aquí, en Lodz, se puede encontrar ya todo lo que se quiera. Ahora empieza la gran afluencia de Berlín. Llega de todo. Se dirá lo que se quiera, pero estos alemanes hacían unas reproducciones magníficas. Mira.

Y le enseñaba a Julián una página con un dibujo de Durero.

—Fíjate en este rostro de campesina. ¡Qué vida, qué realismo! Ninguna tendencia a lo «bonito». Y aquí —dijo pasando suavemente un dedo por el grabado—, ¡qué consistencia de la carne!

Julián le sirvió el café y coñac.

—Baruga afirma que dentro de unos años sus imprentas producirán las mejores ediciones de arte de esta parte de Europa. Ya está preparando un álbum de ese Korpanov.

Wolin se llevó la taza a los labios.

—Ah, sí, Baruga. Hombres así son los que nos hacen falta hoy.

—¿Por qué lo dices con ese tono? —Julián no quería comprometerse demasiado—. Al fin y al cabo tiene energía.

—El talento de un jefe de guerrilleros sólo es útil en plena guerra. Su individualismo lo perderá. —Wolin hablaba con sequedad y dureza—. Tiene demasiado interés en saber y adivinar cuál será la línea del Partido en cada momento.

—Es que hoy todo es improvisación. En realidad, ¿hay muchos que sean distintos a él? A fin de cuentas, sólo somos unos cuantos.

—Reconocer que alguien es necesario no nos obliga a olvidar el futuro. Baruga es de estilo antiguo. La megalomanía caballerisca.

—¿Cuál es su verdadero nombre? —preguntó Julián.

—Stein. Es hijo de un comerciante en maderas. Quizás haya que buscar en eso el origen de sus modales de oficial autoritario. Es como una compensación y no se librará nunca de ello. Al revés, cada día será peor. Este coñac no es malo del todo.

—Los soldados dan lo que sea a cambio de vodka. Ese coñac me lo dejaron por dos botellas.

—El comercio. Millones de personas se han metido ahora en el comercio. Será la última llamarada de esa maldita pasión. —Wolin formaba las palabras frunciendo los labios—. Sólo quieren ganar. Confiemos en que todo cambiará. Aunque también pudiera ocurrir que volvieran a disfrutar de su cómoda vida de

antaño: su libertad, sus tiendas, sus inversiones de capital, y sus blandos cojines... Tendremos que vigilarlos para que el cambio se realice de verdad. ¿Sabes lo que está montando ahora Baruga?

Julián no lo sabía.

—Una música sobre el teclado nacionalista y católico. Y resulta que tiene razón, porque esa táctica puede sernos útil. Ahora todo su interés está en captarse al jefe ideológico de la reacción, Miguel Kamienski. Los rusos lo tienen preso.

Julián lanzó un silbido burlón.

—¿Lo conocías? —Wolin lo miró con interés.

—Naturalmente. Ya sabes que los fascistas polacos son una raza aparte: sublimes, puros, con la vista siempre en el cielo. Eso del asqueroso trabajo no les concierne. Procuran que lo hagan los demás sin que ellos lo vean. He discutido de filosofía con Kamienski. Durante la ocupación me ofreció incluso ocultarme. Ya sabes, por lo de la caridad cristiana. Pero esta caridad no afectaba a lo que hacían sus hombres.

—¿Qué carácter tiene?

—Una gran fuerza de voluntad y capacidad táctica. Ha leído mucho. Es un *anima naturaliter endeciana*^[1]. Sólo piensa por categorías cerradas. No comprende la fluctuación de la realidad. Sus creencias e ideas le llevan a ser infiel consigo mismo, pero no es cínico. Desde luego, para sostener su movimiento político, aceptaba dinero de los industriales.

—Si creamos ese grupo —dijo pensativo Wolin— tendremos que prever los medios de que se van a servir. Antes de la guerra, como se sentían fuertes, despreciaban a los católicos franceses. Se apoyaban en ocasiones en Tomás de Aquino, pero Maritain era ya para ellos un judeocomunista. Ahora, en cambio, se embarcarán en el humanitarismo y personalismo católicos.

—No creo que conquisten a nuestros católicos progresistas. Unos evolucionan rápidamente hacia el marxismo y los demás son irreconciliables con nosotros.

—¡Qué quieres! —dijo Wolin, acariciándose una mejilla—, la Iglesia es una fuerza. Pero ésa no es la cuestión. Hay que darles un poco de sostén ideológico a

esas minorías y calmar las conciencias. Y quién sabe si no lograremos hacernos un pequeño sitio en el Vaticano. Lo único que necesitamos es tiempo. Después de todo, jugar con gente como ese Miguel es más cómodo que tratar con los socialistas.

—Nunca acabaremos con todas estas historias. En fin, que el diablo se los lleve a todos. —Julián cruzó las manos detrás de su cabeza y estiró las piernas—. Lo que cuenta es la juventud. Los mejores vendrán con nosotros, y rápidamente, porque se hartarán de la imbecilidad de los enemigos. Éstos, intelectual-mente, están desarmados. No tienen nada que ofrecer.

—¿Qué me cuentas de la Universidad? —preguntó Wolin.

—Un caos. Siempre estamos empezando de nuevo. Desde luego, estoy preparado para soportar durante muchos años a los que van adaptándose. Verdaderos marxistas, no sé si podríamos reunir tres entre todo el profesorado del país. E incluso estos tres serán marxistas como yo, de la última hornada.

—Tienes que seguir trabajando en ese libro sobre la dialéctica.

—Trabajo en él. Ahora estoy en buenas condiciones para hacerlo.

—Con los socialistas tendremos que fastidiarnos mucho —dijo de repente Wolin—. Parece que es necesario contar con ellos, pero no olvidemos que es una enfermedad contagiosa. Y por culpa del socialismo caerá más de una cabeza en el Partido. Lo presiento. ¿Recuerdas lo que te pregunté?

—¡Ah! —recordó Julián—. Las novelas policíacas. Sí, sí, pero todavía no he podido encontrar ninguna.

A Wolin le encantaban las novelas policíacas. Decía que nada le producía tanto reposo en los tiempos revueltos. Las buscaba con pasión en cualquier lengua que él pudiera entender.

—También estoy buscando las obras de Labiche. Es un autor delicioso. Me han dicho que van a representar *El sombrero de paja de Italia*.

Julián quería llenarle otra vez el vaso de coñac, pero Wolin lo cubrió con la mano.

—No, no abusemos. Creo que eres amigo de Piotr Kwinto. ¿Qué nombre es Kwinto? ¿Quizás un apodo?

—No. —Julián estaba un poco fastidiado porque no sabía por qué le preguntaba Wolin aquello—. Es un nombre italiano, Quinto. Ya sabes que se establecieron aquí unos arquitectos y cortesanos de Italia. De ahí viene ese apellido. Piotr es un buen muchacho. Nunca le ha preocupado el dinero. Siempre es mejor un origen feudal que la tara de una herencia pequeño-burguesa.

Wolin cerraba los ojos. Origen feudal. De él decían que era de una familia proletaria, pero, en verdad, su infancia había transcurrido en una grandísima casa blanca que se elevaba en un parque junto a un lago. Sus institutrices francesas le prohibían jugar con el agua cuando paseaba por la orilla del lago por estrechos senderos cubiertos de grava. Después aprendió a escaparse, subía a la canoa y desaparecía un día entero. Ya entonces le pesaba lo ridículo de su ambiente social. La verdadera vida estaba entre los chicos del pueblo. Y aún sintió más intensamente ese ridículo cuando empezaron a enviarlo por las mañanas en landó al liceo de la pequeña ciudad situada a seis kilómetros. A los quince años se escapó de casa. Luego, la miseria, el duro trabajo físico, temporadas en la cárcel y la evolución de su conciencia. En la cárcel se había formado mucho. Conoció Francia, España y Rusia.

—Los que han estado con nosotros han tenido mucha suerte —dijo—. Al otro lado sólo se oye rechinar de dientes y cada año, cada mes que pasa están más desolados. Al perder, no comprenderán ni siquiera lo que les ocurre. Es una tragedia física. Tendrías que escribir el análisis del reaccionario que pierde. Es muy curioso. ¿Sobre qué escribía ese Kwinto antes de la guerra?

Julián pensó antes de responder. Wolin tenía que conocer de sobra la historia de Piotr.

—Sobre Paul Valéry. Ya sabes en qué acaban esas cosas. Este muchacho, en realidad, estaba como los demás de nuestro ambiente: suspendido en el vacío.

—Los artículos que escribe ahora no están del todo mal. De todos modos, nadie se atrevería a ocuparse en estos momentos de Paul Valéry desde el punto de vista marxista. Estoy seguro de que Kwinto tendrá conflictos de conciencia.

—Es lo normal. El proceso de adaptación siempre es lento.

—Sí. —Wolin pensaba en una tendencia que le había notado a Julián: la tendencia a suprimir las dificultades que podían perjudicar a sus ambiciones. La ideología exige que cada uno obtenga lo que merece; para ello se hace la revolución. Y Julián había creído siempre que la cátedra que ahora ocupaba la disfrutaba por

derecho propio. Luego dijo—: Sí, naturalmente. Lo que me divierte de esta ciudad son sus mujeres. Aquí en Lodz cada patio tiene sus preciosas ridículas. Les encanta servirse de las palabras nuevas que oyen por ahí, aunque no conozcan su verdadero significado. ¿Ves a Mania, la pelirroja?

Wolin se reía porque Julián estaba imitando la entrada de Mania en una asamblea política. La especialidad de Julián era la pantomima.

VII

El impresor Martyniak estaba sentado en el estribo de su viejo Ford. La carretera estaba desierta y sólo de tarde en tarde pasaba algún camión soviético. El chófer, Karwowski, hurgaba en el motor con toda calma y en silencio. La cosa no presentaba buen aspecto. Si tenían ya avería a cincuenta kilómetros de Varsovia, por lo viejo que era el coche, ¿qué sucedería más lejos? Martyniak estaba de mal humor. Había pasado la noche en el barrio de Praga para salir por la mañana temprano y lo habían devorado las chinches. Las había por todas partes a millares, como si hubieran salido en brigadas disciplinadas de las casas en llamas para concentrarse todas en la parte de la ciudad que la guerra había respetado. Además, como era muy raro que a él se le olvidase algo, aumentaba su mal humor al haberse dejado en Varsovia el carnet del Partido. Sus demás papeles, entre ellos las cartas de crédito redactadas en polaco y ruso, los llevaba encima. Miraba los campos de trigo verde y bostezaba. Se abatía sobre la tierra la bruma de la mañana. Hacía frío.

¡Qué rápidamente cambia todo! Borkowski estaba preso. Martyniak se había enterado de su detención unos días antes. Él, en cambio, era subdirector de una fábrica. Le habían dicho de un modo tajante: «Si logra usted salvar la fábrica de papel, e impedir que se lleven las máquinas; si consigue usted hacerla funcionar, estupendo. Si fracasa... ¡qué le vamos a hacer!». Pero tenía alguna probabilidad de lograrlo. Estos comunistas no eran tan malos como decían. Por lo menos sabía uno a qué atenerse: haga esto, haga lo otro, un trabajo concreto. Estaba agradecido a Teófilo, que lo había animado a entrar en el Partido. «Ahora, muchacho, el que no esté en el Partido tendrá que fastidiarse —le había dicho Teófilo—. Los listos se afiliarán cuanto antes mejor. Los idiotas se irán con los socialistas. Está muy claro que aquí triunfará el comunismo, mientras los socialistas siguen diciendo cosas irrealizables. Y a nosotros los obreros qué más nos da. Todo iba mal; ahora no puede ir peor que antes. Lo único que puede pasarnos es que mejoremos». Y concretaba la situación de este modo: «Estos rusos son unos cochinos; unos bárbaros; no saben más que fastidiarlo todo, robar y destruir. Pero están aviados si creen que se van a quedar con lo nuestro. Las fábricas son nuestras; los ferrocarriles, nuestros también. Y así todo. Cuando seamos muchos los polacos comunistas, seremos nosotros quienes impondremos las condiciones en nuestro país y no los comunistas rusos. A mí vuestro secretario del Partido me parece sin duda un buen muchacho. Habla bien».

Martyniak leía los discursos del secretario y encontraba en ellos las respuestas a las preguntas que le torturaban en los años de guerra. Y no sólo en aquellos años, sino antes. Sin embargo, por entonces no le atraían los comunistas. Los de Polonia no hacían más que gritar y lo único que resultaba claro es que defendían a Rusia y no a Polonia. Ahora, la cosa era muy distinta. Y le agradaba el secretario que le había firmado las credenciales que él llevaba en este viaje, le agradaba. Antes no se veía esto de que un alto funcionario fuera un hombre cualquiera que no se diera importancia con los subalternos. En cambio, Baruga era más a la antigua. Pero de todos modos, no era un idiota como Borkowski y otros por el estilo.

Había discutido mucho tiempo con Teófilo para saber si había que decir en el cuestionario de inscripción todo lo que había hecho en la ocupación. Mal asunto. Toda aquella conspiración en que él había tomado parte dependía de Londres y el boletín que ellos redactaban se llamaba *Boletín de la Coalición de los Partidos*. Teófilo era partidario de no ocultar nada: «Supón que no dices nada. De todos modos acabarán por descubrirlo. En cambio, si dices francamente: “Yo no era nadie, sólo un tipógrafo; obedecía órdenes y como la lucha era contra los alemanes, obedecía y hacía lo que podía”. No se le va a pedir a uno que sea un santo. Cada uno formaba parte de algún grupo. Comprenderás que si se empeñan en encontrar gente intachable no encontrarán ni uno solo». Y Martyniak había seguido estos consejos de Teófilo, con lo cual salió bien librado. De todos modos era desagradable que lo supieran. ¿Quién sabe si algún día empezarían a pincharle con aquello? Tenía gracia haber vivido con un miedo espantoso ocultándose a cada instante de la Gestapo para luego tener miedo de que lo sepan éstos de ahora.

Repko abrió la portezuela y sacó la cabeza.

—Bueno, ¿cómo va eso?

Karwowski le miró por encima del capot levantado. Se echó atrás la gorra y se limpió el sudor de la frente con la mano.

—¡Qué cacharro! Estoy haciendo todo lo que puedo. Es preciso que marche como sea.

Repko se apeó del coche y estiró las piernas. Su rostro redondo de nariz chata revelaba mucho sueño. Llevaba una cazadora de cuero que le había comprado a un aviador. Era un chaquetón sólido y de buen aspecto. Martyniak lo admiraba. El abrigo que él había logrado no era lo bastante caliente para el tiempo que hacía.

Repko era un camarada del Partido. Se habían visto mucho aquellos últimos meses y se hicieron amigos. Antes de la guerra, trabajaba Repko en una fábrica de cuchillas de afeitar.

—¿Dónde está el ingeniero? —preguntó Repko.

—Ha ido al pueblo a hacer unas compras. Dice que si no llevamos víveres lo pasaremos mal.

—Eso ya lo veremos; para mí lo más importante es que tengo ahora hambre.

Sacó un envoltorio de papel de periódico. Con su navaja partió en tres pedazos la salchicha. Comieron los tres, sentados en el borde de la zanja.

Karwowski, con un chasquido de sus labios, expresaba su satisfacción:

—¡Qué pan tan bueno!

—Lo hace mi mujer —dijo Repko halagado.

—Los soldados soviéticos dicen: «Polonia empieza donde comienzan el pan blanco y el salchichón» —sentenció Karwowski con la boca llena.

Un camión militar pasó junto a ellos a gran velocidad. Repko escupió:

—No sé qué se han figurado esos piojosos. No tienen nada en su país que llevarse a la boca. Lo menos que podían tener es buena maquinaria. Pues no; necesitan quitarnos nuestras máquinas.

Martyniak estaba preocupado.

—Si seguimos aquí, llegaremos dentro de un año. La fábrica se salvará, pero... estará funcionando en Moscú.

Karwowski rió.

—No te preocupes, hombre; ya llegaremos como sea. Este Ford del demonio...

—¿Podremos organizar un equipo en aquel sitio? —preguntó Repko—. Porque supongo que allí no hay nada ni nadie. Es un fastidio ir así a ciegas sin

poder preparar nada.

Martyniak sacó unos cigarrillos.

—Claro que tendremos un equipo. —Se sentía obligado a tranquilizar a sus compañeros—. Es cierto que adonde vamos todo está arrasado, pero por allí pasan los que vuelven de Alemania. La cuestión es convencerlos, explicarles que si nos ayudan a poner en marcha la fábrica tendrán el trabajo asegurado, comida y alojamiento... Alojamiento debe de haber de sobra. Y muebles y utensilios, seguro que estarán tirados por todas partes.

Repko no estaba de acuerdo.

—No. El que vuelve de Alemania no tiene más idea que ir derecho a su casa para ver a su familia. Lo que vaya a pasarles después no les preocupa. Además, ¿cómo vamos a creer que esa tierra sea de verdad para Polonia? ¿Hay alguno de nosotros que confíe en los rusos? Ahora no hacen más que prometer y decir que sí a todo, pero pronto les entrará la ambición y dirán que no. Al fin y al cabo, es tierra alemana. Será difícil.

Karwowski sacudió una mano.

—¿Polonia? ¿Es que tú crees que ni siquiera la Polonia de siempre sigue siendo nuestra? —y volvió al Ford para ocuparse del motor.

Martyniak sabía ya que era imprudente cualquier expansión. Pero se sentía incapaz de sermonear a sus compañeros.

—Mira, Repko, esto es lo que yo pienso: si hemos sobrevivido a los alemanes, hemos de seguir viviendo ahora como sea. De nada nos servirá andarnos con filosofías. No hay más problema que buscar una buena combinación, ¿y cuál es para nosotros la mejor combinación? ¿Dónde estaremos mejor? En una fábrica, eso es seguro. Aunque no tuviéramos dinero para empezar, nuestro puesto está en una fábrica, donde tendremos comida y un refugio. Y si hay redadas y deportaciones, no van a llevarse a los obreros de la fábrica. Todo el mundo está convencido de eso. Es más, nuestros conocidos que han estado en Rusia y vienen con las tropas nos aconsejan lo mismo: meteos en una fábrica lo antes posible.

A través de la neblina lucía un sol débil. Repko se desabrochó la cazadora y tocó el forro de franela.

—Es verdad. Pero me parece que es demasiado pronto. Todos andan por ahí haciendo lo posible por ganar algo. Pero yo estoy harto de esta vida de perro. Durante toda la guerra no había más salida que el mercado negro; si no, se moría uno de hambre. Y ahora lo que entra en casa lo trae la mujer, que es la que sigue haciendo el estraperlo. Los hombres, la verdad, debemos dedicarnos a cosas de hombres. Yo debía apuntarme en uno de esos cursos que han abierto, porque no sé nada de nada.

—Es el momento indicado —dijo Martyniak—, pues el que ahora empiece bien, ascenderá pronto. Hay muchos sitios para colocarse.

—Sí. Eso creo yo. Por lo pronto espero que tendremos dónde alojarnos. Los alemanes habrán dejado muchas cosas. Aquél será nuestro Lejano Oeste, como dicen los norteamericanos. Hay que tener pupila, porque todo andará revuelto por allá. A las mujeres y a los hijos no podremos llevarlos por ahora; no creo que lo pasaran bien.

Martyniak pensó que debía casarse. Si no se hubiera quedado viudo antes de la guerra, ¿se habría metido en aventuras y conspiraciones? De uno u otro modo tenía que rehacer su vida.

Por fin, el motor se puso en marcha. Karwowski exclamó triunfalmente.

—¡No hay nada como conocer a su propia máquina! ¡Así la vence uno siempre! Bueno, si esperamos al ingeniero no será por mi culpa.

—Ahí viene —dijo Martyniak.

A unos centenares de metros del lugar donde se hallaban, apareció el ingeniero Wolski, con un petate a la espalda, pantalones de golf y zapatos de esquiar, avanzando por la carretera por entre las casas del pueblo.

—Antes de la guerra no habría podido ser director de una fábrica. Es demasiado joven —dijo Repko.

—Aseguran que domina su oficio. Hay pocos así. Ellos no necesitan afiliarse a ningún partido.

—La *intelligentsia*. Tenían dinero para estudiar una carrera y luego son insustituibles. Yo, por encima de todo, estoy dispuesto a que mis hijos estudien. Sin especializarse no hay manera de ser nada.

—¿Qué le puede importar a él todo lo que pase? Tendrá la dirección y el trabajo gordo lo haremos nosotros. En fin, será cuestión de poner manos a la obra. A fuerza de trabajar en la forja se convierte uno en herrero.

Repko se puso bien la gorra y se levantó.

—Yo no entiendo ni pum de papel. Pero ya veremos.

Karwowski estaba ya al volante. Tocaba el claxon llamando al ingeniero que se acercaba:

—Nuestra «limousine» está en marcha. ¡Vamos, señoras y señores!

VIII

«Se acerca el momento de decirlo», pensaba Piotr, mientras orientaba la conversación hacia el problema de los obreros polacos en Francia. Baruga, con la camisa desabrochada, se rascaba su velludo pecho. Los bancos de las escuelas y las tumbas que abría en ellos con una navajita cruzaban por la memoria de Piotr. Durante muchos años había sido un mal alumno, con notas de conducta siempre mediocres. Por mucho trabajo que se tomase, era inútil. Por fin, llegó a comprender lo que era la escuela y qué esperaban de él. Sus fracasos escolares tenían una causa muy sencilla: quería decir siempre lo que pensaba y, peor aún, se resistía a escribir en sus deberes las frases que chocaban con sus opiniones personales, opiniones que naturalmente no eran siempre sensatas. A consecuencia de esta actitud eran continuos los tropiezos con los profesores; en cambio, sus compañeros habían comprendido mucho antes que él aquel mecanismo. Se encontraba, pues, solo y su candor le hacía representar el papel de un anarquista salvaje. Pues los maestros no estaban allí para exigirles a sus alumnos una posible sinceridad. Su tarea consistía en crear el ritual social y educar a los chicos para la vida en sociedad. Fue una hora decisiva para él aquella en que escribió dos páginas de una composición literaria con el decidido propósito de agradar al profesor. Su pluma se deslizaba con soltura; se dejaba llevar por la lógica del razonamiento, que se desarrollaba con absoluta independencia de lo que fuera verdad o mentira y guardaba en conjunto una coherencia propia. Pero había algo aún más importante. Resultaba que mientras se controlaba a sí mismo no se le ocurría nada inteligente, padecía gran escasez de ideas y acababa recibiendo la calificación siguiente: «Tema sin desarrollar; estilo telegráfico». Y en aquel ejercicio de literatura le ocurrió lo contrario: las ideas fluían en su mente y las captaba y expresaba con gran facilidad. Le pusieron una buena nota, y cuando se adaptó a este método para toda su conducta, se convirtió en poco tiempo en uno de los mejores alumnos de la clase. Todo el secreto consistía en dejarse llevar, en ceder a la presión social no haciendo gran caso de las recomendaciones puramente formales, de que cada uno se exprese según su sentir y entender aunque procurando a la vez no hacer del todo caso omiso de esas recomendaciones. ¿Qué había hecho Piotr sino aplicar ese sistema desde que salió del campo de concentración? No hacía sino volver a su lejana costumbre escolar aunque sólo ahora, mientras hablaba con Baruga, hubiera llegado a darse cuenta de ello. El sistema ruso era sencillamente el de una inmensa escuela de párvulos, y millones de personas habían comprendido el truco que permitía conducirse de tal

modo que no le sucediera a uno nada irreparable. No se trataba, ni mucho menos, de adherirse sinceramente a los principios soviéticos. Lo necesario era, simplemente, disponer el fondo de la persona de manera que, cuando uno decía algo, resultara lo mismo que si lo creyera. Así, era posible poner en duda cada una de las frases pronunciadas como si estuviera uno en clase delante de la pizarra; sí, era posible ponerla en duda cinco minutos después de haberla dicho.

Si hubiera representado ante Baruga una comedia maquiavélica, Piotr habría cometido una falta grave. Pero los pensamientos de Piotr funcionaban en armonía con sus palabras. Estaban vigilados y «doblados» por un aparato de control mental que impedía el descarrilamiento de sus frases.

—Francia me interesa —dijo Piotr—. Me cuesta trabajo imaginarme cómo puede haber quedado después de la guerra. Ya no soy el mismo y vería hoy ese país de un modo muy distinto. Cuando nuestra Prensa empiece a organizarse allí, cuente usted conmigo. Podría serle útil en ese trabajo. Creo que me sentarían bien seis meses en Francia.

Baruga bostezó: «Bah, también éste...». Pero el hecho de que se dirigiese a él, y la perspectiva de que pronto estuviese en su mano disponer a los hombres en un gran tablero como piezas de ajedrez, en Polonia y en toda Europa —quizá también en Asia, África y América— era un halago demasiado tentador para su orgullo. Está claro que este muchacho padece, como todo el mundo, de occidentalismo. Y lo más curioso: carece de importancia que tenga o no intención de fugarse. Él mismo ignora lo difícil que es decidirse por una Venezuela cualquiera. Ha recibido demasiados golpes para que no le queden señales. Todo aquél que ha recibido alguna vez esta enorme paliza, aunque se vaya al rincón más apartado del mundo, jamás se le quitará de la boca ese amargo sabor. En su interior todo queda alterado. Desde luego, cuando vive entre ruinas, terror y miseria, siente la nostalgia de los jardincitos, de las casitas burguesas tan monas, de la tranquilidad..., pero, en cuanto se sumerge en la comodidad placentera, en la monótona Gemütlichkett, se retorcerá de impaciencia añorando ese pequeño detalle que le hacía antes la vida insoportable. Se asfixiará en su nueva vida carente de sentido. Ése es nuestro juego. En cuanto echan de menos el «sinsentido» de la vida, ya son nuestros. Les entra una desazón inaguantable: tienen que actuar, actuar a toda costa. ¿Y quién, fuera de nosotros, puede proporcionarles la delicia de creerse unos salvadores?

—Ya. Usted sabe bien el francés.

—Consideraría ese viaje como una cura higiénica. Usted lo comprenderá

muy bien. Durante estos años, todos hemos acumulado una gran cantidad de claustrofobia y nos vendrán estupendamente para la salud los cambios de ritmo del mundo que nos rodea. En fin, si más adelante ve usted una ocasión...

Baruga se enorgullecía de poder manejar psicológicamente a cualquier persona. A cada uno hay que tratarlo según la medida que da, y así se logra captar a los hombres y hacer que nos sirvan con fidelidad. ¿Cuál es la medida de este Kwinto? Por una parte, una ambición exaltada; esto es seguro. Por otra, un origen feudal, de donde le vienen estos modales finos. ¿Qué sucedería si se le quitaran a este hombre las ataduras que le impiden desarrollar esa ambición y utilizar esa finura? Porque las ataduras más fuertes son invisibles. Después de todo, viene a confiarme sus proyectos. Lo mismo podría aprovecharse de este desorden y escaparse; pero no, eso no se lo permite su manera de ser. Después de pensar todo esto, dijo Baruga con benevolencia:

—Sí. Me parece, Kwinto, que debería usted airearse un poco por el mundo. Tiene usted un estilo de gran clase periodística y el talento de un reportero nato. No tiene usted derecho a estropear estas facultades; por eso, creo que debemos hacerle a usted corresponsal en el extranjero. Ya pensaremos en ello en cuanto se aclare un poco este lío.

Piotr tuvo la visión confusa de una ruptura con aquel ambiente y una libertad indefinida. Era algo así como su ilusión infantil de acabar para siempre con los estudios. Pero se prohibió a sí mismo la continuación de este ensueño. Seguir pensando así hubiera significado, sencillamente, mentirle a Baruga, con lo cual se desenmascararía. Pero este doble rostro que Piotr creía no tener sino ante Baruga, ¿no sería acaso también una doble cara para consigo mismo? Si le había asaltado por un momento la idea de fugarse, la verdad era que sólo había jugado con esa idea sin creer en su posibilidad. Pues, ¿qué había en ese mundo de fuera? ¿Podría regresar, a través del tiempo y sólo con expatriarse, a su ser de antaño? Era imposible y además monstruoso. Si se hubiera escapado, habría tenido que ir, después de la amnistía, a Persia con el ejército polaco. Pero esto no había ocurrido. ¿Le interesaba verdaderamente convertirse en un emigrado con plena conciencia de que era para toda la vida y consintiendo en esa derrota definitiva? No, ello equivaldría a hundirse en la pura animalidad, sin ninguna justificación intelectual; sería admitir como buena y sensata una actitud absolutamente contraria a la evidencia: el hecho de que una clase condenada se retiraba del campo histórico. En cada uno de sus gestos, en cada pensamiento, en cada decisión, latía la derrota para esa antigua clase. Un ejemplo muy claro había sido aquel espantoso levantamiento contra los invasores alemanes. No, en realidad, Piotr no hacía sino jugar a

engañarse a sí mismo. No era tan falso ante Baruga como a él mismo le parecía.

—Muchas gracias. Ya sabe usted que me interesa mucho trabajar; y todo lo que yo consiga hacer, dependerá de usted.

Si este plan era una argucia —sembrar a tiempo las semillas cuyo crecimiento debería vigilar—, quizá fuese de una astucia más profunda que la del pensamiento consciente: era la habilidad de un organismo alerta que actúa con garra de terciopelo para ganar tiempo. Piotr era todavía demasiado débil para dar el gran salto. El animal calcula con una mirada la anchura del precipicio y adivina si sus músculos le permitirán llegar al otro borde. Si sabe que no va a conseguirlo, busca la manera de llegar al mismo sitio dando un rodeo, por largo que éste sea; descenderá por la pendiente para subir por la del otro lado. Baruga, cordial, estaba frente a él como un confesor. En la escuela había conocido Piotr este tipo de pescador de almas. A diferencia del limosnero severo y fanático, el otro sacerdote cogía entre las suyas la mano del joven rebelde y lo miraba fijamente a los ojos con una mirada cálida y magnética que lo convencía. Pero a la vez, Piotr sospechaba que este sacerdote era un hipócrita para con él y, lo que es peor, para consigo mismo. Ahora pensaba también que Baruga no era nunca natural; todos sus modales de pescador de almas, de protector, de mecenas, eran aprendidos. Lo único espontáneo en él eran sus terribles explosiones de cólera, pero incluso estos arrebatos terminaban de modo demasiado rápido y radical para eliminar toda sospecha de que Baruga los utilizaba para sus fines. Entonces, ¿qué había en él de auténtico? ¿Acaso la doctrina? Desde luego no podía ser sincero en lo que esa doctrina tenía de «oficial», puesto que había estado en Rusia. ¿Creía quizás en el determinismo histórico? Piotr habría dado mucho por hablar con Baruga con toda franqueza, pero esto era imposible. Cada una de las frases de aquel hombre tenía una finalidad táctica. ¿Y cuando esté solo, seguirá ateniéndose a la táctica para pensar? No es inverosímil que sea puramente ilusoria la búsqueda de un núcleo esencial —absolutamente verdadero— en el hombre. Por lo menos es inútil buscarlo en quienes se han adaptado a este sistema. Es posible que, a fuerza de doblez, desaparezca por completo en ellos su propio desdoblamiento, y que se conviertan para siempre en los personajes, en los papeles que han aprendido y que representan en esta comedia. ¿Sería posible juzgar a Baruga según el criterio de la verdad y el error? No, sería absurdo volver al anarquismo mental de los años de adolescencia. El único resultado de todas estas sutilezas sería una buena bofetada.

—A quien comprende la Historia, el estilo le viene con toda naturalidad —dijo Baruga.

«Eso dependerá de usted», le había dicho aquel joven. A Baruga no le gustaban esas tardes —muy pocas en verdad— en que había un hueco entre el duro trabajo del día y las reuniones que debía celebrar a avanzadas horas de la noche. En esos escasos ratos de ocio le entraba la obsesión de la vejez y de la muerte. «Creen que muchas cosas dependen de mí». Pero nada dependía de él, ya que también él giraba en el torbellino y buscaba afanosamente la confirmación de su propia importancia. Años atrás había soñado con immortalizarse mediante alguna obra de arte que le hiciera famoso a través de los siglos. Pero ya no tenía fe en eso. Total, unas pompas de jabón sobre la gigantesca oleada histórica. Y cuando manejaba, como eminencia gris, a estos creadores de obras que ellos creían inmortales, al ver el servilismo y la holgazanería de estos desgraciados, se reía de los ilusos que atribuyen al hombre dones imperecederos. El hombre puede ser grande, pero únicamente por el arte de actuar, de utilizar a sus semejantes. Lo malo es que tampoco esto dura. Polvo. ¿Y qué pasará dentro de varios siglos, cuando todo esto haya sido removido por el molino de la historia? Se levantó:

—Sí, sí. Trabaje usted. Me gustaría que escribiese algo sobre los planes de reconstrucción de Varsovia. Es un asunto que suscitará verdadero entusiasmo y que contribuirá a unir a nuestra desgajada nación.

IX

Los pueblos se calaban con las tibias lluvias primaverales. Circulaban rumores y bulos contradictorios que amedrentaban a la gente. El decreto que privó repentinamente de todo valor a los billetes en circulación había llevado al límite la desconfianza de los campesinos hacia la moneda. Conservaban las monedas de oro y los dólares en espera de que se produjese algún cambio en la situación. Todo era inseguro. Se decía que nada valía la pena, puesto que pronto estallaría una nueva guerra. O bien, habría un nuevo gobierno que no sería ni el actual ni uno ruso, aunque nadie sabía por qué ni cómo iba a ocurrir aquello; sólo se basaban en el principio de que las cosas no podían seguir igual. No era fácil establecer una clara divisoria entre los que mandaban y los que tenían miedo. Los oficiales del ejército de paso se jactaban de que no se detendrían hasta haber cruzado Francia y llegado a las orillas del Atlántico: «Toda Europa es nuestra». Algún vecino contaba lo que le había oído al cura sobre los Dieciséis. Eran los dirigentes del Estado clandestino. Cuando entraron los rusos en Polonia, se ocultaron los Dieciséis cerca de Varsovia. El general soviético les había garantizado bajo palabra de honor que no les pasaría nada si salían de la clandestinidad y se reunían con él para celebrar una conferencia. En cuanto se presentaron, los detuvieron y se los llevaron a Rusia.

Se ordenaba a los campesinos que repartieran entre ellos, a toda prisa, las tierras de los grandes dominios. Fue un reparto realizado sin orden ni ley, por las buenas, y de esta precipitación dedujeron unos que el nuevo Gobierno tenía miedo, y otros que, si repartían así las tierras, no era por la bonita cara de los campesinos, sino para constituir luego los temidos *koljoses* lo mismo que en Rusia.

Faltaban caballos, bueyes, cerdos, pues los ejércitos, como plagas de langosta, destruían toda la riqueza del campo al atravesar el país. Se propagaban enfermedades desconocidas. A los hombres les daba aprensión tocar a las mujeres porque los médicos los prevenían contra la sífilis asiática. Entre los hombres que los alemanes se habían llevado, habían vuelto algunos y contaban que en los territorios del Oeste no había más que instalarse en las tierras que uno prefiriese. Y los más pobres, al oír esto, pensaban ya en abandonar su mísero terrón y buscar fortuna en aquella zona.

Por encima de todo, lo más importante para cada uno era que no se

trasluciesen sus pensamientos. Los campesinos habían aprendido bajo la ocupación nazi que, para sobrevivir, lo primero es callarse. Durante todos aquellos años habían tenido la boca cosida: no convenía decir ni una palabra de lo ocurrido por la noche en el pueblo. Nadie había visto lo que pasaba por allí: los guerrilleros de los bosques, los judíos, los prisioneros en fuga..., pero ahora el peligro era igual que entonces. Los jóvenes escondían sus armas y decían que no se habían metido en nada, pero los rusos habían detenido a muchos por denuncias de traidores y la Seguridad seguía registrando, interrogando y matando. Las viejas se persignaban horrorizadas ante aquellos diablos peores que la Gestapo. Desde el principio de la guerra venían cumpliéndose las profecías sobre el reinado del Anticristo.

El destacamento de «Kord^[2]» se mantenía alejado de los pueblos. Eran treinta hombres. El jefe, robusto, aunque de baja estatura, era como una máquina infalible de músculos, siempre alerta. Había sido herido en la campaña de 1939; se libró del cautiverio y, una vez curado de sus heridas, actuó varios años en las guerrillas. Luchó, con éxito variable, contra los alemanes. Caía cuando menos se esperaba sobre sus centros de aprovisionamiento y transporte. Cuando entraron los rusos, se negó a someterse a sus superiores y no permitió que sus hombres depusieran las armas. Lo que pasó luego demostró que el guerrillero había sido prudente. Los que se sometieron como corderos a los rusos fueron recibidos con todos los honores, pero inmediatamente los encerraron en campos de concentración para enviarlos poco después hacia el Éste. Así trataron los rusos a sus aliados en la lucha contra Hitler. El grupo «Kord» se escapó de esta ignominia, pero vivía en una situación sin salida. Esperaban instrucciones de Londres, instrucciones que no llegaban. La mayoría de los jóvenes soldados se dispersaron intentando reanudar la vida civil. Pero eran sustituidos inmediatamente por otros que huían de la policía rusa.

«Kord» se decidió un día a bajar a la ciudad para establecer contacto con la red de la conspiración que se estaba deshaciendo. Estuvo a punto de que lo cazaran del modo más lamentable. Un nuevo método, que la Gestapo nunca llegó a practicar en tan gran escala, era el de las «marmitas». Este método respondía perfectamente a la predilección soviética por las medidas secretas que permiten resolver todos los asuntos sin ruido, con lo cual el terror se convierte en una fuerza misteriosa y mal definida que va aumentando a fuerza de incertidumbre: porque no se sabe dónde, ni cuándo, ni cómo va a suceder lo temido. Las «marmitas» consistían en esto: la policía —NKVD o Seguridad— tendía una emboscada en un piso. Todo el que llamaba a la puerta era invitado amablemente a entrar. Al cabo de una, dos o tres semanas, se amontonaban en el piso unas docenas de personas que eran alimentadas e interrogadas allí mismo. «Kord» no creía lo que le habían contado de las «marmitas». Sin embargo, cuando estaba a punto de entrar en el

portal de la casa donde, según sus informes, se hallaba uno de los centros de la Prensa clandestina, se le ocurrió que subiera primero su ayudante.

En el nuevo régimen, las autoridades y la policía residían exclusivamente en las ciudades. Por el campo sólo se arriesgaban en incursiones armadas, pues los que conocían el terreno les llevaban ventaja. «Kord» contaba sobre todo con la ayuda de los campesinos. Le avisaban, le indicaban los sitios peligrosos, y muchos de ellos incluso tomaban parte en las operaciones que él organizaba, después de lo cual escondían de nuevo sus armas en el hueco de los árboles y reemprendían su trabajo como si tal cosa.

Y en todo esto, ¿qué papel representaba el porvenir? Sobre ello, ni «Kord» ni nadie podía saber nada. Era preferible vivir así, a salto de mata, que estar preso. Les cabía la esperanza de que los rumores sobre una nueva guerra contuviesen un átomo de verdad. Los aliados occidentales no podían ser tan imbéciles como para permitirles a los rusos que se apoderasen de tantos países mientras sus propias tropas seguían movilizadas. Las conferencias diplomáticas y las aparentes concesiones no podían ser, por parte de los occidentales, más que una maniobra oportunista. En cuanto al nuevo Gobierno de coalición (en el cual, según se decía, participarían algunos de los polacos emigrados en Londres), «Kord» consideraba como unos cochinos a todos los políticos dispuestos a hablar con los bolcheviques. Haber dejado destruir Varsovia ante sus ojos, haber detenido como enemigos a los patriotas del Ejército del País, haber cazado a los Dieciséis mediante falaces promesas..., todo ello definía lo bastante bien a los rusos para que ningún polaco digno de este nombre se pusiera en contacto con ellos. ¿No estaba esto bastante claro, incluso para los que fuesen capaces de olvidar el pacto con Hitler, el año 1939, Katyn, y los centenares de millares de seres humanos deportados y encerrados en campos de concentración? El régimen de ocupación persistía y era imprescindible obrar en consecuencia. Los traidores debían ser castigados. La población debía saber que todo colaborador con el ocupante —como antes con los alemanes— se jugaba la pena de muerte. Era el único medio que les quedaba para impedir que los agentes de Moscú en Varsovia captaran voluntarios con la promesa de perdonarles la vida u ofreciéndoles ventajas para el porvenir.

Uno de los soldados más seguros de «Kord» se llamaba Gdula. Ni siquiera sabía cómo había logrado escapar a la muerte en Varsovia. Sólo recordaba su terror al ver entrar un proyectil de artillería por la ventana. Cuando recuperó el sentido, se inclinaba sobre él la cofia blanca de una monja. Intentó reconstruir los hechos por lo que le contaron las hermanitas. Un médico alemán lo había llevado al hospital advirtiéndole que «este joven bandido era el único superviviente de aquel reducto» y

había ordenado severamente que lo enviaran a las autoridades en cuanto mejorase. «Era un alemán muy raro —contaban las hermanitas—. Nos hablaba en francés; no tenía ningún acento alemán. Nos preguntó qué medicinas nos faltaban y nos las trajo a la mañana siguiente». Unos meses después llegó Gdula a su pueblecito natal, donde su padre era empleado del Ayuntamiento. Allí pasó una temporada encantadora. Su madre lo atiborraba de dulces y buena comida, le rodeaba la gloria del combatiente de la Ciudad Vieja, gozaba de una paz relativa y de una gran popularidad entre la juventud local. Sin embargo, esta popularidad habría de tener su lado peligroso. Unas dos semanas después de la entrada de los rusos —a principios de febrero— la casa fue rodeada y Gdula creyó que «iban a llevarlo con los osos blancos», pero logró escapar por el jardín. Solamente le quedaba una solución: ocultarse en las montañas. «Kord», que rondaba por allí, lo acogió encantado. La adaptación a este nuevo género de vida fue difícil para Gdula. Se desplazaban a marchas rápidas pasando con frecuencia las noches sobre lechos de ramas de pinos cuando las aldeas les parecían inseguras. Pero pronto se acostumbró y, por su carácter jovial y sus bromas, se ganó el afecto de sus camaradas. «Kord» se hizo muy amigo suyo y descubrió en él grandes facultades de explorador y vigía. Gdula quería mucho a este jefe tan tenaz y enérgico, que nunca tenía ni un segundo de vacilación. No actuaba por razonamientos, sino dejándose llevar por un sexto sentido que le habían desarrollado los años de guerrillero.

En los bosques abundaban las trincheras y los fosos. En el otoño de 1944 los alemanes habían construido en aquella parte todo un sistema de fortificación que no les había servido para nada. Siempre les ocurría igual: los tanques soviéticos los sorprendían por la espalda y tenían que retirarse precipitadamente. Lo mismo que después de la campaña de 1939, se encontraba abandonado gran cantidad de material de guerra. En la maleza, los guerrilleros tropezaban a menudo con cadáveres de soldados alemanes junto a los cuales sus fusiles se cubrían de moho. Una noche, cuando estaban tendidos en la pendiente de una boscosa colina, oyeron por allí cerca una especie de jadeo que venía del lado donde estaban unos refugios de cemento armado. «Kord» prohibió a sus hombres que se acercaran a aquel sitio. Pero antes del amanecer llevó consigo a Gdula y otros cuantos y, después de un rato de espera y de haberse acercado a gatas, vieron moverse una sombra. Se lanzaron contra ella de un modo fulminante y la tumbaron. Era un alemán de una delgadez espantosa. Estaba muy sucio y llevaba una larga barba. Temblaba de miedo. ¿Qué hacer con él? «Kord» lo interrogó. Era de la *Wehrmacht*, no de las S. S. Se alimentaba con patatas heladas que extraía de los campos. Cuando comprendió quiénes eran, les rogó que lo aceptaran en su partida. «No necesito alemanes. Me da igual que viva o que reviente». Pero al separarse de él, le dejaron un kilo de tocino.

X

El chófer Karwowski encendió los faros, pero la luz que brotaba de éstos se diluía en la neblina. No habían avanzado más de doscientos kilómetros. El motor podía pasar; lo peor eran los neumáticos. Reparados varias veces con cola, se desinflaban con una frecuencia insoportable. Hacían apuestas para adivinar cuál de los neumáticos sería el siguiente en vaciarse. Había que encontrar alojamiento para la noche. Decidieron detenerse en el siguiente pueblo. Nadie pasaba por la carretera: una línea recta a través de los campos bordeados de pinos. Martyniak iba junto al chófer; le preguntó a éste si no verían mejor apagando los faros. Así lo hicieron. A lo lejos, el cielo del ocaso lanzaba una débil claridad por entre la línea dentada de la arboleda. Las ruedas se hundían en los innumerables baches producidos por los tanques. «Esto va mal». Martyniak se sentía intranquilo. Hubiera sido preferible no señalar su presencia en un sitio tan solitario como aquél. No se sabe nunca lo que puede ocurrir. Repko, en el asiento de atrás con el ingeniero, bostezaba. «Con estas sacudidas se le parten a uno los huesos. Lo mejor sería parar y tumbarnos en el suelo. Por lo menos podríamos estirarnos».

Aparecían unas marismas que lucían vagamente por entre la extensión gris amarillenta de los juncos secos. Las superficies líquidas brillaban aquí y allá como largas y estrechas hojas de acero. De vez en cuando alzaban el vuelo unas bandadas de patos salvajes. Más lejos empezaba de pronto la oscuridad de un bosque denso. Wolski encendió un fósforo e iluminó su reloj: «Si todo va bien, llegaremos dentro de media hora».

Karwowski frenó bruscamente. Martyniak tropezó con la frente en el parabrisas. «Maldita sea...». Pero en ese instante vio unas piernas que salían de unas botas altas plantadas en medio de la carretera. «Lo que se teme no debe ocurrir, pero esta vez ha ocurrido», pensó Martyniak. Tenía el prejuicio de que estas cosas prefieren no ser previstas. ¿Es posible que me sucedan cosas propias de las películas de gánsters? ¿Es que, sin quererlo, atraigo estas situaciones sorprendentes? Aquello se desarrollaba igual que en el cine. El metal frío le tocaba en el cuello. «¡Fuera! ¡Arriba las manos!». Los faros se apagaron. Estaban rodeados de sombras con blusas y pellizas de cordero, con fusiles ametralladores: «Como en Chicago», gimió Repko. Wolski bufaba. «¡Podéis reiros si queréis! — rugió una voz absurdamente—. ¡Que los registren!». El cañón del arma se apoyaba en el omóplato

de Martyniak mientras lo cacheaban. «¡Las manos detrás de la cabeza! ¡En marcha!». Martyniak tropezaba en las raíces. El camino arenoso se hundía en las tinieblas. Ronroneó el motor del coche, aparecieron unos troncos a la luz de los faros vueltos a encender y Martyniak vio delante de él las manos entrecruzadas de Karwowski y la gorra del hombre que seguía a éste. El vericuetos por donde iban hacía muchos zig-zags y la luz de los faros lo iluminaba a ráfagas; era aún más difícil avanzar cada vez que el camino se doblaba. ¿Podría dar un salto de lado? No, no le habría servido de nada. El objeto duro que le daba golpecitos en la espalda a cada paso no le abandonaba ni un instante. No importa lo que un hombre pueda desear; los planes que haga siempre estarán mal. Martyniak sintió un poco de remordimiento. En esta novedad —el comunismo— había algo terrible, lo sabía muy bien, pero trataba de no pensar en ello. Por debajo de cada discurso se ocultaba otro discurso; los ojos, los rostros de los miembros del Partido expresaban una especie de complicidad y amenaza: venían a decir algo así como «espera y ya verás». Martyniak se había escapado del grupo de Borkowski porque entre ellos no encontró ningún apoyo, ninguna fuerza oculta. «Tú espera y ya verás». Claro que lo había visto. Lo que había visto es que todo el mundo los odiaba, que no se podía declarar delante de nadie —es decir, de ningún polaco auténtico— que uno era comunista; una irreprimible sensación de vergüenza le cerraba a uno la boca, y cuando alguien había decidido irse con ellos, no debía apartarse de los comunistas porque resultaba ya un ser de otra raza y no se parecía a ninguno de los que encontrara en el tren, en la calle, en el tranvía... En cambio, durante los años de la guerra, siempre estaba entre los suyos, siempre se sentía en medio de una multitud y fundido con ella. Ahora todo se irá al infierno. Ni fábrica, ni vida nueva, ni nada. Pero ¿y si saltara a un lado? Decidió esperar un momento propicio. ¿Y si me agachara de pronto? Luego me perdería de vista en seguida. No; era inútil porque los faros del coche, que antes no conseguían penetrar en la niebla, ahora iluminaban bastante bien la maleza. Ya llegaban a un claro.

Unos rostros inclinados en círculo sobre un montón de ramas secas trataban de reanimar una llamita vacilante. Las agujas de pino prendían crepitando; añadían más ramas. Los cuatro pudieron bajar ya las manos. Al otro lado de la fogata un hombre los miraba. El peso de un pistolón tiraba hacia abajo del cinturón que ceñía su larga pelliza de cordero. Tenía la cabeza destocada, con los cabellos cortados casi al rape. Un bigotito negro y una cicatriz horizontal que le cruzaba toda la cara pasando por la nariz. Cuando la llama adquirió más potencia, fueron surgiendo de las sombras los pares de ojos de los muchachos sentados en círculo. Brillaba el metal de las armas. Luego desaparecían los detalles y sólo quedaba la presencia del grupo desconocido y sus murmullos.

Wolski tomó la palabra: «Señores...». El hombre gruñó: «¡Silencio, no le estoy interrogando!». Karwowski mantenía la cabeza agachada. Repko se apoyaba sobre un pie y luego sobre el otro, incapaz de ocultar su temor. «Que le quiten esa blusa bolchevique», ordenó el hombre. Repko se la desabrochó. Se la quitaron y se encontró con su antigua blusa de obrero, que llevaba debajo.

Un joven salió de la oscuridad, saludó y tendió al jefe las carteras que habían ido quitando a los cuatro. El jefe las abrió y acercándose a las llamas danzantes, se puso a leer.

—Ingeniero Wolski. ¿Cuál de ellos es? ¡Señor director! —dijo levantando los ojos y martilleando las palabras—. Uno de éstos que para pasarlo bien van a poner en marcha las máquinas para los comunistas mintiendo y pretendiendo que lo hacen por la patria.

Con un gesto amplio, arrojó la cartera al fuego. El cuero se retorció, rechinaba y humeaba.

—Jan Martyniak. Empleado en los establecimientos «Cultura del pueblo». Subdirector de la fábrica de papel. ¿Del Partido?

Martyniak buscaba desesperadamente algo que pudiera salvarlo. De pronto recordó que su carnet del Partido no estaba entre su documentación. Y dijo con voz ahogada:

—No.

El hombre dejó de revolver papeles. Le miró, no a la cara, sino a las manos. Martyniak comprendió que estaban juzgándolos. Se sorprendió a sí mismo en trance de rezar. El otro, inesperadamente, levantó su labio superior en una irónica sonrisa que dejó al descubierto sus blancos dientes. Martyniak no pudo adivinar el sentido de esta sonrisa, a pesar de que tenía concentrada toda su atención en los gestos de aquel hombre, como un perro que se esfuerza en comprender lo que su amo desea de él. En la contracción del rostro desconocido había un matiz de desprecio. El hombre sacó el dinero de la cartera, se lo metió en el bolsillo y echó al fuego todo lo demás. Martyniak miraba maquinalmente cómo ardía su documentación.

—¿Karwowski, chófer? ¿Qué hacía usted antes de la guerra?

—Era taxista en Varsovia.

El hombre hizo un gesto con la mano, y la tarjeta, resguardada en un estuche de tela encerada, voló por encima del fuego y le dio a Karwowski en el pecho. El chófer recogió ávidamente las hojas esparcidas por el suelo.

—Wladyslaw Repko. Jefe de personal de la fábrica de papel de Eichenberg. Miembro del Partido comunista. Muchachos —dijo el hombre volviendo la cabeza—, ¿cómo se llama el polaco que entra en el Partido comunista para ayudar a que esclavicen a su propio país?

En la oscuridad respondió el coro de voces:

—Un traidor.

El eco se alejó y luego, repercutido, volvió. Otra vez el silencio. Saltaban chispas de la fogata y subían dando vueltas. Repko se balanceaba sin saber qué postura tomar.

—Yo...

—Silencio. Eres un traidor a la patria. Creíste que ibas a estar seguro afiliándote al Partido, ¿eh? Pues bien, entérate de que hay una justicia y somos nosotros quienes administramos la justicia.

El jefe apoyaba su mano en la culata de la pistola.

Repko se persignó y volvió a persignarse. Bajo su nariz chata, su boca abierta hacía unos extraños movimientos como si no pudiera cerrarse.

El hombre hizo una señal con la mano y, antes de que Martyniak hubiera comprendido que estaba ordenando a los que se hallaban detrás que se apartasen, vio el metal y la boca redonda del arma. Se le aflojaron las piernas. La muerte.

El eco repitió los dos disparos y volvió a resonar allá lejos, en la tenebrosa extensión de los bosques. Vivía. Respiraba. «No he sido yo». El único que yacía con la cara contra la tierra era Repko. Unos espasmos recorrieron su cuerpo y sus dedos se aferraron finalmente a la hierba. Su gorra había caído sobre las llamas y de allí venía olor de la tela quemada.

El jefe desapareció. Martyniak oyó decir, detrás de él: «¡Las manos cruzadas detrás de la cabeza! ¡En marcha!». El objeto duro se apoyó de nuevo en su espalda. Caminaban en plena oscuridad. «Ahora me matarán por la espalda, sin más

explicaciones», pensó. Seguía preguntándose el sentido de la sonrisa del otro. Seguramente, habría adivinado su mentira. ¿Adónde los conducían? Andaba con dificultad, pero cada vez que se detenía, le empujaba el arma de su escolta. Llevaba mojada la parte alta del pantalón. Aunque el otro no lo haya ordenado, sus tipos me matarán. Siempre pasa esto. Pisaba una capa resbalosa de agujas de pino. Luego, musgo esponjoso. Tenía los zapatos llenos de agua; le chapoteaban a cada paso. Fue acostumbrándose a la oscuridad y empezó a recobrar valor. No pudo calcular cuánto duró aquello, si una o dos horas. Ahora se le hundían los pies en la arena. Notaba la falta de algo: ya no sentía el contacto del arma. Se detuvo y quedó inmóvil un rato. No se oía más que el roce del viento en los pinos. Se sentó. Nada. Se levantó y anduvo un poco en dirección contraria a la que había seguido. Aún no podía creerlo. Escuchaba con tensa atención. Luego llamó en voz baja: «Karwowski», y luego: «Wolski». Oyó las llamadas de los otros dos. Karwowski avanzaba hacia él abriéndose paso entre ramas que iba partiendo. Por fin le oyó junto a él.

XI

Pensar en una vida normal no producía más que zozobra. Winter se preguntó qué haría después de quitarse el uniforme. Mientras se está uno esforzando, es fácil sostenerse. Pero ¿qué hacer cuando se aproxima el término del viaje y sólo encontramos vacío, frío y odio? Winter no había hallado en Polonia a ninguno de los suyos, fuera de su tío Friedman, hermano de su madre. Isaak Friedman era un judío campesino, uno de éstos que se pasan todo el día en el carro, de un pueblo a otro, comprando, por ejemplo, lana. Winter, cuando pasaba delante de una pequeña tienda de tejidos en la calle principal de Lodz, vio a su tío detrás del mostrador. Éste se apoyó en los puños, guiñó los ojos, salió de detrás del mostrador y exclamó, incrédulo: «¡Jossele! ¡Tú, vestido de militar! ¡Entonces, es que has estado en Rusia!». Por primera vez después de su regreso, Winter se emocionó. Allá en las ruinas del *ghetto* sólo había sentido repugnancia al contemplar aquel símbolo de la muerte anónima de sus padres. Se abrazaron y besaron. El ancho rostro del tío Isaak era rojizo y estaba curtido por el sol; no llevaba bigote y vestía de un modo corriente. «¿Cómo es posible? —dijo, riéndose—. Precisamente, yo acabo de volver de Rusia; de modo que estábamos los dos en el país del socialismo».

Friedman, su mujer y sus hijos habían llegado a Lodz un mes antes en un transporte de judíos polacos soltados ahora fuera de las fronteras de la Unión Soviética. Apenas hubieron salido del vagón de ganado en el que viajaron durante varias semanas con una masa de miserables parecidos a ellos, empezaron a buscar desesperadamente un medio de vida. Pronto obtuvieron un local abandonado por los alemanes, en el que instalaron una tienda. Cuando Winter volvió aquella misma noche a casa de su tío con su mujer ya estaban preparados sobre la mesa unos platos de carne en conserva y el tío Isaak se frotaba las manos orgulloso de su bienestar reconquistado que, él no lo ocultaba, procedía de unas operaciones relámpago realizadas en el mercado negro con el vodka y objetos procedentes del botín de Alemania. Dos hijos varones adolescentes, con trajes flamantes, asistían rígidos a la conversación, molestos porque escuchaban una lengua que ya casi no entendían. Respondían a las preguntas en una mezcla de *yiddish* y ruso.

El tío Isaak le preguntó a Winter cuáles eran sus planes para el futuro.

—Supongo que se te habrá pasado allá en Rusia —decía Friedman.

—¿Que se me ha pasado... el qué? —se extrañó Winter.

Friedman sonreía con aire de persona que está al tanto.

—Hombre, me refiero a tu comunismo. La patria del proletariado es muy buena para la salud. Allí se cura uno de muchas cosas.

Winter, descontento, respondió que si todos ellos, y él el primero, habían salvado la vida, era sólo por haber estado en Rusia. Su tío lo miró con malicia.

—No tengas miedo, hombre. Aquí estamos en familia. A mí me detuvieron y me deportaron. ¿Para qué supones tú que lo hicieron? ¿Acaso para favorecerme? Y, ¿adónde me deportaron? Pues a los bosques donde el hombre no es más que una hormiga y donde todo lo que se derriba y arranca a fuerza de mucho trabajo vuelve a crecer en seguida como si tal cosa. Perteneíamos a los S. O. Nadie sabía lo que esto significaba. Cuando nos libertaron después de la amnistía, hemos sabido que las dos letras querían decir *Socyalno opasnyj element*^[3], lo cual implica condena a cadena perpetua. Nos enviaron a un inmenso bosque. No había vagones para llevar los troncos. Y todos los que los habían talado —unos S. O. como nosotros— reventaron de tanto trabajar. Eran cosacos del Kuban, y los habían llevado allí porque no quisieron hacerse de los *koljoses*. ¿Qué les había hecho yo? Sabes que nunca en mi vida me he metido en política. Y si era por el dinero, yo no lo había tenido nunca. ¿Temían quizás a los pobres judíos que habían encerrado como a mí y que lo más que poseían en Polonia era una cabra? ¿Podían éstos acabar con el sistema soviético?

Los ojos de Winter tropezaron con la mirada de su mujer, que tenía apoyada la barbilla en el cuello del uniforme militar, demasiado ancho para ella. Después de su estancia en Ashabad y la muerte de su hijo, esta mujer era una enemiga silenciosa y fanática del régimen soviético. La mujer de Friedman, gruesa y de rostro arrugado, estiraba las palabras al hablar:

—Si no fuera porque Isaak es muy prudente, nos habríamos muerto de hambre en Rusia. Si obedeces, te dan pan. Si no, te fastidias. Pero, aunque se les obedezca, el pan que dan es demasiado poco y faltan energías para trabajar. Por eso, nos pusimos en relación con los *koljoses*. Ellos llevan tan buena vida que ni siquiera tienen pan. Nosotros les dábamos pan; y ellos a nosotros, patatas.

El tío Isaak tocó suavemente a su sobrino en un hombro y le animó a comer. Luego dijo:

—En fin, José, tú mismo has visto lo que pasa allí. Pero cuando alguien tiene dinero encuentra cuanto desea. Al pobre, en cambio, se le hinchan las piernas de tanta hambre. Mientras, la NKVD se lleva los pollos y se harta de vino. Son unos bandidos, unos antisemitas y malhechores... De modo que, ¿vas a quedarte al servicio de esa gentuza? Pues te advierto que aquí va a ocurrir lo mismo que en Rusia, aunque, naturalmente, tardará más. Polonia no es ya un buen sitio para nosotros. Y empezamos porque los mismos polacos nos odian. ¿Qué nos queda en Polonia a los judíos? Un cementerio. Su familia —añadió señalando a su esposa— está en Palestina. Aquélla sí que es nuestra tierra. Nos iremos allí. Pero no es posible hacerlo así como así, en seguida. Hemos de ganar lo suficiente mientras que siga siendo posible ejercer el comercio. Dentro de un año o dos, cerrarán las tiendas lo mismo que sucedió en Rusia. Aquí todos los nuestros piensan igual que yo. A los judíos nos dejarán marcharnos. Y si no nos dejan, ya encontraremos los medios para marcharnos por Praga o Viena.

Winter pensaba en su padre. Si vivía, ¿estaría también ilusionado con Palestina? De pronto experimentó la necesidad de mezclarse con una masa de gente suya, de judíos. La sucia calle de Varsovia donde él solía jugar de pequeño con otros niños, entre la algarabía de los puestos y los gritos de los cargadores judíos, le volvió a la memoria como una imagen pálida llena de movimiento y de alegría.

—Antes de que me detuvieran —dijo Friedman— encontré a ese Teitelbaum que tenía una tienda junto a vuestro taller de encuadernación. Entonces le pregunté qué tal le iba con la nueva vida socialista. Me respondió: «No está mal. El dos por ciento vive bien. —Se cogió la cabeza con las manos y exclamó—: Pero ¿cómo diablos meterse en ese dos por ciento?». Te lo repito, José —añadió Isaak bajando la voz—, nada tenemos que hacer aquí y ningún hombre como Dios manda se quedará en Polonia. Sólo permanecerán aquí los enchufados, los que se pongan al servicio de la NKVD y se coloquen en buenos puestos del Partido. Pero aun así, ¿qué vida es ésa, siempre con temor de que lo fusilen a uno acusado de algo que no ha hecho? Además, es seguro que, más pronto o más tarde, los polacos estallarán inesperadamente; cogerán sus cuchillos y no quedará nadie vivo. ¿No te has preguntado por qué necesitan a personas como tú? Pues muy sencillo: porque tú eres judío y con los polacos no pueden contar. Primero, criarán nuevos comunistas, y luego, insensiblemente, irán aplicando el antisemitismo. Lo mismo que en Rusia. ¿Que tienes una tía en Palestina? Pues ya te la has jugado. ¿Está en Norteamérica un primo de tu prima hermana? Pues te olerá la cabeza a pólvora.

La mirada de la esposa de Winter reflejaba su entusiasta aprobación a cuanto decía el tío Isaak. No se traicionaba con ninguna palabra, por la fuerza de la

costumbre. En los últimos meses, su marido, en varias ocasiones, le había reprochado algunas frases imprudentes que podían haberles costado muy caras a ambos. Había conseguido dominarse, pero sentía como un picor en la lengua a fuerza de callarse tantas cosas que anhelaba decir. La invadía un enorme deseo de gritarle al mundo todo lo que ella pensaba de los comunistas. Cuando estaban solos, le preguntaba a Winter mil cosas que él no sabía cómo contestar: «¿Qué será de nosotros? Di, José. Reflexiona un poco. Quisiera tener hijos; pero entre esta gente sería un crimen traer al mundo nuevos seres». Friedman adivinó lo que torturaba a esta mujer.

—Además, ¿para qué voy a decirte más cosas? Pregúntale a tu mujer cuál es su opinión. Yo no digo nada; sé lo que he de hacer y con eso me basta. Pero ¿serías capaz de jurarme que quieres a esa gente, que apruebas lo que hace? Comprendo que aquí puedes elevarte por los estudios que has hecho. En cambio, en Palestina irías a trabajar en un *kibutz* y no serías sino un pobre judío. Y si escoges otro país, tendrás que dedicarte al comercio o trabajar en una fábrica. Te digo esto para que veas que comprendo tu posición. Cada uno busca lo que más le conviene, y hasta es posible que muchos no vean otra salida que meter la cabeza en el lazo corredizo de la horca.

Aquella visita a los Friedman dejó irritado a Winter para mucho tiempo. Sin embargo, iba a verlos con frecuencia, pues se sentía atraído por aquel hogar. Era incapaz de replicar a las palabras de su tío y (él mismo no sabía por qué) no encontraba argumento en contra. Después de todo, el tío Isaak no contaba nada extraordinario; todo aquello lo conocía perfectamente José. Pero es muy distinto saber una cosa a oírla de labios de otro. Hay una gran fuerza en el hecho de mantener bajo el más absoluto silencio ciertos temas, y ese silencio, que es uno de los principios de la vida soviética, era aún más obligatorio en el ejército. Además, ellos empleaban la lengua oficial con una terminología que parecía privar a la realidad de su verdadera naturaleza. Winter había visto funcionar a la perfección ese mecanismo que permite convencer al que está mirando una casa y hacerle creer que no ve una casa sino una nube. Su tío Isaak era un hombre sencillo y a José le hubiera sido imposible discutir con él utilizando las abstracciones soviéticas. Por otra parte, tampoco podía negarle valor al sentido común de su tío. Después de todo, ¿quién era él para vivir siempre protegido por un blindaje teórico? Isaak Friedman daba, quizá sin saberlo, en el punto más sensible del espíritu de su sobrino: la necesidad que sentía éste de establecer un intercambio inmediato, sencillamente humano, con otras personas y empezar a ganarse la vida no importaba cómo, pero sin complicaciones ideológicas. Habría preferido que sus estudios no le fueran útiles para poder trabajar como obrero en un *kibutz* y dejar de

ser un vigilante, un enemigo de sus compatriotas y de los demás judíos. ¡Cuánto mejor ser uno de tantos en la multitud!

Cuando José se sorprendía a sí mismo pensando estas cosas, sentíase horrorizado. ¿Cómo es posible que el curso de la Historia se burle de todas las previsiones? Los comunistas rusos se extenderán antes o después por todas partes y será inútil esconderse a no ser que se sumerja uno en el fondo del mar. «¿Qué me quedará si traiciono al Partido? ¿Dónde encontraré un sentido para orientar mi vida si con mi decisión de abandonarlos deseo probar que la Historia carece de todo sentido?». Envidiaba a su tío, y a las personas sencillas y corrientes como él que no habían conocido ese instante de envenenado deslumbramiento que recuerda al sabor de la manzana arrancada al Árbol del Bien y del Mal.

Mientras siguiera trabajando en Polonia, donde se estaba realizando el triunfo del sistema al cual había sacrificado él tantas cosas, su pasado se justificaba e incluso se justificaban sus primeras experiencias a principios de la guerra cuando los alemanes y los rusos —entonces amigos— se repartieron Polonia y a él le cogió en zona rusa. Entonces era un tonto. Y como si el destino no se lo hubiera perdonado, había tenido que relacionarse con ese Kwinto precisamente en los días en que más le avergonzaba lo que había hecho: lo habían llamado a la NKVD, donde lo trataron bien, casi como a un amigo. Tuvo la agradable sensación de que lo trataban como a uno de ellos, como a un camarada leal a la causa. Le pareció que para merecer esta confianza debía contarle todo. Ocultarles algo sería portarse mal con ellos, que lo trataban tan bien. Había sido un burro, un cándido burro. Y al mismo tiempo había sentido miedo de mentirles. Cuando le preguntaron por Piotr Kwinto, soltó todo lo que sabía de él. Por eso, cuando supo que habían detenido a Piotr, hizo todo lo posible para no relacionar este hecho con su declaración intentando persuadirse de que, sin su intervención, habrían sabido toda la vida de Kwinto por cualquier otro medio. Lo único que podía proporcionarle la paz de su espíritu era la seguridad de que él, Winter, no era más que una existencia entre millones de personas arrastradas todas ellas por la irresistible corriente que las lleva en una u otra dirección sin que la voluntad individual sirva para nada. Sin embargo, le había alegrado mucho que Piotr hubiera salido bien de aquel asunto... Pero ¿y si las fuerzas impersonales colectivas no son más que una ilusión y el hombre debe encontrar por sí mismo las normas de sus actos y atenerse a ellas pase lo que pase? Aunque, ¿cuáles son esas normas y dónde están? Su frente se cubría de un sudor frío y, aunque se sintiera atraído por la familia de su tío, le molestaba la súbita y apasionada amistad de su mujer con los Friedman.

XII

Inmediatamente detrás del pueblo, un camino pedregoso surcado por las lluvias subía hacia los linderos del bosque. Wolin caminaba lentamente, dándose golpecitos con una rama en las polainas. Ya estaba bien por hoy. ¿Acaso no habían utilizado sus antepasados a toda clase de canallas para mantener a los campesinos en la obediencia? Innumerables lacayos y negreros se han movido a través de los siglos en torno a los grandes señores, dispuestos a cometer cualquier villanía a la menor señal de éstos. Como perros serviles, estos tipos despreciables están siempre dispuestos a ejecutar fielmente las órdenes de cualquiera que tenga en sus manos el poder. Es casi una «constante» biológica; la tarea vil y rastrera la realiza siempre el mismo tipo de hombre. Claro, hay que descartar a los que se gastan, pues algunos, a fuerza de realizar salvajadas, se hacen demasiado bestias para desempeñar bien nuevas tareas. Pero, en conjunto, el aparato del terror está formado por las mismas categorías que en Rusia: brutos absolutos creados para la acción pura y simple; las diversas clases de jorobados, cojos, etcétera, llenos de complejos; y, por último, los hijos de la aristocracia, los refinados, para los cuales es un buen refugio la servidumbre, ya que les está cerrado cualquier otro camino por la «indecencia» de su origen.

Mientras tanto, habría que ascender a aquel tipo. Cuando Wolin había salido del coche, se lo había encontrado esperándole muy ufano. Tenía una catarata en un ojo y estaba muy colorado porque había abusado del vodka y porque le emocionaba y a el elogio que esperaba oírle a su jefe. La cosa no era para menos: ¡había deshecho la banda de «Kord»! Wolin pensaba que esto no había sido ninguna hazaña sino fruto de una feliz casualidad. Desde luego, lo felicitó, pero no creía demasiado en todo lo que aquel tipo le explicaba sobre largos y minuciosos preparativos de la operación. Por lo visto, habían encontrado en un camino del bosque, cuando ya lo tenían todo preparado para caer sobre la banda, a tres individuos de los cuatro que «Kord» había detenido cuando iban en viaje oficial. En el patio de la finca yacían, alineados, unos bultos oblongos bajo unas mantas campesinas. Los agentes de policía destaparon los cadáveres. Había seis. «Éste es el propio “Kord”». Wolin tocó con la punta de su bota el rostro del bigotito con la cicatriz que pasaba por encima de la nariz. El muerto sólo llevaba una camisa, los pantalones y, suspendida al cuello, una cadenita con una cruz de metal; tenía los talones juntos y las puntas de los pies, calzados con botas enlodadas, parecían muy separadas. A Wolin se le

ocurrió una idea incongruente: aquel hombre podía ser uno de sus compañeros de Instituto. Se inclinó para observarlo con detenimiento. No, aquella cara le era desconocida. «No se lo esperaba —dijo el hombre de la catarata—. En estos pueblos hacía lo que le daba la gana. Pero estábamos bien informados por nuestros confidentes. Se ha defendido bien. Nos ha tumbado a dos muchachos». «Y éste —preguntó Wolin, señalando con su bota el cadáver de un viejo campesino—, ¿quién es? ¿También un guerrillero?». «No; es el propietario de la granja. Su hijo también formaba parte de la banda, pero se nos ha escapado. La granja la incendiaremos al marcharnos, si le parece a usted bien». «No es preciso —dijo Wolin—; bien, basta por ahora. No olvide usted recompensar a los confidentes».

Entonces comenzó el interrogatorio de los detenidos. Sólo habían cogido vivos a tres. Dos de ellos se asustaron cuando empezaron a golpearlos y confesaron en seguida. En cambio, el tercero se resistió tenazmente. En un momento de descuido logró soltarse de los agentes que lo sujetaban e, inclinándose sobre la mesa donde estaba Wolin, le escupió a la cara. Éste en vez de indignarse, quedó fascinado por aquel acto de rebeldía. Quiso ordenar que lo dejaran tranquilo, pero antes de haber podido abrir la boca, caía el rebelde fulminado por un culatazo en el cráneo. ¿Cómo se llamaba aquel valiente? Gdula. Seguramente un apodo. Habrá que enterarse del verdadero nombre. ¡Qué magnífica espontaneidad en sus reacciones! Mientras se limpiaba la mejilla con un pañuelo, pensaba Wolin en los cambios que provoca el intelectualismo en la conducta de un hombre. Sus antepasados, con el sable en la mano, exigían una satisfacción a su honor ofendido; eran sanguinarios, violentos, dispuestos a la cólera en cualquier instante. Era aquél un mundo de hombres aislados, capaces de reaccionar de un modo independiente, hombres que existían aparte de la multitud. Para aquel Gdula, él, Wolin, sería seguramente una especie de criminal; porque ese hombre era todo un individuo y sus reacciones eran sencillamente humanas, cosa difícil de encontrar en el siglo XX. Cuando las masas empiezan a comprender que nadie es responsable, caen en la apatía y entonces es muy fácil modelarlas. La maquinaria social les parece necesaria, invencible, lo mismo que a los hombres primitivos les parecían invencibles y misteriosas la inundación, la tempestad y la esterilidad de la tierra. El nuevo sistema de gobierno sería imposible si no se les inculcara a las gentes esa convicción. Y el primero que comprendió esta necesidad y creó el mecanismo en que se basa hoy el terror en todos los países del globo que lo emplean, fue un tal Feliks Dzierjinski, un noble polaco, lo mismo que él. Para los padres de Wolin, Dzierjinski era un renegado, como también él lo era a los ojos de Gdula. Pero algún día se elevará la estatua de Dzierjinski en Varsovia la Roja. Y del honor nacional ofendido sólo quedarán las cenizas.

El empinado camino, que era a la vez el cauce seco de un arroyo, le recordaba a Wolin España. Al levantar la vista, veía el verde claro de los árboles. En el cielo rosa, el sol poniente se bañaba en la bruma. No estaría mal organizar una caza de becadás.

El hombre de la catarata se había preocupado al marcharse Wolin, solo, de paseo. Pensó que aún quedarían miembros de la banda «Kord» ocultos en el bosque. Había querido ponerle una escolta y ahora, Wolin, pensando en aquel temor, tocó su pistola mientras silbaba una melodía de una antigua opereta. En algunas ventanas del pueblo se encendían luces. «Ahora estarán sentados en torno a sus mesas rugosas, bajo la lámpara de petróleo, comiendo de una escudilla con sus cucharas de madera». Estarían asustados, preguntándose qué actitud deberían tomar ante los comunistas. A Wolin le gustaba mirar por las ventanas a última hora de la tarde. Le encantaba espiar la absoluta inconsciencia con que las pobres gentes se dejaban arrastrar por la corriente de sus menudas vidas sin pensar que pudiera haber otra clase de vida y que la interferencia de las dos era inevitable. El destino estaba ya esperándolos y los ejecutores del desuno eran hombres como él, que conocían las «leyes». Era el mismo placer que experimentaba en el verano cuando observaba el trajinar de las hormigas. Los insectos iban y venían, febrilmente activos, y a él le parecía que en el comportamiento de las hormigas había una especie de locura y, desde luego, una lamentable ceguera. Se lanzaban sobre una brizna de hierba o sobre el ala de un escarabajo, y tiraban de su presa. Inmediatamente, acudían hormigas de otro bando y tiraban en sentido contrario. Si las fuerzas estaban igualadas, estos tirones duraban varios minutos. Por último, el objeto empezaba a moverse lentamente en una dirección determinada a pesar de la oposición de los adversarios. Entonces, de pronto, los que perdían se sumaban en masa a los que ganaban. ¿No serán las luchas sociales una repetición de este proceso? ¿Qué hacen, si no, esas masas que acuden «en socorro» de los vencedores?

Los expedientes que le esperaban volvieron a ocupar su atención. Se le vinieron encima con una multitud de nombres, de caras evocadas por estos nombres. Estaba contento de cómo llevaba ese trabajo. Pero, por ahora, prefería pensar en las obras de Labiche que tenía en su casa. Había conseguido adquirirlas en Varsovia. Llevaban los sellos de una biblioteca incendiada. Labiche le gustaba tanto precisamente por la absoluta insignificancia de los asuntos que ocupaban el espíritu de sus personajes, pequeños burgueses. Era el humor de la nada. El argumento giraba en torno a algún absurdo lío de alcoba, ambiciones pequeñas, en fin, cosas que no podían importarle a nadie. Y era formidable pensar que unos actores representaban esas historias y que el público, hombres y mujeres del siglo pasado ataviados de un modo que hoy parece ridículo y preocupados por aquellas

mismas idioteces —sus vidas no tenían otro objetivo—, se entusiasmaban escuchando aquello y aplaudían frenéticamente. A Wolin le había interesado siempre muchísimo cómo se podía sacar algo de nada. En una época como la suya, ni el humor ni la tragedia eran ya posibles. Esto lo había sospechado él desde años atrás, pero la vida en Rusia lo demostraba de un modo aplastante. El humorismo y el sentimiento trágico sólo podían existir en los mundos privados, de un modo vergonzoso e injustificado para la comunidad. Los jóvenes reaccionarios, como aquel Gdula, seguían sintiendo la tragedia. Y cuando pensaban en su nación oprimida, en la defensa patriótica del suelo natal, en el heroísmo, etc., sentían vibrar sus cuerdas trágicas.

Wolin oyó el canto de un tordo. Despacito, para no espantar al pájaro, se fue deslizándose hasta los primeros alisos del bosque. *Turdus musicus*. En el matorral, a poca altura del suelo, hay un nido cuyo interior está forrado de arcilla y es tan liso como si acabara de fabricarlo un alfarero. La hembra caliente con su cuerpo unos huevecitos azules con pintas de moho. Vio por fin al tordo en la copa de un pino. Su canto planeaba, extático, en la claridad, por encima del crepúsculo. Wolin, con la cabeza echada atrás, observaba el movimiento del gajate de donde salían aquellos deliciosos sonidos. Los mismos sonidos musicales que oyó tantas veces en su infancia. Sonidos ajenos a la Historia, sometidos solamente a las leyes del eterno retorno.

XIII

Para Piotr, el curso del tiempo, que hasta entonces llevaba un ritmo desigual — como si se hubiera ido deteniendo al borde de una serie de precipicios — empezó a tomar velocidad. Lo quisiera o no, tenía que insertarse en lo que sólo era para él una situación frágil y provisional, aunque pensaba con disgusto que lo provisional amenazaba convertirse en duradero. Hacía calor y las hojas de los árboles dejaban filtrar la luz de las lámparas eléctricas. Las orquestas tocaban en los jardincitos de los cafés en esta ciudad de Lodz donde Piotr se había instalado. Los problemas que le acuciaban iban perdiendo fuerza para él, y lo mismo les sucedía a sus compañeros. El miedo, la vergüenza del pasado y del futuro estaban en todos como envueltos en algodón y habría sido imprudente buscar el nudo de la cuestión a través de esa capa aislante. La gente iba y venía embargada por el sonambulismo de la vida, de la primera primavera que seguía a la guerra, el verdor de los árboles y el movimiento de la calle. En las mentiras de la Prensa y de los discursos oficiales sólo veían ahora fenómenos sin importancia, pues el que más y el que menos se afanaba por reanudar sus pequeños negocios, buscar piso, traficar y tramar intrigas gracias a las cuales se descargaban de su odio. Porque a este odio no le podían dar ninguna salida permitida oficialmente. Se bebía mucho vodka y las mujeres eran fáciles como si hubieran aprendido que el cuerpo humano es demasiado perecedero para que valga la pena limitar los deseos con normas morales. Piotr conoció a Eva. Aquello empezó sin demasiados preliminares. Habían bebido en compañía de Bunio. Bailaron y Piotr la acompañó a su casa. Le gustó que las rodillas de la mujer temblaran cuando se besaron en el vestíbulo del local. Ella iba con frecuencia a casa de Piotr después de la función. Era actriz; durante la guerra había trabajado de camarera en un restaurante de Varsovia, adaptándose a las órdenes de la organización clandestina de actores, que prohibían a sus miembros trabajar en ningún teatro mientras los alemanes dominasen el país. Eva era de pequeña estatura, muy fina y tenía un humor muy especial que, aunque frecuente en la ocupación nazi, le parecía a Piotr muy original e interesante. Hablaba de su marido entre risas: «No quedó de él ni un pedacito. Sólo una mancha húmeda. Se había lanzado contra el tanque que estalló en la ciudad abierta». Era un tanque trampa cargado de dinamita que los alemanes dejaron coger a los insurrectos. Éstos lo condujeron a través de las barricadas hasta la plaza del mercado. Una multitud entusiasta de muchachas y niños rodeó este botín de guerra. Y cuando el conductor alzó la trampilla para salir, estalló el tanque, matando a unos centenares de

personas. Encontraron cabezas y manos en los balcones de las casas de alrededor y en las copas de los árboles.

Sin saber por qué, la clase de muerte que había tenido su esposo divertía mucho a Eva, aunque esa reacción resultara incomprensible. También le divertían otros acontecimientos y circunstancias que no suelen causar risa; por ejemplo, el hecho de que Piotr (que estaba ya desmovilizado y llevaba traje de paisano) hubiera pertenecido al ejército soviético, o que publicara artículos serios. Le decía: «Déjate de bromas; tú no eres así. Ahora todos fingen ser lo que no son; nadie cree en nada; los agentes extranjeros se presentan como Gobierno nuestro y llaman polaco al ejército que mandan los rusos... Comprenderás que me ría de todo esto».

Para Piotr, Eva era, ante todo, un medio de renovar su contacto con el teatro. La atmósfera de irrealidad y de magia, el olor a maquillaje, los vestuarios, detrás de cuyas puertas se veían, a la cruda luz eléctrica, unas espaldas desnudas o unas piernas. Chismes, rivalidades, todo aquello adquiría para él un valor excepcional quizá por ser un mundo aparte en el que podía refugiarse. Gracias al teatro volvía a encontrar una cierta permanencia, una ligazón con el pasado. A pesar de sus deseos de abolir una gran parte de ese pasado, admitía su período teatral como una época aceptable. Sin embargo, esta continuidad la turbaba alguien cuya presencia era para Piotr un recordatorio vivo de la fuga de los años. Teresa se había casado y tenía un niño. Cuando volvieron a verse se examinaron con detenimiento. A ella no le había cambiado el tipo: sus piernas largas seguían bien torneadas, pero los senos —que siempre los había tenido bien proporcionados— eran ahora demasiado grandes. Tenía arrugas alrededor de los ojos y algunos mechones blancos.

Cuando Piotr estaba sentado en casa de Teresa y ella, buena ama de casa y siempre maternal, le servía la sopa, Piotr sentía con intensidad lo extraño de la existencia. Él era el mismo y, sin embargo, distinto, y Teresa seguía siendo la misma, aunque era también diferente. Antes de la guerra, cuando Piotr iba al teatro a verla actuar, sus emociones artísticas se mezclaban con un orgullo un poco absurdo de macho. Desde la oscuridad de la sala seguía el paso enérgico de Teresa bajo el disfraz de reina shakespeariana o en un atavío de la época romántica, aquéllos de la cintura tan alta. El verdadero misterio del teatro era para él la fusión de lo hierático con lo indecente, fusión en la que descubría también el secreto de los seres humanos capaces de crear poemas y filosofías en medio de excrementos y menstruaciones. Nunca había sentido esto con tanta fuerza como una noche —a primera hora— en que, a causa de una mudanza, no tenían dónde pasar un rato antes de ir ella al teatro. Estaban en los bulevares, a la orilla del río y, movidos por un súbito deseo, se habían amado contra la baranda de hierro. Una hora más tarde, le llegaban a Piotr

el ritmo noble de los versos clásicos declamados por su amiga y sus movimientos majestuosos de heroína trágica; lo cual le parecía el contraste supremo, un desafío a lo biológico y un triunfo del artificio puro propio del arte. La amistad de Teresa le era valiosísima al cabo de estos años: fraternal, sin estar exenta del todo de los recuerdos eróticos que surgían en ciertos matices de la voz, en un pliegue de los labios y otros movimientos casi imperceptibles. Piotr podía hablarle de todo, mientras que Eva tenía que conformarse con su silencio indulgente o abstraído.

Algo que atormentaba a Piotr desde hacía varios años era un sueño; un sueño vergonzoso, demasiado repugnante para llevarlo encima. Lo corriente es olvidar sueños como éste, ya que el organismo los neutraliza y se los asimila de manera imperceptible, como ciertos venenos a los que se acostumbra uno. Piotr pensaba con frecuencia en este sueño repetido que siempre le estaba acusando; se acordaba con toda claridad de los detalles, aunque no pudiera contárselos a nadie. Ni siquiera a su madre se había decidido a contárselos. No; era imposible. La única persona a la que podía confiarlo era a Teresa, aunque esto significara descubrirle una mayor parte de sí mismo de lo que nunca había hecho, ni siquiera en la época en que ambos eran amantes.

Necesitaba descargarse de este peso y someter su extraño sueño al juicio de otra persona, ya que su propia interpretación, demasiado halagüeña para sí mismo, podía ser falsa. Le advirtió a Teresa que este sueño no se refería al pasado: era como llevar en el cuerpo una bala errante sabiendo que algún día puede llegarnos al corazón. Le pidió ayuda.

EL SUEÑO DE PIOTR

Este relato, cuyas frases había tallado y pulido muchas veces esforzándose por captar la inefable insistencia del recuerdo, le producía ahora, al contarle en alta voz, una vergüenza inesperada. Era como hallarse ante la superficie de un estanque sombrío y que parece profundo para descubrir luego, al meterse en el agua, que ésta no sube más arriba del tobillo. Se dio cuenta de que no decía lo esencial y que más bien estaba pronunciando un discurso sobre la manera de curar el escorbuto. En Rusia, cuando se hallaba en el campo de concentración, los presos hacían hervir agujas de pino a falta de otro remedio. Piotr se justificaba así de antemano reduciendo su ensueño a una de esas alucinaciones tan corrientes provocadas por el hambre. Nada más normal que las obsesiones de los hambrientos como aquel éxtasis en que le sumergían entonces, durante el sueño, el sabor de la carne con

mermelada que tanto le había gustado de niño. Tartamudeando, contaba Piotr el odio que sentía y la miseria de su situación. En torno suyo, en millares y millares de kilómetros, no había más que gente dispuesta a hacer caso omiso de los desgraciados como él, y si se fijaban en ellos era sólo para considerarlos como unos criminales que se merecen que les suceda lo peor. «Tenía el alma como muerta. Me parecía hallarme en el fondo de un abismo herméticamente taponado por rocas enormes. No había esperanza alguna».

Gracias al sueño se podía burlar el hambre, y también la humillación. Piotr iba por una calle de una gran ciudad y todo el mundo se apartaba para dejarle pasar: la gente se quitaba la gorra o el sombrero y saludaba. A sus pies se había arrodillado un hombre. Piotr lo miró; era el limosnero del Instituto y llevaba un uniforme. Era el mismo limosnero que solía echarlo de clase gritándole: «¡Kwinto, tienes una expresión indecente!». En realidad se trataba de las preguntas tan difíciles y embarazosas que Piotr se hacía en clase sobre los dogmas.

Luego, misteriosamente relacionadas con este homenaje que le rendía el sacerdote, aparecían unas grandes escaleras de mármol, un palacio blanco de arquitectura meridional y un penetrante olor a naranjas. En una amplia sala, unos negros con chaquetas a cuadros jugaban al billar. Música de «jazz» y canciones. La letra de las canciones aludía a Piotr. Se encontró ante unas mesas ya servidas y se sintió contentísimo: estaba comiendo. Comía con la convicción de que nunca le faltaría el alimento, que ya no había amenaza alguna y que nadie podría privarle de la carne con mermelada.

Ante todo, era un sueño tranquilizador, que le infundía una absoluta seguridad. Todo él estaba impregnado de una presencia protectora y poderosa. Piotr sentía un amor tan inmenso que la misma grandeza de este sentimiento le hacía llorar de ternura. Amor por Aquél que lo llenaba todo. Y Aquél era, sencillamente, Stalin, que lo sentó sobre sus rodillas y lo rodeó con sus brazos. Se llevó al pequeño Piotr y a medida que se elevaba por los aires se iba haciendo cada vez más gigantesco. De pronto, Piotr comprendió que no era Stalin, sino Dios Padre con su triángulo luminoso, la paz eterna y la felicidad inacabable.

Piotr se expresaba mal. Pero le hacía a Teresa unas preguntas violentas; las preguntas de un rebelde: «¿Por qué? —repetía—, ¿por qué? ¿Cómo puedo ser responsable de lo que soy de verdad? ¿Quién puede decir “Yo soy yo”, si, sabiendo que odia, está adorando contra su voluntad?».

Los troncos de los árboles quedaban perfilados en negro, detrás de la ventana,

con el fondo del sol poniente. Sus cilindros tenían la incomparable densidad de las cosas que existen verdadera y plenamente. Teresa, sentada y con la barbilla apoyada en el puño, mostraba sus cabellos peinados lisos hacia atrás partiendo de una frente ligeramente curvada. Sus rodillas tiraban de la tela del vestido.

¡Si pudiera uno inmovilizarse con todas las cosas de este mundo, o ser más que una mirada que abarca el contorno, que se harta y no vive más que de eso! Pero existían el tiempo, y el miedo, y la inseguridad, existían los deseos, había que contar con ese continuo cambio en que nada es sustancia aprehensible, en que nada tiene unos contornos bien definidos. En ese mundo de los sentimientos, de las emociones y las vagas aspiraciones, no se puede señalar con el dedo una cosa y pronunciar la palabra mágica: ESO. Piotr no se había sentido nunca a gusto entre los sentimientos y las pasiones. Sospechaba que en todo lo que se llama psicología había una deshonestidad radical. Por ejemplo, nunca se había permitido reflexionar sobre la verdadera naturaleza, en lo afectivo, de los vínculos que le unían a Teresa. El papel de ella había consistido sólo en existir. Y lo que más le había agradado era esto: lo mismo que en él, las diferentes zonas de Teresa habían estado siempre claramente separadas. El cuerpo de ella funcionaba de modo independiente, con su amable autorización: a partir de aquí y hasta allí tienes el campo libre, puedes hacer lo que desees porque es cosa tuya... Pero, pasados los minutos de pura animalidad, no subsistía en aquella mujer ningún residuo que se transformara en sentimiento, en mejillas frotadas amorosamente, en tiernos diminutivos, etc. Las discusiones entre ambos fueron muy sinceras, pero algo había estado siempre prohibido entre ellos: lo que Teresa llamaba «sacar las entrañas», pues de esto nacían, según ella, muchas mentiras expresadas de buena fe. Pero esta vez, Piotr, al contar su sueño, se había sacado delante de Teresa un buen trozo de «entrañas». La astucia de esta «gran época histórica» enlazaba —contra la voluntad de los hombres— lo individual e íntimo con lo social y general, y había forzado a Piotr a sumergirse en esas profundidades que había rehuido siempre.

XIV

Si, después de lo que Piotr le había contado, Teresa se hubiera limitado a darle unas palmadas y reírse, también él se hubiera reído y todo habría quedado en eso. Pero la verdad es que Teresa se quedó muy seria.

—Nos ponen el yugo y nos obligan a tragarnos todas sus cochinadas. Y esto tenemos que pagarlo. Eres un desgraciado.

Tendió la mano para coger la ropita que cosía para su niño. Enhebró una aguja. Mientras mordía el hilo con los dientes, observaba a Piotr.

—No creo poder servirte de nada en este caso. Tienes que interpretarlo tú mismo y entonces es posible que yo pueda añadir algo.

Piotr le estaba reconocido porque, con esta invitación, le permitía continuar sus análisis egocéntricos. Apoyó la cabeza contra la pared sobre la que se apoyaba su silla.

—Para mí no está claro —hablaba lentamente, con largas pausas entre las frases—. Al principio, cuando un hombre está sometido a la presión de una fuerza superior... totalmente sometido... llega a un límite en el que todo lo que odia se convierte en objeto de un culto, pero a la vez se niega a reconocerlo. Es muy desagradable. Entonces, la única solución es situarse más cerca que nadie del centro de esa fuerza y allí encuentra el calor y el estímulo. Quizá sea sólo yo el que está retorcido. En la escuela, aquel limosnero me perseguía, pero, si he de decir la verdad, sentía por él una especie de veneración precisamente por su fanatismo. Ahora bien, quizá no sea yo solo, sino que se trate de un fenómeno más general. Por otra parte, siempre me ha costado mucho trabajo vivir aislado y verme obligado a tomar decisiones. Cada vez que me he rebelado, ha sido para fundirme con los demás, buscando una posible unidad. Me he rebelado porque creía que les faltaba algo a quienes me rodeaban; era como si protestara de que ellos no tuvieran una fuerza lo bastante poderosa para obligarme a obedecerlos a gusto. Una fuerza intelectual o de cualquier otra clase, lo mismo da; pero todo esto es abominable y me siento condenado por ello. Al fin y al cabo, ¿quién soy yo? Deseo la verdad, pero cualquier verdad que yo pueda descubrir es demasiado débil para sostenerme en

mi lucha contra los que me dominan. El mismo Dios, en mi sueño, es sustituido, identificado con otra fuerza.

Teresa lo escuchaba sin dejar de coser.

—¿Sabes lo que estás haciendo? —le atajó—. Justificar tu fatalismo. —Piotr no respondió, y ella insistió—: Con este sueño te pones en guardia.

—¿En qué sentido me pongo en guardia?

—Lo más importante es la historia de tu padre y tu vida de huérfano. Como te mataron a tu padre, te parecen todopoderosos.

Teresa no quiso hablar más de este asunto. Pensó: «Deja de decir vaguedades y procura comprender tú mismo por qué te defiendes con este sueño. Uno de los peligros de la abyección es que llega uno a encontrarse a gusto en ella. Pero has hecho bien contándome este sueño a mí si no tienes otra persona en quien confiar».

Piotr también creía haber hecho bien contandoselo. Las palabras de Teresa habían sido inesperadas para él. Muchas veces se lee una frase que parece evidente, que creemos conocer desde hace mucho tiempo, aunque en realidad nunca hemos pensado en ella. Algo semejante le sucedía a Piotr ahora: nunca había mezclado a su padre en estos asuntos. Sólo que le parecía mucho más vergonzoso creer en la necesidad histórica del triunfo de los comunistas por el hecho de que su padre hubiera muerto luchando contra ellos. Ahora lo veía todo con luz nueva. La muerte de su padre era la causa lejana de su actual debilidad moral. Y los otros, los que se funden en la fe colectiva buscando el calor del enjambre, ¿habrían conocido también, bajo una u otra forma, esa condición de huérfano, unos padres a los que no se respeta, una aceleración excesiva de los acontecimientos que rompe los vínculos de las generaciones y la sensación de ser un extraño en el propio hogar? ¿Y si Teresa llevaba razón y este ensueño tan repetido no era una condena, sino un medio defensivo? En tal caso se trataría de una de esas intuiciones a las que su madre —y también él mismo— obedecían; y no algo vergonzoso e inconfesable.

Ahora veía con mayor claridad lo que le impulsaba hacia Artym: buscaba un guía, un hombre experimentado que pudiera ayudarle en sus incertidumbres; lo mismo que en su infancia, sentía nostalgia por el árbol grande. Artym era muy viejo, había sobrevivido a la guerra; y su piso, en los suburbios de Varsovia, había quedado intacto. Piotr no había ido a verlo hasta ahora porque sentía cierto temor de ponerse en contacto con él. Artym era uno de esos socialistas intransigentes; si lo

habían dejado tranquilo era sólo en consideración a su nombre famoso —siempre es mejor no hacer mártires— y por su avanzada edad. Como Piotr pertenecía al clan de Baruga y cuidaba mucho —aunque sin grandes esperanzas— sus proyectos de marcharse al extranjero, era lógico que evitase toda relación con Artym, pues había que suponer que el viejo socialista estaba muy vigilado. Sin embargo, después de su conversación con Teresa, decidió saltarse sus temores y visitar a Artym.

XV

El Vístula, en el fuego de los primeros calores intensos, llevaba enturbiadas sus aguas por la arena arrancada de su lecho y sus orillas por la corriente. Por encima del ancho río se elevaba la ciudad destruida, absurda con su tétrico aspecto bajo la alegría del cielo. La superficie del agua, acostumbrada ya a la herrumbre de los puentes hundidos, repetía sin tregua los mismos pliegues. Más allá del último puente, las amplias playas estaban vacías. Antaño, en esta época, una multitud abigarrada se extendía por allí, las radios portátiles armaban una gran algarabía y los vendedores de helados pregonaban su mercancía.

Foca evitaba tropezar con los alambres espinosos y con los montones de escombros. Solía irse todos los días allá lejos, desde donde sólo se distinguía la línea azulada de la Varsovia destrozada. Volvía a encontrar los rincones donde, cuando niño, iba a jugar con sus compañeros de escuela. Se tendía sobre la arena abandonando al sol su cuerpo desnudo. El sol proporcionaba una gran felicidad porque permitía resistir la virulencia de los pensamientos y les quitaba su implacable evidencia. Lentamente se adentraba en el río, nadaba, hacía la plancha y se abandonaba a la corriente, que le depositaba por fin suavemente en un banco de arena. Le parecía vergonzoso estar disfrutando así, como hacía años, de la luz y del agua. En la satisfacción que aquel contacto con la Naturaleza le proporcionaba, se mezclaban los alfilerazos del remordimiento. Pero en conjunto disfrutaba tanto que se hallaba dispuesto, una vez más, a aceptar al hombre tal como es y a convencerse de lo inútil que es exigirle más a la vida.

Después de su regreso, se alojó en casa de un peón caminero conocido suyo, en el barrio de Praga. Necesitaba encontrar trabajo, pero por lo pronto ya tenía para defenderse. Darewicz, uno de los militantes socialistas amigos suyos, le había dado una vez doscientos dólares, aunque él no quería aceptarlos. Darewicz se encogió de hombros y dijo que ese dinero no era suyo y que no veía la manera de ponerlo al servicio de la causa. Consideraba una trampa el ofrecimiento de colaborar con las nuevas autoridades, y a los que montaban ahora un partido socialista legal les predecía un triste fin. Precisamente, el propio Darewicz, por haber sido socialista de verdad, era amenazado continuamente y no dormía ya en su casa.

Foca no habría podido definir en qué consistía lo nuevo. Nunca había

entrado en contacto hasta ahora con ese algo que se había formado en el Éste. *Lo nuevo* —o sea, lo soviético— escapaba a toda consideración, era como aire, un clima, una presencia vaga que, por encima de todo aspecto material, se escapaba al razonamiento y, por supuesto, a la mirada. Durante su viaje de regreso, iba convencido de que se dirigía hacia una nueva ocupación extranjera de su patria. Los cinco años que había pasado bajo el terror hitleriano le acostumbraron sobradamente a este género de vida. Ya le daba igual quién fuera el ocupante.

Sin embargo, *lo nuevo* no recordaba en absoluto a lo que él había conocido. Como soldado del Ejército del País, estaba expuesto a que lo detuviesen en cualquier momento. Todos los días se llevaban a antiguos compañeros suyos de armas. Pero no se trataba de eso. En los ojos de sus conocidos y en los de todos los que encontraba en la calle leía el miedo. Y este miedo era diferente, era un miedo nuevo: lo que espantaba ahora a las gentes no era un peligro inmediato, sino algo así como la amenaza misteriosa y preñada de prohibiciones que pesa sobre las tribus primitivas. Los labios de esta gente pronunciaban fórmulas estereotipadas, pero tan confusas para ellos como sus sentimientos, y se decían: «Esto no hace más que empezar». En el transcurso de los años anteriores se habían visto obligados, por supuesto, a tomar todas las medidas de seguridad que les parecían eficaces: documentación falsa, cartas de trabajo ficticias..., pero ahora, en cambio, se apresuraban a afiliarse al Partido, se precipitaban sobre las colocaciones que les parecían seguras porque todos se sentían vigilados y tenían la íntima convicción de que iban a ser juzgados algún día en algún espantoso Día del Juicio. El brillo del blanco del ojo bajo el párpado, un rubor repentino, la brusca inclinación de una cabeza traicionaban la turbación y la angustia que impulsaban la conducta de estos polacos.

Algunos viejos camaradas de su grupo clandestino le explicaban a Foca que el trabajo actual de los socialistas era muy importante para el país y que era imprescindible pasarse al «bando legal». Se jactaban de estarles enseñando a los comunistas cuáles eran los verdaderos amos del país, los hombres capaces de arrastrar en Polonia a las masas. Pero, después de pensarlo mucho, Foca rechazó estas proposiciones, pues en todo ello encontró una oscura falsedad. Prefería a su peón caminero que, frunciendo las cejas con aire de persona enterada, le enseñaba su reciente carnet del P. P. R.^[4]

Foca siguió en la playa. Tenía tiempo de sobra. Se estaba poniendo muy moreno y el fluir del río se prolongaba en él como la esencia líquida del universo. El Vístula, incluso en el tiempo más radiante, conservaba su aspecto de trágico decorado: de curso irregular, abriendo nuevos cauces en la salvaje llanura, se

expandía caprichosamente por las tierras desiertas. Ya no se veían ni barcas ni dragas, ni canoas de pescadores, ni *kayacs*. Unas garzas, envalentonadas por la ausencia del hombre, se paseaban por la orilla.

Foca no sabía qué camino podría tomar su vida. En el Vístula buscaba una purificación. Pero ¿de qué tenía que purificarse? Había estado dejando para más adelante su visita a las ruinas de la Ciudad Vieja. Quizá sintiera miedo de ir solo. Alguien le contó lo que había sido de los profesores de la Universidad y supo que Gil estaba en Varsovia. Logró su dirección.

Era un barrio alejado, al sur de la ciudad. Unos hotelitos con ventanas tapadas por tablas y cartones se hundían en la maleza que crecía en los jardines de antes y a través de la cual los habitantes, al ocupar de nuevo las casas, habían trazado unas sendas a fuerza de entrar y salir.

El encuentro había sido molesto para ambos. Foca explicó a tropezones que era un amigo de Joanna, que habría querido..., que pensaba... Se encontraba ante un hombre alto y delgado en cuyo cráneo afeitado rebrotaban, rígidos, unos pelos grises. Tenía las cejas muy pobladas y enmarañadas y la boca tensa, en una expresión de terquedad. Foca se balanceaba sin saber qué actitud tomar, tratando en vano de encontrar un parecido entre aquel hombre y Joanna, algo que le infundiese a él confianza. La idea de haber visitado a Gil le parecía absurda. Pero poco a poco fue haciéndosele familiar la mirada del profesor, una mirada clara que parecía independiente de él mismo. Pero es curioso que esta impresión acabara por hacersele desagradable. Por fin dijo el anciano:

—Ya. Joanna. Sí, busco su tumba. ¿Tiene usted idea de dónde está?

Para llegar a aquel sitio, tenían que cruzar toda Varsovia. Cuando pasaron varias calles en que el tráfico de la ciudad volvía a recordar débilmente lo que fue en tiempos, los pasos de ambos hombres resonaron en el silencio de las calles y plazas muertas. El ruido de las ruedas de una carretilla, el clic-clac de las suelas de madera de los dos niños que tiraban de ella, resonaban increíblemente con el eco de los muros incendiados. Con una pala cada uno al hombro, se abrieron paso por el laberinto de las ruinas de la Ciudad Vieja. A Foca le costó mucho trabajo encontrar los restos de la casa. Por fin estaban en el patio y Foca no llegaba a comprender qué vínculo podía subsistir entre lo que él había vivido tan intensamente en este lugar y la realidad presente. Era como si todo tuviera su manantial en lo más íntimo del hombre. Como si nada viniera de los objetos materiales. Antes se había extrañado de que algunas gentes —los esquimales o los lapones— pudieran vivir en las

heladas extensiones nórdicas donde no hay nada, ninguna planta, nada de color verde; pero ahora pensaba que también para aquella gente existían colores y que en el inmenso desierto de hielo habría algo que les atraía, algo creado por ellos mismos desde el fondo de sus personas, algo nacido de sus propios deseos.

A Foca no le gustaba pensar en aquella expedición y en lo que allí habían hecho el profesor y él. Hasta el tercer día no encontraron el cadáver de Joanna, cuando los vestidos de Gil y los suyos estaban ya impregnados del repugnante olor constante en aquel lugar. Por lo menos, Gil aseguraba que era el cuerpo de Joanna. Foca se sentía obligado a decir algo de la muchacha, pero notó con sorpresa que casi no tenía nada que comunicarle al padre. Se contentó con relatar hechos escuetos. Recordó lo de Osman, cuando Joanna se empeñó en subir con él, y también la visita del Padre Ignacio. Nada dijo en cambio del conflicto que hubo entre Bertrand y el Padre, pero no ocultó su antipatía por el sacerdote. Gil le preguntó si Joanna se había confesado y Foca no pudo adivinar por la voz del anciano si deseaba que le respondiese que sí o que no. El nunca se había planteado esta cuestión. No sabía si se había confesado. «Aquel Bertrand —añadió como sintiéndose obligado a ello— era amigo mío. Lógico y positivista. Joanna lo estimaba mucho». Gil movió la cabeza con pesar. En verdad, era difícil entrar en contacto con este hombre. Intimidaba a Foca, que nunca adivinaba sus verdaderos pensamientos a pesar de que durante estos días se hubiera desarrollado entre ellos, a pesar de la diferencia de edad, una especie de camaradería silenciosa.

A la orilla del río, Foca lloraba de soledad. Esto le ocurría a veces, aunque le duraba muy poco. Era espantoso pensar en la inutilidad y vaciedad de esta vida. Procuraba imaginar lo que Bertrand hubiera escogido, él que era tan exacto en sus cosas y un hombre con el que podía uno contar. Para Foca, el vergonzoso asunto de Gdula radicaba, sobre todo, en haber caído por debajo de la idea que su amigo tenía de él. Y desde entonces había procurado reparar esta falta, pero todas las vías posibles las veía cortadas ante él. Por otra parte, al no intervenir en nada, al decir que no a cuanto le proponían sus antiguos camaradas, estaba abocado a convertirse en un ermitaño.

Un día, abriéndose paso entre los matorrales, estuvo a punto de meterse entre un grupo de jóvenes de ambos sexos. Tanto ellos como ellas estaban completamente desnudos. Jugaban a las cartas. Por su desnudez y por los perezosos movimientos con que jugaban, flotando en un tiempo parado, demostraban que todo lo social, el pasado y el futuro, les era por completo indiferente. Estos jóvenes estaban ya, a pesar de sus pocos años, de vuelta del deber, de las convicciones, de la necesidad de sacrificar la vida por los ideales... Vivían y nada más. Si Foca se

hubiera acercado a ellos y les hubiera dicho que él era, como ellos, uno de los que habían defendido esta ciudad vencida, habrían levantado la cabeza despacio, le hubieran invitado con un gesto indiferente y le habrían puesto unas cartas en la mano. Volviendo a dejar caer las ramas que tenía levantadas y retirándose sin ruido, conservó en su mente la imagen de una planicie en la cual, en medio de las huellas de efímeras civilizaciones, a orillas de un río abandonado, estaban sentados, sin importarse nada unos a otros, unos pequeños rebaños humanos tan enemigos de lo que había sido como de lo que iba a ser. Y él, Foca, era como todos ellos. Había muchos así en el mundo en esos momentos, pero pensar todo esto no servía para nada.

XVI

Al visitar por segunda vez a Artym, Piotr encontró allí a un desconocido, un joven en cuya chaqueta de lino bastante sucia había un brazalete de luto. El desconocido se levantó vacilando. Era cargado de espaldas y sus largas manos le colgaban sin saber qué hacer con ellas. La cara bronceada por el sol de aquel individuo le recordaba a Piotr la de los golfillos de Varsovia de antes de la guerra, rostros afilados e irónicos. Pero éste, en cambio, era un rostro sombrío. Quedaron mirándose, y Piotr experimentó una sensación desagradable. Para seguir visitando a Artym, necesitaba hacerlo sin testigos.

El anciano comprendió la violencia de la situación y dijo:

—Pueden ustedes tener absoluta confianza el uno en el otro. Si les recibo a ustedes al mismo tiempo, es que los considero a ambos de toda confianza. Cisowski, encargado de nuestras municiones durante la guerra, y llamado Foca, luchó muy bien en el levantamiento. Kwinto, que regresa de Rusia.

La venerable barba blanca de Artym caía, ancha, sobre su pecho. Hablaba bajito, como lo hacen en general los cardíacos. Alejado desde hacía mucho tiempo de la vida política, se había convertido en una figura legendaria; era el símbolo vivo de las antiguas luchas obreras contra el zarismo, de la fe en el progreso y en la nueva comunidad de pueblos europeos. Piotr, cuando estaba sentado en casa de Artym, contra la estantería atestada de libros que llegaba hasta el techo, se sentía como en un islote donde imperaban la verdad y la sinceridad. Estos islotes —su madre, Teresa, Artym— eran necesarios para su existencia. Sin embargo, si quería encontrar junto a Artym una ayuda eficaz para sus debates interiores, contra las fuerzas externas que lo aherrojaban, era muy dudoso que la consiguiera. En las palabras del viejo no había ninguna amargura, pero tampoco hacía nada por atenuar el pesimismo de sus opiniones. Además, su manera de expresarse era característica de una época ya pasada; sus frases se perdían en una bruma lejana y no parecían tener una relación directa con la realidad presente.

—Nuestros antitrinitarios llevaban sables de madera para manifestar así su pacifismo integral —decía Artym—. Y esto ocurría en las turbulencias sangrientas del siglo XVI. Discutían interminablemente para saber si un cristiano puede ejercer

una función pública, ya que estas funciones suelen estar sometidas por la fuerza. Y al mismo tiempo, en Rusia, crecía el poder de Iván el Terrible. Nosotros, los polacos, teníamos que recurrir a la violencia contra la policía del zar, pero nuestra visión del futuro era tan pacífica como la de los humanistas. Teníamos la convicción de que el pueblo sabría reconocer por sí mismo quiénes son los que de verdad se ponen a su servicio. Hoy nuestro pueblo está contra los sucesores de Iván por razones nacionalistas. Pero ¿no hay en esta repugnancia que les produce a los polacos la opresión, quizás una huella de nuestro trabajo, de nuestra vencida ilusión?

Y añadía, encogiéndose de hombros:

—¿La dialéctica? Marx no decía que se impidiera por la fuerza la comprensión de los hechos. No sé si han oído ustedes hablar de un hombre que se llamaba Machayski. Era un socialista polaco. Estoy hablando de hace mucho tiempo, cuando yo era joven. El zar lo deportó a Siberia. Sólo había escrito un libro muy pequeño editado en ruso en que exponía su tesis. Según él, cuando se dice que el proletariado hace la revolución, esto significa sólo que una *intelligentsia* sin escrúpulos trata de incrustarse en el organismo social. Y no deja de haber una parte de verdad en eso: toda la locura de la *intelligentsia* rusa y su manía suicida. Es lo mismo que la atracción sexual, que en las arañas impulsa al macho hacia la hembra para que ésta lo devore inmediatamente después del acto. Piensen ustedes en los países retrógrados. Sus masas son apáticas, pero en cuanto alguien aprende allí a leer o empieza a ir a la Universidad, se hace staliniano porque ése es el camino que le parece evidente y lógico. Es la gran trampa del siglo XX. En cuanto alguien cree que algo es científico y fácilmente demostrable en un papel, en seguida quiere llevarlo a la práctica. Cuando el aprendiz de brujo se asusta de la fuerza demoníaca que ha desencadenado con la fórmula que le enseñaron, es ya demasiado tarde y ha de seguir siendo el esclavo del demonio a quien él ha contribuido a liberar.

Artym era también implacable para los socialistas:

—Para ustedes esto de que hablo es ya mitología. En cambio, para mi generación era un problema fundamental: me refiero a la lucha entre los que deseaban el socialismo y la independencia, y aquellos otros que, como Rosa Luxemburg, no querían que los Estados que eran antiguos esclavos del zarismo se separasen de Rusia sólo porque ésta se había convertido en la Unión Soviética. Pero se han separado, aunque no todos, ya que Ucrania y Georgia han seguido ligadas a Rusia. De todos modos, aquí en Polonia triunfamos aunque la separación iba a ser a la vez nuestra derrota por haber tenido que sacrificar el internacionalismo. El zarismo de ellos, el de los bolcheviques, nos daba la razón. Al aceptar la unión

nacional los partidos socialistas, estos productos del siglo XIX tuvieron que pasar por una época en que les era imprescindible suprimir toda política. Antes de la guerra, los socialistas tenían que limitarse a hacer su propaganda en las Universidades populares y exclusivamente entre sus afiliados, pues se veían aplastados por las dictaduras, el salvajismo nacionalista, el racismo, el oscurantismo... Hoy, en cambio, ha llegado el triunfo póstumo de esos socialdemócratas nuestros que deseaban llevarse bien con Rusia y que, en resumidas cuentas, son los padres del Partido comunista. Al mismo tiempo, ese efímero triunfo es su peor derrota. En fin, ahora tienen ustedes ocasión de contemplar el espectáculo que está dando el nuevo «partido socialista legal». Les sirven de comodín a los comunistas, que van suprimiendo poco a poco la base de democracia obrera e independencia nacional, que parecía unirles hasta ahora. Tengan ustedes la seguridad de que no me prestaré a ese juego.

No había que esperar de Artym ningún consejo.

—¿Es posible apreciar los matices del destino individual? —preguntaba—. Por ejemplo, ¿es obligatorio para todos los cristianos tomar las armas y matar a los comunistas? Si alguien ama a su país, ¿debe imitar a los aristócratas rusos que, por amor a su patria, se escaparon y son conductores de taxi en París? ¿O a esos oficiales polacos, esos procuradores, jueces, abogados y altos funcionarios que lavan los platos en los hoteles de Londres y de Nueva York, esperando año tras año un imposible retorno a la situación antigua? ¿Se puede decir a una persona: «trabaja aquí, con los socialistas o con los comunistas camuflados de demócratas», cuando sabemos de antemano que esto le llevará fatalmente a la absoluta ortodoxia staliniana, en caso de que sea obediente, o a la cárcel si es rebelde?

Piotr protestaba. Creía que el factor tiempo es decisivo. El tiempo —si el proceso de transformación era tan lento como se anunciaba— podía traer formas imprevistas, ya que, al proclamar su voluntad de descubrir formas inéditas y al hacérselas esperar a las multitudes, el propio Partido comunista se encontraba cogido y arrastrado por la corriente de esta espera.

Artym denegaba con la cabeza. Sus largas manos reposaban sobre sus rodillas:

—Quizá. No presumo de oráculo. Durante algunos años, quizás algunas gentes logren llevar bien este juego siempre que comprendan que estas formas nuevas políticas y sociales no son sino un subterfugio táctico. Conozco la historia de Ucrania; y créanme ustedes, allí al principio ocurría lo mismo que ahora en

Polonia... Si soy enemigo declarado de todo compromiso de los socialistas con ellos, es que no puedo apearne de mis convicciones de toda la vida. Si quieren, que me encierren, pero de todos modos me queda muy poca vida. Además, mi actitud es cosa mía exclusivamente, no puede obligar a nadie más. Cada uno, en su caso, tendrá que hallar en su conciencia la manera de actuar para salvar una cierta dosis de decencia moral. Lo seguro es que todos los reaccionarios que están emigrados tendrán el monopolio de la Prensa. Harán todo lo posible por olvidar lo que ellos mismos hacían antes de la guerra. O mejor dicho, lo que no hacían, puesto que para ellos el que no se preocupa más que de su dinero está siempre limpio de pecado. No; insisto en que no sólo debe cada uno elegir por su cuenta, sino volver a elegir dentro de la primera elección que haya hecho.

Cuando regresaban de casa de Artym, Cisowski, que apenas había dicho nada, sentenció, como si hablara con alguien que estuviese en el aire:

—No podemos contar con nadie. Estamos solos.

Piotr lo comprendió, pues su compañero expresaba la misma decepción que sintió él mientras escuchaba a Artym. Era, como lo habría expresado el irónico Julián Halpern, viajar en berlina en la época de los aviones.

Piotr no era partidario de confiarse a nadie, por muy digno de confianza que pareciese este interlocutor. Sabía que más pronto o más tarde el eco de las opiniones expresadas —aunque solamente lo hubieran sido en un estrecho círculo de amigos íntimos— acaba por llegar de modo misterioso a los oídos de quienes desean enterarse. Sin embargo, el hecho de que hubiera estado en casa de Artym con Foca y charlado allí de temas políticos y sociales, hacía de ambos casi unos conspiradores. En las dos semanas siguientes, Piotr vio a Foca con bastante frecuencia, aunque esta amistad no fuera fácil para él. No sabía cómo tratar a los más jóvenes que él; era como uno que buscase a tientas en una habitación a oscuras mientras el buscado se sentía aún más perdido. A Piotr le parecían ingenuas las preguntas que le hacía el otro y, si se referían a sus experiencias en Rusia, Piotr no podía vencer la férrea costumbre del silencio y respondía sólo con monosílabos. Foca, por su parte, no aludía nunca a sus asuntos personales, nunca recordaba a su mujer en la conversación y, cuando surgía en ésta el levantamiento de Varsovia, se metía en sí mismo y callaba. A veces soltaba alguna frase breve y amarga condenando a los que habían dado la señal del levantamiento. Piotr notaba en Foca algo así como una necesidad contenida de entusiasmo y pensaba que precisamente era Foca y no él quien podía convertirse en un fanático adepto de la doctrina comunista si algún día sentía ese deslumbramiento que él conocía tan bien por haberlo observado en otros

y que solía comparar al de un cocainómano que descubre en el sitio más vulgar la armonía suprema de una superlógica del universo.

Pero como Foca no encontraba en sus visitas a Artym lo que andaba buscando, sólo deducía una consecuencia de su decepción: que debía condenar en bloque todo lo que estaba sucediendo sin pensar si esta repulsa era acertada o no, digna de alabanza o de desprecio. Creía que aún había maneras de actuar clandestinamente. Y cuando Piotr procuraba desanimarlo, le replicaba que no le importaba el tiempo que pudiera prolongarse esa acción clandestina.

Un día, a fines del verano, Foca le confió que andaba preocupado aquellos días, pues preparaba la huida de Darewicz al extranjero. Necesitaba éste una documentación lo más segura posible para luego aprovechar el desorden aún existente en los territorios del Oeste y que facilitaba la entrada en Alemania. Piotr había oído hablar mucho de la valentía de Darewicz bajo la ocupación hitleriana. Se sacó del bolsillo varios pases que le autorizaban para circular por la región fronteriza y que le habían dado porque tenía que hacer unos reportajes a orillas del Oder.

—Toma eso —le dijo a Foca—. No olvides cambiar el nombre. Si me veo obligado a dar una explicación, diré que los he perdido. Pero te advierto que los rusos no hacen mucho caso de la documentación. Es más seguro no tener una elevada idea del respeto de esa gente por la legalidad.

Al poco tiempo, pensó Piotr que había cometido una imprudencia. Se decía «allá», y no sin razón, que se expone uno siempre a los peligros cuando tiene amigos.

XVII

Miguel se había acostumbrado a todo en las diversas cárceles por donde había pasado; a todo menos a los olores repugnantes. Aspiraba el aroma del agua de colonia, extraordinariamente exótico en aquel ambiente, que emanaba de la cabellera lisa y brillante bajo la luz de las lámparas. A Miguel se le crispaban los dedos en el borde de la silla. Era su tercer interrogatorio después de vanos meses. Del primero y del segundo había salido vencedor; por lo menos, así lo creía él. Sí, triunfó dialécticamente con absoluta independencia del resultado. Pero también el resultado había sido bueno. Había conseguido entonces, en ambas ocasiones, no perder ni un solo segundo su dominio interior, amenazado sin embargo por el miedo. Con el espíritu concentrado en torno a un punto que, en el fondo de su persona, parecía difundir calor, permaneció sentado con toda calma mientras que frente a él un ruso gordo vociferaba injurias. Miguel había dicho que no sabía ruso. El interrogatorio se hacía, pues, mediante un intérprete. Miguel había decidido jugárselo todo. Se fiaba de su sentido de la situación y éste le inspiraba la idea de que su única posibilidad de salvación estaba en sorprender. ¿Que si era un fascista? Sí, un fascista. ¿Que si publicaba un semanario? Sí, lo publicaba. Prefería exagerar su papel, pintando a brochazos un cuadro lo más demoníaco posible. Era muy importante que no confundiera las cartas, ya que esto le obligaría a reconocer la superioridad del otro. El segundo interrogatorio le convenció de que había ganado el primer *round*: el nuevo interrogador parecía de graduación superior al primero. Consiguió interesarlo en una larga conversación política en alemán. Miguel, con voz mate, para no turbar con nada la superficie de su calma, le presentó de modo bastante agresivo las dificultades con que la dominación rusa habría de tropezar al extenderse por toda Europa. Miguel pensaba que si había de perecer, lo haría con toda grandeza. Y a la vez, su instinto le decía que mientras más se apartase de la masa de casos corrientes a que estaban acostumbrados, más le valdría.

Ahora tenía frente a él a un joven elegante que incluso para cambiar de sitio las lámparas sobre la mesa, lo hacía con movimientos armoniosos. La luz, dirigida sobre el rostro de Miguel, no era insoportable. Los ojos grises de este hombre se elevaban hacia él, que estaba de pie. «Éste es un canalla del género frío», pensó Miguel.

—Miguel Kamienski. —La mano de Wolin abría un gran cartapacio—.

Sabemos todo lo referente a usted. Los destacamentos de las fuerzas nacionales que estaban a sus órdenes se han retirado con el ejército alemán. He ahí el resultado de su actividad. Eso ocurre cuando se deja uno ir por una pendiente resbaladiza. ¿Puede usted decirme cómo logró escapar a los alemanes después del levantamiento?

—No quería que me llevaran a Alemania, ni siquiera con el título y los derechos de prisionero de guerra. Salí con la masa de la población civil. Unos médicos amigos míos me sacaron del campo de selección.

Miguel, ya sentado, cruzó las manos sobre las rodillas. Preparaba nombres falsos por si le preguntaban quiénes eran esos médicos.

—Luego, ¿qué hizo usted?

—He vivido en Podkowa. No estoy hecho para emigrar.

Era verdad. Sus amigos políticos habían hecho todo lo posible por llevarlo hacia el Oeste antes de que el frente se desplazara. El Padre Ignacio, que, en contra de los rumores que afirmaban su muerte en la Ciudad Vieja, se había salvado, le reprochaba su falta de realismo. Decía el Padre que los polacos debían prepararse para la nueva guerra que iba a estallar en breve. El mismo se había marchado a Praga y Viena.

—¿Por qué?

Miguel trazaba sus círculos interiores. Bajo el cuello de la guerrera caqui del otro, asomaba la blancura impecable de una camisa de seda. Miguel sintió el intenso deseo de bañarse y de ponerse ropa limpia. Sentía el olor de su cuerpo sucio, el mal aspecto de sus ropas arrugadas y de su barba de varios días. Respondió con calma:

—Porque eso sería contrario a mi manera de ver los acontecimientos. No podemos esperar nada de los anglosajones. Para ellos sólo somos calderilla, una moneda que les facilita los cambios, lo mismo que otros pueblos. Nunca he sido partidario de la democracia mercantil anglosajona. Hoy no pueden dominar al mundo leyes de mercaderes.

—¿De manera que reconoce usted su derrota?

Corrientes afectivas e ideológicas hervían bajo las palabras. Miguel, con la

cabeza erguida, miraba al otro a los ojos:

—Ustedes también serán derrotados, pero esa derrota vendrá por donde menos lo esperemos usted y yo.

Wolin, detrás de la lámpara, encendía un cigarrillo. Miguel aspiraba ávidamente el humo que llegaba hasta él. El otro dejó el encendedor encima de la mesa, con un movimiento lento:

—Ah, la fe mística. No deja de tener su belleza y además es lo único que permite la ilusión de una vuelta a la Edad Media. Ya sé: la catedral y, en torno a ella, las casitas donde viven los artesanos. El orden eterno; cada uno en su sitio por derecho hereditario. El zapatero con los zapateros, el judío con los judíos en el *ghetto...*, un poco de Berdiaev; otro poquito de T. S. Eliot... Muy bonito; todo eso es precioso.

«¿Quién será este hombre? —se preguntaba Miguel—. ¿Cuántos tendrán como éste para servirlos con tanta fidelidad?». Hablaba el polaco sin ningún acento ruso.

Wolin volvió a hablar, pero esta vez entre dientes, como silbando:

—¡Lástima que el precio que se paga por esa ilusión de «pasadismo» sea demasiado grande! Hay que pagar mucha sangre por esa fantasía. La sangre con que ustedes se han manchado las manos.

Miguel esperó un momento. Luego respondió:

—El amor al orden de los comunistas es tan quimérico como el nuestro. Esa hostilidad de ustedes contra el capital y luego también la sangre.

A Wolin pareció divertirle esta respuesta y se sonrió con malicia:

—Lo cual quiere decir, si no lo entiendo mal, que encuentra usted un cierto parecido entre ustedes y nosotros.

Miguel negó con la cabeza y dijo, secamente:

—No soy marxista.

—Claro que no —confirmó Wolin irónicamente—. Ha proclamado usted que

era necesario liberarse del capital extranjero, a la vez que aceptaba la ayuda de los capitalistas locales. A nosotros, en cambio, nos ha bastado un solo decreto para acabar con la explotación del país por los dividendos que se iban al extranjero y con los cuales les sostenían a ustedes. Por otra parte, no quiere usted a los anglosajones y admite también que las transformaciones que van a producirse en Polonia dependerán de nuestra voluntad. ¿No es eso?

—A ustedes los odian en este país. Y toda voluntad que se encuentra con una resistencia enérgica acaba descomponiéndose.

—¡Ah! —y Wolin apoyó la barbilla en la mano—. ¿De modo que confía usted en la resistencia interior? Vamos a ver, si tuviera usted que aconsejar a un hombre que se sintiera en algún modo responsable de la suerte del país, a un político, ¿qué le aconsejaría? En nuestro sistema, la conspiración es imposible. Lo sabe usted de sobra. Cuando se estimulan los asesinatos, no se hace más que aumentar el número de víctimas. Somos nosotros quienes ponemos en marcha de nuevo los trenes y las fábricas y nosotros somos los que hemos recuperado las tierras del Oeste, que fueron esclavas siempre; ¿acaso no era éste el programa que defendían ustedes durante los años de guerra? Pues bien, esas tierras sólo podemos defenderlas nosotros. ¿Qué me dice a esto?

Miguel, sumergido en sus torbellinos mentales, sentía la dureza de la silla.

—Son ustedes quienes han provocado los asesinatos —siguió diciendo Wolin—. Fomentarlos es, en mi opinión, un absurdo. Y la finalidad de ustedes es la filosofía, no la economía.

Pasando las páginas del expediente, añadió:

—El proceso de usted no se presenta mal. Desde luego, será espectacular para demostrar que el camino del fascismo es el de la traición nacional. Antes de la guerra solía usted ir a Hamburgo para establecer contactos. Según usted, era en Alemania y en Italia donde se fraguaba la Historia. Ha elogiado usted en artículos a Mussolini. Luego, ha luchado contra los alemanes, por lo menos en apariencia, puesto que se servía usted de ellos para liquidar a los judíos y a los izquierdistas. Incluso a algunos que estaban al servicio del Gobierno de Londres. Todo esto lo dejaremos bien claro.

—Nunca he aprobado los crímenes cometidos por los imbéciles.

—¿Es que ha ayudado usted a salvar a algún judío? Usted mismo ha

afirmado que existe una responsabilidad por las consecuencias de las palabras. Para nosotros, incluso Nietzsche es responsable, aunque no supiera cómo iban a utilizar sus pensamientos.

Cerrando el expediente con un gesto rápido y echándose atrás de la silla, dijo de pronto:

—A pesar de todo ello, estaríamos dispuestos a dejarle a usted en libertad. Eso dependerá de usted mismo. Basta con que acepte nuestras condiciones.

La cálida luz impregnaba el rostro de Miguel. Bajó los párpados y preguntó con voz imperceptible:

—¿Cuáles son esas condiciones?

—No somos tan insensatos como para exigir demasiado. Conocemos lo que usted vale y sólo esperamos de usted un mínimo; sí, estrictamente el mínimo. No ha querido emigrar. Muy bien. Ahora deduzca las consecuencias. Nos limitaremos a exigir que reconozca usted la situación de hecho y que nos ayude a reducir el número de víctimas. Le daremos la posibilidad de publicar un semanario.

Miguel, sin abrir los ojos y levantando la cabeza, dijo:

—Si aceptan ustedes mis condiciones.

—Dígalas.

Es posible que en el tono de Wolin hubiera cierta curiosidad. Miguel prosiguió:

—Reconocer la situación de hecho no es una mentira por mi parte, sino una actitud realista. En cambio, no reconoceré la filosofía de ustedes y mantendré estrictamente esa distinción. Soy católico.

—El sentido de esta palabra no está hoy muy claro —dijo Wolin—. Sólo estuvo claro mientras el hombre pudo insertar los dogmas en su visión del mundo. Ahora ya no puede. El catolicismo, por lo menos aquí, en Polonia, era la base teórica de la política dominante. Es más, según creo deducían ustedes la necesidad del catolicismo de sus cálculos políticos.

—Subestima usted los elementos difíciles de comprender. Ésa es la debilidad

fundamental del comunismo. Aquí ha habido mil años de catolicismo, y un pueblo que niega su tradición se limita a llevar una vida física. Es asunto de fidelidad.

—Viene a ser lo mismo. Le dan ustedes a la religión una base puramente pragmática. Y de la manera de pensar metafísica, no queda más que esto. —Wolin sopló sobre la palma de su mano abierta—. Pero no insistiremos en ello. ¿Cree usted que nos interesaba que se proclamase usted de los nuestros? Al contrario. No tenemos intención de tocar el catolicismo. La actividad de usted debe demostrar que es posible aceptar la revolución conservando a la vez puntos de vista privados.

Miguel callaba, atenazado por las infinitas complicaciones de la elección que habría de hacer. Se esforzaba por valorar los pros y los contras y penetrar, en lo posible, en el futuro. ¿Qué sería del nombre que se había hecho?

Wolin, como si adivinara lo que Miguel estaba pensando, le dijo:

—La cuestión de una pretendida pureza es hoy característica de los que huyen de toda visión lúcida; cualquier persona que actúe deja de ser pura. Usted se halla en condiciones de salvar la vida de muchos jóvenes. En vez de la desesperación y el suicidio, encontrarán una finalidad para sus vidas y una esperanza. Supongo que para ustedes los cristianos contará la vida de los demás, ¿no?

—Reconozco que soy realista —dijo Miguel inclinando su poderosa espalda—. Pero tanto mis correligionarios como yo seremos, entre los católicos, una minoría insignificante. He de imponer otra condición: que no me obligarán ustedes a hacer declaraciones que me comprometan ante los demás católicos, o sea, que me dejarán carta blanca dentro de los límites en que reconozco el estado de hecho.

Wolin le tendió su pitillera y le ofreció fuego. Mientras fumaba, Miguel se veía como era antes de la guerra, cuando hablaba en algún mitin. En realidad, saber aceptar la propia caída es una prueba de virilidad.

—Pongamos las cartas sobre la mesa —dijo Wolin—. Usted nos dará su nombre y a cambio de esto le permitiremos practicar su resistencia espiritual. De todos modos, en este terreno estamos seguros de la victoria. Por eso aceptamos medirnos con usted. Nietzsche ha comprendido, aunque con cierto retraso, que Dios ha muerto. La tríada de Hegel ha nacido de la Trinidad cristiana. Y esto era más importante que los ataques de los antitrinitarios. Nuestra finalidad es encontrar hombres que, sin ser marxistas, contribuyan a la reconstrucción

económica del país. En cuanto al resto, es preferible que le dé usted tiempo al tiempo. Nosotros también nos apoyamos en el paso del tiempo. Por nuestra propia conveniencia, le daremos carta blanca. ¿Le basta?

El hombre nace, lleva pantalones cortos, lee historias de indios, de épocas lejanas, de venenos e intrigas, y no sabe las bebidas tan amargas que le está preparando su siglo. Con plena conciencia de los años tenebrosos que tenía por delante, dijo Miguel:

—Bueno.

—No es una casualidad que podamos ponernos de acuerdo —dijo Wolin mirando a Miguel seriamente—. Usted ha comprendido que cualquier fuerza interesada en cambiar al mundo no podrá utilizar la mentira del parlamentarismo y que los juegos liberales de los comerciantes han sido una fugaz espuma en la superficie de la historia humana. Dentro de unos días estará usted en absoluta libertad. Baruga se está ocupando en la actualidad de organizar la Prensa. Le dará a usted papel e imprenta.

XVIII

Los jinetes tiran de las bridas y se detienen. Allá abajo se extiende un inmenso país conquistado por ellos. El poder está ya en manos de estos hombres. Contemplan los ríos que brillan al sol, las ruinas de las ciudades en calma después de tanta lucha y bañadas por una neblina azulada. Unas figuritas diminutas por la distancia, van y vienen por los valles, inconscientes del destino que les aguarda. En las cumbres, unos poderosos castillos levantan los puños de sus torres. Desde lo alto de esas torres, reinarán estos hombres sobre el país. Los caballos caracolean. Los conquistadores, señalando con sus sables, indican los sitios donde, según sus planes, se levantarán nuevos pueblos, soberbios edificios, diques y circos. Saben que les basta señalar con el dedo para que las masas humanas se pongan en movimiento: semidesnudas, esforzándose rítmicamente, elevarán los troncos y los bloques de piedra. Por encima de sus penas cotidianas, por encima del sinsentido de sus vidas fisiológicas, perdurará el pensamiento de estas masas aplastadas; el pensamiento que, agudizado por las controversias y discusiones, seguirá inevitablemente su camino.

Las palabras de Julián eran como siempre secas y ponderadas, pero mientras hablaba, en la imaginación de Piotr surgía esa visión. Se había acercado de nuevo a su antiguo amigo a pesar del descontento de Teresa, que no se fiaba de él. En cambio, había dejado de ver a Foca quizás a causa del asunto de los documentos que le entregó para Darewicz, el cual, de todos modos, había conseguido pasar al extranjero. Julián hablaba de la felicidad. Para él, la felicidad era sólo asequible a los que tenían oído sensible para la música de la historia.

Era halagüeño para Piotr que Julián lo contase entre los iniciados mientras que negaba esta categoría a la mayor parte de sus conocidos. Piotr necesitaba seguridad y Julián se la ofrecía en medio de aquéllos cuya vida iba a consistir en administrar la fuerza y a cuyos pies se desarrollaría la tierra polaca, de la cual, en definitiva, eran ya los amos. Piotr, con el espíritu destrozado por el contraste entre lo que había conocido antaño y lo que ahora veía en torno suyo, necesitaba una línea que lo aislase de la masa, ese objeto pasivo de los procesos históricos. En la visión que le sugerían las palabras de Julián, se mezclaba la escena de la campesina a quien le habían quitado el hijo y que tendía hacia Piotr, patéticamente, sus brazos, y esta imagen se hundía en lo inevitable, en el naufragio de todos los destinos

individuales; nada importaba que aquel caso concreto terminase en vejez, en la cárcel, en una ejecución o por accidente. Julián, contento de la influencia adquirida, recordaba la ascendencia feudal de la familia de Piotr. Este origen, decía, debía ponerle necesariamente a salvo de todo sentimentalismo. Los que poseían una pasión intelectual y habían sido humillados por la burguesía, tenían derecho ahora a tomar el desquite. Piotr le daba la razón. Los cazadores de quimeras, que antes eran inofensivos, los poetas malditos, tenían ahora la mano en un guante de hierro. La Polonia del porvenir se extendía ante ellos al sol. Por encima de los verdugos, en las claras estancias de los aéreos castillos, un grupito de intelectuales emprendía la tarea de realizar el sueño de Fausto.

El movimiento pendular que había lanzado a Piotr hacia Artym, lo empujaba ahora en sentido contrario. Publicó varios artículos aún más exagerados en el sentido comunista. Y precisamente entonces sucedió lo que ya no esperaba: Baruga le comunicó que iba a enviarlo a París.

Piotr se daba cuenta de que en el sistema soviético se juzgaba si un hombre era «seguro» ateniéndose a signos casi imperceptibles, casi por el fluido que se desprendía de él. Que su marcha se hubiera hecho posible precisamente cuando se había aliado bajo la influencia de Julián, no era una casualidad: había una íntima relación entre ambas cosas. Piotr se preguntaba si su instinto no le habría hecho representar una comedia nuevamente. No pudo acoger con calma la noticia de su viaje a París. Al contrario, se sintió aterrado por esta alteración en su vida que le llegaba en el preciso momento en que había logrado sentirse casi pacificado, cuando ya había encontrado su sitio entre los conquistadores. Baruga tenía gestos magnánimos para con él, pero de ahí a recibir su pasaporte había aún mucha distancia.

Ese miedo aumentó cuando Piotr empezó a frecuentar el ministerio de Asuntos Exteriores. En los ojos opacos de los nuevos funcionarios, en sus miradas huidizas, notaba la misma expresión característica de esos otros individuos que esperaban muchas horas a que los recibieran en las antesalas oficiales hasta alejarse por fin con paso nervioso por los corredores sucios frotándose las manos y haciendo crujir los dedos de pura impaciencia. Miedo; un miedo que lo llenaba todo. Era evidente que tanto unos como otros representaban desesperadamente, cada uno a su modo, la comedia que creían más eficaz para hacerse enviar al extranjero. Y el asunto del pasaporte de Piotr se demoraba. En las vacías promesas de la secretaria, a la que él se presentaba cada semana, notaba Piotr un escepticismo satisfecho.

Julián lo calmaba:

—Claro que te marcharás. Te sentará muy bien. Así te convencerás mejor, al entrar en contacto de nuevo con el Occidente, de que allí no hay nada a qué agarrarse, ni material ni espiritualmente. No tienes ni un pelo de tonto, y nadie renuncia a un reino por un plato de lentejas. Estás con nosotros, y el que está con nosotros tendrá cuanto quiera: dinero... que, como sabes, no puede interesarnos a gente como nosotros..., libros, viajes... Ya lo estás viendo, puedes viajar; nadie te lo impide. Y cuando estés allí, verás con mayor claridad aún las ventajas que tienes con nosotros.

Pero la esperanza iba destruyendo el frágil equilibrio que Piotr había logrado y le reanimaba muchas aspiraciones que tan dificultosamente había conseguido acallar. La repetición de las constantes de la vida, que se presentan cada vez en situación diferente: cuando se encontraba en la zona soviética en 1939, había querido fugarse aunque sólo fuese hacia otra tiranía —la ocupación nazi— para ganar tiempo y preparar mejor su porvenir. No podía imaginarse paseando por las calles de París. ¿Quién sería él, una vez estuviese respirando aquel ambiente? ¿No destrozaría la nueva atmósfera humana que iba a envolverlo alguna pantalla que le estuviera escondiendo la realidad? Su viaje sería una prueba que le permitiría comprobar si después de 1939 —como él lo había supuesto algunas veces— no era sencillamente un enfermo. Tendría que comprobar lo que hubiese en él de verdadero. Y su miedo brotaba de su primera detención: si todo había de repetirse, también ahora, en el último momento, podría producirse una situación semejante.

Pertenecer a la casta dominante, ésta es la cuestión. ¿Es que hay algún otro medio de conjurar los peligros en el mundo actual? ¿Cómo podría vencer al cambio de situación impuesto por el tiempo sino manteniéndose junto a Wolin y sus semejantes? Pero no se atrevía Piotr a rechazar la tentación, aunque dejaba para más tarde el momento de decir «sí», como un hombre que no quiere tomar una decisión el día en que tiene fiebre. Esperaba, y por las noches se revolvía inquieto en la cama evocando aquella sonrisa irónica, esta frase intencionada, y tantas cosas que podrían significar la negación de su pasaporte.

Supo que a Winter lo habían nombrado para el puesto de segundo secretario en la Embajada de París.

XIX

Unos hombres vestidos casi de harapos izaban unos cables, valiéndose de largas pértigas, a las puntas de los muros rotos. Luego, colgándose de los cables, tiraban de ellos estimulándose con un rítmico O-o-ooop, o-ooop. El muro, después de muchos esfuerzos, se derrumbaba estrepitosamente entre nubes de polvo. Para transportar los escombros utilizaban carros de un caballo. Enjambres de hombres y mujeres se agitaban entre los derribos, abriéndose un camino hacia las nuevas calles.

Foca pasaba ahora sus días trabajando en las ruinas de Varsovia. En los lugares en que, cuando era niño, miraba fascinado un escaparate con soldados de plomo, o el de una confitería, o las misteriosas lamparitas de un cine, o donde más tarde le compraba flores a Catalina, o bien allí donde, con el dinero ahorrado, había comprado para ella una chaqueta de lana, se inclinaba él ahora hundiendo su pala en los escombros y apartando los ladrillos intactos. Cargaba todo aquello en un carro mientras un halo de recuerdos o fantasías flotaba en torno a una hucha, a unos soldaditos de plomo, o a cualquiera de esos objetos irrisorios cuya resistencia a la destrucción es mucho mayor que la de los seres humanos o de una ciudad. A mediodía, sentado con otros al viento frío de otoño, comía el almuerzo que le habían preparado por la mañana temprano. A veces, alguno de los obreros sacaba un cuarto de litro de vodka y hacía saltar el tapón mediante un fuerte golpe en el fondo de la botella. Bebían por turno del gollete. Foca se sentía bien con estos hombres en medio de los cuales había crecido en una calle pobre que descendía hacia el Vístula. Comprendía y estimaba el humor cínico de estas gentes así como su manera de entenderse a medias palabras porque todos ellos conocían las cosas de esta tierra. Estaban todos de acuerdo sobre lo absurdo de la destrucción en la que estaban colaborando a viva fuerza y cuya primera finalidad era permitir al nuevo Gobierno el afianzamiento de su poder mediante las tareas de reconstrucción. Pero también era verdad que la ciudad tenía que ser reconstruida. Por eso, acababan discutiendo sobre dónde debían pasar las primeras líneas de tranvías y qué barrios estaban más necesitados de energía eléctrica y de agua, así como qué zonas debían ser limpiadas primero porque necesitaban con más urgencia las nuevas casas. Callaban sobre muchas cosas del pasado y no pocos temores del futuro. Se concentraban en deberes tangibles y patrióticos hacia este desierto urbano que para ellos significaba la vida pasada y la futura. Foca pensaba que debía quedarse con

ellos. Quizás pudiera rescatar sus faltas mediante este duro trabajo físico cotidiano consagrado a una finalidad útil. Todo lo demás sólo podía decepcionarle. Se alegraba de que Darewicz hubiera conseguido escapar, pero éste era el único que se esforzaba todavía en reagrupar los restos de la organización. Después de su marcha, cada uno se había ido por su lado. Artym era demasiado viejo. Foca se reprochaba haber sido demasiado reservado con Piotr, que tanto necesitaba su amistad. Y el hecho de que Piotr hubiera desaparecido de pronto de su horizonte, lo atribuía a su mala suerte. Siempre fracasaba en sus intentos de encontrar personas espiritualmente afines a él.

Al atardecer, regresaba a pie hacia el barrio de Praga pasando por el único puente provisional, cenaba lo que le tenía dispuesto la mujer del peón caminero y ya en la cama, intentaba leer un manual de botánica, pero se dormía al poco tiempo.

Una tarde, cuando subía por la oscura escalera, sintió que había allí alguien parado. Quiso pasar, pero le cayó de pronto en la cara el rayo luminoso de una linterna eléctrica.

—Perdone —dijo una voz ronca—, ¿es usted el ciudadano Cisowski? Síganos, por favor.

Eran dos, vestidos de paisano. Unas casas más allá esperaba un *jeep* con los faros apagados. El vehículo se puso en marcha. El viento hacía flotar la bufanda de franela que llevaba Foca. Caía la primera nevada y los copos de nieve le refrescaban la cara. «Quizá sea mejor así —pensó—. Quizá todo sea igual».

Wolin hojeaba unos papeles.

—Estos restos socialistas del naufragio, que hoy siguen en la oposición, son el elemento más perjudicial para nosotros. Ese Darewicz, que se ha escapado... Stefan Cisowski. Naturalmente, pertenecía al Ejército del País. Por ahora no lo necesitamos, pero algún día nos será útil. Por lo pronto, que lo encierren y lo interroguen.

El despacho de Wolin estaba al lado del que ocupaba el ministro de Seguridad, en un edificio que Wolin llamaba «La Clínica», tanto a causa de los pacientes como del personal que trabajaba en él y sobre el cual hacía observaciones psicológicas interesantes.

Su ayudante, un jorobado con lentes, le pasó una hoja.

—Es una denuncia, camarada, en relación con ese Cisowski.

Wolin leyó el papel con atención.

—¿Piotr Kwinto? Esto confirma mi resistencia a permitir la salida al extranjero de gente como él. Era amigo de Cisowski, visitaba a Artym. Entonces, ¿se irá al extranjero para quedarse allí? El denunciante parece listo. Merece la pena comprobar estos datos.

Al consentir la salida de Kwinto, Wolin había cedido a la insistencia de Baruga. Pero también tuvo en cuenta el informe favorable que le dio Julián.

—Está en el equipo que sale hacia París —aclaró el jorobado.

Wolin cogió el auricular. Los teléfonos no funcionaban todavía en Varsovia, pero la red de la Seguridad marchaba ya, aunque con deficiencia. Llamó al ministro de Asuntos Exteriores:

—Aquí Wolin. Querría saber cuándo emprende el vuelo el equipo que envía usted a París. Sí. ¿Que no es probable? Ya. No, por nada. Gracias.

Se dirigió a su ayudante:

—Tome un coche. Están en el aeródromo. Por teléfono no conseguiremos comunicarnos. Tiene usted que llegar a tiempo. No hay miedo, porque a causa de las nevadas no pueden salir todavía. Retenga el pasaporte de Piotr Kwinto. Pero discretamente, ¿eh?; por ahora no hay que detenerlo.

Cuando el otro salió, Wolin quedó dibujando, pensativo, una estrella. Otro punto que había perdido ese bromista de Baruga.

XXI

En la superficie lisa de la carretera del aeródromo, el viento arrastraba la nieve seca. En la borrasca se veían apenas los restos de los hangares hundidos. Los centinelas rusos, con largos abrigos de piel de cordero, se guarecían bajo el pórtico de madera adornado con guirnaldas de papel rojo que rodeaban el retrato de Stalin. Las puntas de sus bayonetas caladas se perdían en los torbellinos blancos.

Las antiguas pistas del aeródromo habían quedado inutilizables. En el límite de la planicie habían construido un barracón. Delante de éste, la nieve espolvoreaba el único avión que había en la lúgubre explanada.

En aquel paisaje no se concebía ninguna idea de movimiento. Cuando Piotr se encontró allí, perdió toda esperanza de que el avión partiese. Le parecía disparatado que bastasen unas horas para transportarle a ciudades vivas, normales...

Dos pilotos soviéticos con gorras de plato y su jefe —el comandante del aeródromo—, bebían té en el barracón, sentados junto a la estufa de hierro con unos oficiales que llevaban uniforme polaco. Los pasajeros esperaban sentados, muy tiesos, en los bancos. Sólo hablaban de tarde en tarde y en voz baja. La actitud de estas personas decía bien claro que perdían poco a poco la esperanza de marcharse y que esto constituía para ellos una verdadera tragedia. Las mujeres, con pañuelos a la cabeza o sombreros viejos, estaban nerviosas. Piotr miraba a la mujer de Winter, que se había hecho un abrigo con una manta del ejército y le temblaban las manos cuando se llevaba el cigarrillo a los labios. «A ésta no le hace gracia quedarse aquí», pensó Piotr. Winter, que no se encontraba a gusto en el traje de paisano, miraba fijamente al suelo. «¿Es que tendré que llevar a este hombre detrás de mí hasta el fin de mi vida, por donde quiera que vaya?». Piotr se volvió hacia la ventana, detrás de la cual silbaba el viento. Llevaban ya varias horas esperando y sólo se reanimaban un poco cada vez que los tres rusos volvían a discutir sobre los datos meteorológicos.

Piotr había recibido repentinamente su plaza para el avión. Le entregaron el pasaporte diciéndole que debía presentarse al día siguiente, muy temprano, para ir al aeródromo. Como no había servicios regulares, no podía perder ni un minuto.

Sólo tuvo tiempo de despedirse de su madre, que le dijo: «Hijo mío, mis plegarias han sido escuchadas. Te salvarás». «Volveré, mamá». «No, no volverás. No pienses en mí ni cuentes conmigo para tus planes. Lo importante es que seas honrado contigo mismo». Tenía los ojos empañados de lágrimas. La silueta de la mujer, con la mano levantada, se iba haciendo más menuda a cada instante mientras él la seguía mirando desde la plataforma trasera del tren de los suburbios. Le quedaba un sabor amargo a traición. Aquella separación entre su madre y él era la razón más inmediata que le convencía de que, si no partía en seguida, no lo haría jamás.

Trataba de comprender el objeto de la discusión de los rusos. El piloto quería emprender el vuelo, mientras que el jefe del aeródromo se negaba a salir. El techo de nubes era muy bajo, no había visibilidad. Piotr escuchaba retazos de esta conversación, pero le desorientaban las palabrotas con que salpicaban sus argumentos. Los pasajeros se calentaban los pies dando pataditas en el suelo. Piotr salió del barracón para hacer ejercicio y entrar en calor. Anduvo enérgicamente por la nieve. Se acercaba el mediodía. La borrasca fue calmándose.

La puerta del barracón se abrió y la tripulación y los pasajeros se dirigieron a toda prisa hacia el avión. «Sobre Alemania está ya despejado —explicaba alguien—. Lo importante es que el avión pueda despegar». Cada uno llevaba su pequeño equipaje.

Fundiendo la masa fluida, el Douglas se puso en movimiento. Piotr, con la cara pegada al cristal, veía las salpicaduras bajo las ruedas. A pesar de las sacudidas y de la sensación de apartarse del suelo, no creía aún que se estuvieran marchando. ¿Será posible que el piloto pueda despegar a ciegas? «¡José!», gritó una voz aguda de mujer. Era la esposa de Winter, que ocupaba el asiento anterior a Piotr. Volaban ya.

Alrededor no había más que blancura. La tierra, su tierra natal, quedaba allá al fondo, cubierta de nieve por los siglos de los siglos.

«... no pensaban vivir lo suficiente para que les llegara el momento de rendir cuentas».

El viento rizaba los bordes de las cuartillas sobre la mesa. Gil procuraba imaginarse aquellos hombres que padecieron una epidemia de peste, la cual, después de todo, había tenido poca importancia en las crónicas del pasado. Cedía a la mayor tentación del historiador: el deseo de volver a crear, empleando en ello toda la fuerza imaginativa; el gesto de las manos de una mujer ateniense que se lamenta; la expresión que toma el rostro de un padre ante su hijo muerto; la forma única, individual, de unos dedos que levantan una copa de vino... En efecto, cuando se logra dar vida de nuevo a todo eso, puede decirse que el tiempo ha sido abolido. Quedará entonces por captar la gran simultaneidad de las innumerables existencias humanas que fueron y que serán, transmitiéndose una a otra la misma queja. Pero ni el tiempo, ni la historia del género humano, son ilusorios. Negarles existencia sería hundirse en la calma de la derrota y sacar de la propia derrota una ley general. Nada resuelve la voluntad sin la piedad, ni la piedad sin la voluntad. Si una sola persona pudiera bastar para salvar la condición humana, recogería la sangre en una cuba procurando no perder ni una sola gota, pero no para llegar a la conclusión de que todo ha pasado ya y transformar poco a poco su gemido en una sonrisa de indiferencia. No, al contrario: conservaría el don de la cólera y de la fe inquebrantable.

No se trataba de palabras. Los obreros de la ciudad se callaban, pero la huelga de hambre que habían hecho algunos recientemente, seguida de detenciones en masa, tenía su raíz en una obstinada certidumbre, expresada sólo en parte, la fórmula con que protesta desde siempre el pueblo: «No es justo».

Gil temía recibir cualquier día, como muchos otros considerados improductivos, la orden de abandonar la ciudad, lo cual le privaría de la biblioteca universitaria, llevándole a alguna aldea olvidada entre los cenagosos caminos. Pero aún más temía perder (una vez fuera de esta ciudad fría que se repoblaba de fábricas y donde el aislamiento del profesor era total) ese último fondo común que constituye la vida de una masa humana. Sí, mejor o peor, era en esta masa que había aprendido a callarse... y no sólo a callarse, sino a repetir los *slogans* ordenados, donde se mantenía el conocimiento de lo que es justo y lo que es injusto. Estos hombres, los polacos hoy esclavizados, se habrán convertido algún día en los verdaderos amos de las minas, las fundiciones y de toda la industria sin creerse dueños de la verdad absoluta. Aunque Gil no fuera propiamente uno de éstos, en Varsovia por lo menos estaba junto a ellos.

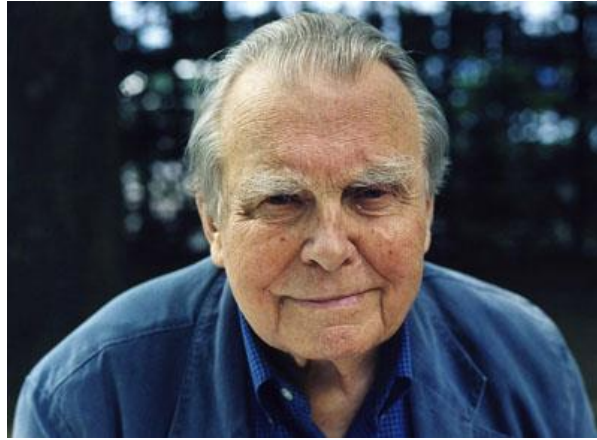
Fue a la cocina y se hizo un poco de té. Lo bebió mientras leía el periódico. Últimamente había aprendido a descifrar la manera soviética de dar las noticias e incluso adivinaba, a través de los largos discursos rebosantes de optimismo oficial, qué peligros amenazaban. Las noticias más importantes (como, por ejemplo, la detención del secretario general del Partido, víctima de su programa: «Un camino nacional hacia el socialismo») no las daba la Prensa. Sin embargo, con un poco de práctica y según el orden y el tono de los comunicados y las breves alusiones a ciertas «dificultades», se podía reconstruir con bastante claridad la situación; sobre todo basándose en los procesos.

La primera página estaba ocupada por un gran proceso de «traidores a la Patria e innobles lacayos del imperialismo». Gil admiraba siempre la minuciosidad con que eran preparados estos procesos. Creía que las fechas, incidentes, y encuentros de unas personas con otras eran por lo general exactos. El arte soviético consistía en elaborar de tal forma estos datos, que, una vez realizados, los hechos más inocentes y casuales acabaran formando la imagen de un crimen. Como dijo un poeta malicioso: «Haz crecer una mentira de un granito de verdad. No seas de los que mienten olvidando la realidad».

Gil conocía un nombre de aquéllos. Levantó las cejas, extrañado: ¿Cisowski? ¿No era éste el amigo de Joanna? ¡Pero si hacía mucho tiempo que lo habían detenido!; por lo menos cuatro o cinco años. Como es natural, Cisowski había confesado cuanto le pidieron: que en la ocupación hitleriana pertenecía a un grupo clandestino al servicio de los anglosajones; que después empezó a recibir de su jefe, Darewicz, dinero procedente de Londres; que ayudó a huir a Darewicz y le enviaba al extranjero sus informes de espionaje... Por otra parte, el papel de Foca en el proceso era secundario. Había recibido una de las condenas más leves. Unos ocho años, lo cual quería decir —según calculó Gil— que saldría a los tres o cuatro años, si se le contaba lo que había durado su detención preventiva y si no le fallaba la salud.

Volviendo al periódico, encontró en tercera página un artículo sobre el desarrollo de la Prensa. Inclina la cabeza relacionando los hechos. Unos cuantos días antes había leído el profesor en esta misma página una breve nota anunciando que el camarada Baruga había muerto de cáncer. Entonces no se había extrañado. No sabía que aquel dirigente había caído en desgracia, como lo probaba el pequeño formato de la nota necrológica. Ahora la cosa estaba confirmada, porque entre los que se habían distinguido en el trabajo de organizar la Prensa polaca comunista no se citaba el nombre de Baruga.

El cielo de verano estaba azul, con una nube blanca y la flecha de una golondrina. A lo lejos oyó música de trompetas en un desfile mezclada con los chirridos del tranvía. Gil ordenó sobre la mesa las cuartillas que había escrito. Las puso en pila y fue igualando los bordes con la mano. A pesar de todo, al hombre le quedan medios de lograr la calma. Se fija una tarea y mientras la realiza comprende que es una tarea insignificante perdida en la multitud de preocupaciones y esfuerzos humanos. Pero cuando su pluma queda parada en el aire esperando resolver un problema de interpretación o de sintaxis, todos los que alguna vez se han servido del pensamiento y del lenguaje a través de los siglos, se hallan junto a este hombre, el cual nota inconscientemente esa estimulante presencia. Y esta fusión con ellos le proporciona la calma. ¿Quién podría ser tan arrogante como para saber cuáles son los actos que se unen y sostienen mutuamente y cuáles los que caerán en el ridículo y en el olvido fuera de lo que merece llamarse un patrimonio? En vez de insistir en esto, más vale que nos impongamos la única norma importante: mantenernos libres de tristeza y de indiferencia.



CZESLAW MILOSZ. Seteniai (Lituania), 30 de junio de 1911, Cracovia (Polonia), 14 de agosto de 2004. Se licenció en Derecho en la Universidad Stefan Batory de Wilno, y marchó a París con una beca.

A su regreso trabajó en Radio Wilno, que abandonó por disidencias con el régimen. Durante la Segunda Guerra Mundial, apoyó a los perseguidos por los nazis en Varsovia. Finalizada la guerra fue agregado cultural de la República Popular Polaca en París, abandonando dicho trabajo y solicitando asilo político en Francia, nuevamente por disidencias con el gobierno comunista.

En 1960, viajó a Estados Unidos, trabajando como profesor en el departamento de Lengua y Literatura Eslava en la Universidad de California en Berkeley, nacionalizándose americano en 1970.

Con la caída del gobierno comunista polaco, vivió a caballo entre Cracovia y Berkeley, hasta su muerte.

Recibió el título de Doctor Honoris Causa en Letras por la Universidad de Michigan en 1977. En el año 1980, le fue concedido el Premio Nobel de Literatura.

Notas

^[1] Juego de palabras. N. D. Partido Nacional-demócrata (de derechas). <<

^[2] Apodo que significa «El sable». <<

^[3] Fórmula soviética: Elemento socialmente peligroso. <<

^[4] Partido de Trabajadores Polacos, nombre bajo el cual se camuflaba el P. C.

<<